



HUELLAS
...se hace camino al andar

Ni héroe ni mártir

Conversaciones con el
padre Federico Carrasquilla

Versión de Camilo Castellanos



Valentina
Difusiones Literarias
Porque nuestro norte es el Sur

Ni héroe ni mártir

**Conversaciones con el
padre Federico Carrasquilla**

Versión de Camilo Castellanos

Índice

Prólogo – Carlos E. Angarita

Advertencia

La vocación, los estudios y la docencia

- La familia
- El seminarista
- El Concilio Vaticano II
- Mi hermano Horacio
- Roma: Licenciatura de Teología
- Lovaina: Doctorado en Filosofía
- El efímero paso por la docencia
- Cuatro compañeros inolvidables
- La fe, el compromiso y la transformación social

Ida al barrio

- El Popular
- Incomprensiones
- Violencia en El Popular
- La familia en El Popular

Valiosas experiencias

- Medellín (1968)
- Golconda
- Sacerdotes para América Latina (SAL)
- El riesgo del clericalismo
- Balance de Golconda y SAL
- Otra manera de hacer teología

Tiempos difíciles

- Acusado de marxista
- Solidaridades
- De las Curias y el futuro

De los pobres, la pobreza y otros asuntos

- Jesús pobre: un punto de partida
- El pobre visto desde la sociología
- Crítica de la visión sociológica
- El pobre visto desde la antropología
- Los valores del mundo de los pobres
- La destrucción del pobre
- En consecuencia...
- Proyecto político y pedagógico
- La experiencia de las corporaciones

PRÓLOGO

Carlos E. Angarita S.*

Octubre de 2017

Ha transcurrido medio siglo desde que empezaron a soplar vientos de cambio en la Iglesia Católica, primero con el Concilio Vaticano II (CVII) (1962-1965) y luego con la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano (1968) de Medellín, Colombia. Desde entonces, hemos vivido remezones, sin duda alguna, tanto en el modo de vivir la fe como en las dinámicas y estructuras eclesiales. Las percepciones y comprensiones acerca de lo que sucedió al respecto y de los derroteros que se puedan seguir trazando, divergen entre quienes han sido protagonistas, de uno u otro modo, de dichos procesos.

Precisamente, en las páginas que siguen encontramos el testimonio de un sacerdote católico que ha vivido con intensidad y profundidad, al grado sumo de pocos cristianos, este tiempo que todavía está por ser nombrado. Desde su experiencia humana, Federico Carrasquilla nos ofrece sus agudas interpretaciones de fe, dignas de ser leídas y consideradas, así no necesariamente las comparta en su totalidad quien se acerque a ellas.

* Profesor e Investigador, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Es su historia personal, tejida principalmente con los pobres del barrio El Popular de Medellín y que lo llevaron a hacerse otro, otra persona, en su seguimiento de Jesús de Nazaret.

La lectura del texto se disfruta, gracias a la sensibilidad de su interlocutor, Camilo Castellanos. Quien siga estas líneas podrá imaginar la conversación de dos personas que se reciben en la palabra, así sólo aparezca la voz de Federico. Entonces la lectora o el lector también sienten deseos de intervenir, de decir, de interpelar porque, sin saber en qué momento, ya están inmersos en el movimiento interior de los asuntos que aquí se exponen. La virtud de este abordaje es que se encuentra a tono con la etapa de la memoria de fe por la que transitamos actualmente: la del ser verbo, palabra oral y compartida. Aquí se coloca por escrito, pero apenas de manera provisional, porque se ofrece para ser interrogada y reelaborada junto con sentires y maneras de comprender diversas por parte de quienes también decidieron andar, junto con los pobres, y han dado pasos en esta caminata común del llamado cristianismo liberador de América Latina. De modo que el trabajo no pretende participar de “la moda” de la memoria, sino aportar a la actualización de ese caudal de experiencias que ha nutrido el peregrinaje de fe de los pueblos empobrecidos y que apenas empieza a hacerse testimonio orgánico. En dicho sentido, las técnicas cualitativas de las ciencias sociales, a las que recurre el entrevistador, contribuyen a llenar dicho vacío.

Asuntos nodales le dan forma a este relato testimonial. Enunciemos algunos de ellos.

* * *

Con claridad inequívoca, Federico Carrasquilla destaca el hecho de la configuración de la cristiandad, desde el siglo IV, como referente explicativo de lo que le ha sucedido al cristianismo y a la Iglesia Católica hasta nuestros días:

...Empezó lo que llamamos el período de cristiandad, que se caracteriza por lo que se llama el poder de la Iglesia sobre la sociedad, pero sobre todo porque se cambia el concepto de cristianismo. Hasta el siglo IV, el cristianismo estuvo centrado en la persona de Jesús. Las doctrinas, las normas y las instituciones no eran lo central de la fe cristiana... (p. 20).

Su comprensión coincide con la mayoría de interpretaciones divulgadas entre quienes abogan por una Iglesia nueva. Pero Carrasquilla matiza su apreciación, indicando que “... como todo movimiento esencialmente cultural, hubo aspectos muy positivos y aspectos muy negativos, que no se pueden negar” (p. 20). Adicionalmente, afirma algo muy especial: “La gran intuición de Juan XXIII fue descubrir que ese periodo de poderío de la Iglesia se había acabado y eso fue lo que lo llevó a impulsar el Concilio” (p. 21). Con esto, Federico dimensiona el CVII como una ruptura sin

precedentes en la cual se clausura la cristiandad, aquella corriente que suplantó el dinamismo cristiano original. Y en esa dirección formula otra inferencia muy en consonancia con su particular visión de fe: "...el nervio del mensaje del Concilio es que hay que volver a Jesús". Y asegura que esta perspectiva ha sido la defendida por Benedicto XVI, a quien "no lo han valorado mucho en la Iglesia" y quien afirmó desde su primera encíclica que "lo original de la fe cristiana estaba en el encuentro con la persona de Jesús" y con ello "aterrizó el Concilio en concreto" (p. 25) además de reorientar, junto con Juan Pablo II, los excesos normales derivados del derribamiento de orientaciones, instituciones y doctrinas vigentes durante más de mil seis cientos años de cristiandad.

La anterior matización, con la cual el padre Carrasquilla acepta el carácter ambiguo de la Iglesia Católica, coherentemente la mantiene como criterio para hacer su lectura acerca de la Iglesia colombiana. En efecto, en relación con la arquidiócesis de Medellín reconoce que *"...monseñor Botero lanzó toda una renovación de la Iglesia local después del Concilio"* (p. 80), *al tiempo que desnuda las maquinaciones de monseñor López Trujillo* (p. 87) para presionar la salida de su predecesor y hacerse al cargo eclesiástico. O también se manifiesta la ambigüedad cuando describe la persecución de la que fue objeto él mismo, por parte de monseñor López Trujillo, y descubre al tiempo, a través de su defensa jurídica eclesiástica, una dimensión del derecho que estaba

quizás oculta hasta para él mismo: *“Conmigo la Iglesia se manejó perfectamente legal; yo vi el derecho canónico muy humano”* (p. 101).

La actitud de Federico es la de denunciar con el evangelio y no con otro poder, según confiesa. Y desde ahí está convencido de la extinción de *“las Curias, que son organizaciones de un mundo sacral”*, y que como tales no se pueden tocar: *“Los pasos que dio Juan XXIII y los que ha dado el actual Pontífice son grandísimos”* (p. 108). Y frente a la cuestión de si la Iglesia recobrará el poder perdido, termina sentenciando: *“Ya no, gracias a Dios, y nunca lo va a recobrar. Es lo que necesitamos”* (p. 108). En suma: desde su perspectiva ya estamos viviendo una nueva época eclesial y cultural.

* * *

Con la misma lente con la cual observa la doble cara de los acontecimientos, se refiere al significado de la figura de Camilo Torres Restrepo y de los grupos de clérigos Golconda y Sacerdotes para América Latina (SAL). Es decir, va a tratar de mostrar, una vez más, la ambigüedad que suscitaron los procesos alternativos dentro de la Iglesia Católica colombiana y que sucedieron de manera inmediata al CVII.

De Camilo reconoce su actitud humana y su visión del cristianismo, pero no lo seduce su proyecto político:

Que yo recuerde, Camilo vino dos veces a Medellín. A mí me tocó todo lo del Frente Unido, vino al sindicato del Seguro Social, a la Acción Sindical de Antioquia, la vez que lo tuvieron preso, que lo encerraron. Yo estaba en el seminario y él me mandó llamar y hablé dos veces con él. Lo que estás haciendo lo admiro y me parece muy bonito —le dije—, pero yo no tengo temperamento para eso, no tengo temperamento político. Y después volvimos a hablar y él estuvo muy querido. Me propuso: hombre, venite a trabajar conmigo en el Frente Unido.

Mi gran contradicción con Camilo tiene que ver con la estrategia para el cambio. A Camilo como cristiano pudo parecerle que la lucha armada era el camino. Yo no entiendo cómo un sacerdote puede aceptar la lucha armada. (p. 39-40)

Más adelante dirá respecto a los curas que continuaron esta línea de acción:

Golconda recogía un poco toda la herencia de Camilo. Lo nuclear de su primer documento fue leer la realidad colombiana a la luz de la Populorum Progressio, pero centrando todo en el aspecto social (p. 81).

Esos juicios, parece ser, los consolidó dentro del grupo SAL, en donde permaneció por mucho tiempo:

Yo daba la pelea adentro. A mí lo que me

interesa es el anuncio del evangelio; yo me ordené de cura para anunciar el evangelio, pero en concreto en la vida. Definamos, cuál es el interés de nosotros: es político, es la transformación de la sociedad o es el anuncio del Evangelio. Me reprochaban: eso es espiritualismo, son dualismos que vos tenés. Por mi parte argumentaba: Definamos, si es el cambio social, entonces no le metamos padrenuestros. Utilizar el Evangelio para organizar lo político me parece deshonesto (p. 85).

Tales debates lo llevaron a una convicción personal que lo acompañará por siempre: “no, lo mío no es trabajar por el cambio social, ni trabajar para que el pobre cambie su situación sino para que el pobre sea sujeto” (p. 82); “...yo no me ordené para la revolución, yo me ordené para ser testigo del amor de Jesús en medio de la gente, a mí no me saquen de ahí” (p. 87).

Detrás de todo, lo que preocupa al padre Carrasquilla es el problema del poder, asumido como fin y ejercido como coerción. “A mí lo que me parece antievangélico es la primacía del poder y utilizar la fuerza para conseguir un objetivo. A mí, que la persona sea de izquierda o derecha no me importa. Entre un poder de izquierda o de derecha me parece que el problema es el mismo. Como cristiano, como persona humana simplemente, no estoy con que el poder se use para beneficio personal” (p.87). Bien que Carrasquilla resuelva o

no la contradicción, lo cierto es que se trata de un asunto planteado desde su análisis fenomenológico y cuya vigencia sigue siendo un desafío a encarar desde las dinámicas sociales, eclesiales y políticas que se pretenden alternativas y populares.

No obstante, dentro de su visión dialéctica reconoce la importancia de estos procesos que critica:

El papel de Golconda y SAL fue fundamental porque nos abrieron los ojos a todos: pobres son estos, no joda. ¿Que ustedes tienen voto de pobreza? Eso es palabrería. ¿Que ustedes rezan mucho? Sí, rezar allá, y la gente muriéndose de hambre.

Si no hubiera sido por esos movimientos, nosotros no habiéramos podido dar el paso de salir de los espiritualismos y los idealismos que Marx ataca violentamente (p. 91-92)

* * *

Dentro de ese contexto del CVII y de las respuestas principalmente sociopolíticas —a su juicio— de sectores liberacionistas de la Iglesia colombiana, Federico Carrasquilla forja su opción por el pobre y por la pobreza, nacida de su opción por Jesús: “Para mí la pregunta fundamental fue por qué Jesús fue pobre y por qué fue pobre como los pobres. Y nunca he podido dissociar la referencia de Jesús de la referencia de los pobres” (p 18). Es una opción radical que defiende con sus especificidades y descubrimientos propios. Con ella asume el CVII

pero también siente que va más allá del mismo. Y se aproxima a Camilo, a Golconda y a SAL, pero distinguiéndose de todos ellos. Siente que ha hecho un camino muy singular no reducible a los andados por otros:

Cuando llegué en agosto de 1962, vine mirando las cosas de una forma totalmente distinta y yo sabía que no me iban a entender. Lo mío era pensar la fe de otra manera y pensar la sociedad de otra manera y pensar el cambio social de otra manera, estaba seguro de que no me iban a entender. (p. 39)

En este libro, el pobre ocupa un lugar central, como lo ocupa dentro de la vida de Federico. Valga decir que Camilo Castellanos llega a Federico Carrasquilla para indagar su manera de entender y de vivir dicha experiencia, buscando conversar acerca de sus aportes para una “antropología del pobre”¹. La explicitación de los fundamentos vivos de esto que constituye el núcleo de la fe cristiana de Carrasquilla, ciertamente es un propósito alcanzado en este diálogo y en el testimonio que aquí se nos ofrece. Enunciemos sus aspectos centrales brevemente.

La primera fuente que le ayudará a dar contenido a su pregunta fundamental de, ¿por qué Jesús fue pobre?, proviene de la espiritualidad mística. La

¹ Cfr. Carrasquilla, Federico. Escuchemos a los pobres. Aportes para una antropología del Pobre. Editado por el Centro de Investigaciones Sociales, Medellín, 1996.

encontró en Carlos de Foucauld, cuando Federico hacía su formación en Roma². Dice literalmente: “El padre Foucauld descubrió que lo central del mensaje de Jesús estaba en Nazaret. A Jesús había que verlo en el plano humano como una persona que venía a compartir con nosotros y que en ese compartir iba revelando su condición de Dios. (...) en la vida humana (Jesús) le dio la primacía al pobre, porque el pobre era la posición universal”. De donde concluye: *“Este Jesús sí se me parecía al del Evangelio, es Jesús hombre, hombre Dios, que camina con la gente. Y al pobre no lo veía como el que carece, sino como el hermano”* (pp. 27-28). Tal visión espiritual de la humanidad de Jesús, desde el pobre, a juicio de Federico Carrasquilla marcará la corriente postconciliar de la inserción.

La segunda fuente que alimentó su opción por Jesús, desde el pobre, procede del existencialismo filosófico de Jean Paul Sartre³. *“Yo he dicho toda la*

² Carlos de Foucauld nació Estrasburgo, Francia, en 1858 y murió asesinado en Tamanrasset, Argelia, en 1916. Geógrafo explorador y agnóstico, se convierte al cristianismo a los 26 años, asumiendo una vida pobre y mística radical. Aunque ideó una regla comunitaria, no fundó ninguna congregación religiosa; no obstante, después de su muerte se formaron algunas inspiradas en su espiritualidad, como los Hermanitos de Jesús, las Hermanitas de Jesús y las Hermanitas del Sagrado Corazón del padre Foucauld. La espiritualidad evangélica del padre Foucauld nace a partir de la vida cotidiana y secular de los pobres y toma relativa distancia de las formas institucionalizadas.

³ Jean Paul Sartre nació en París, en 1905, y muere allí mismo en 1980. Su pensamiento existencialista se funda en el análisis fenomenológico, es decir, en el examen del mundo de la vida,

vida que los que salvaron mi vida fueron Sartre y Jesucristo” (p.35). E indica la contribución principal del autor francés, referido a la cuestión de por qué el sufrimiento del inocente:

El gran aporte de Sartre es que lo lleva a uno a plantearse: Usted, ¿qué va hacer con eso? Y si no sabe qué hacer mejor péguese un tiro. Entonces me limpió, impidió que yo me pusiera a darle vueltas a eso. El cambio de la mirada racional al corazón, cambiar el por qué que es el de la razón, por el ya que... Ante la lluvia puede uno preguntarse por qué está lloviendo. Sartre sugiere no pierda el tiempo en el porqué, con la realidad no pierda el tiempo en el porqué, asuma ya que llueve... (p. 34).

La tercera fuente la encuentra en la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín. Por tanto, es de índole eclesial. Carrasquilla la califica como un acontecimiento novedoso de la Iglesia latinoamericana en cuanto logra su identidad como tal, precisamente porque no se limita a hacer una aplicación doctrinal del CVII — como era la pretensión cuando fue convocada—

especialmente de la existencia humana, y se forja como filosofía y literatura. Desplegado ese pensar en el contexto de las dos guerras mundiales afrontará el desafío de la finitud, del sinsentido y del absurdo que aquellas han suscitado en el ser humano, sometiéndolo como “pasión inútil” y como pura necesidad. Su salida la encuentra en la búsqueda de la libertad, esto es, en el ser humano que vive no-en-sí, sino para-sí, dependiendo de su propia posibilidad de existir (y no de ninguna esencia divina anterior).

sino que logra una lectura de la realidad. A partir de ese ejercicio de “ver” aparece el pobre, referente desde entonces de la Iglesia y, claro, de él mismo:

... El Concilio dice muy poquitico de los pobres. Lo único es la frase genial de Juan XXIII cuando dijo que la Iglesia es de todos, pero sobre todo de los pobres; prácticamente es lo único que hay. Si hubieran aplicado el Concilio no hubiera pasado nada, porque no hubieran aparecido los pobres por ningún lado, porque en los documentos conciliares no estaban. En cambio, quienes prepararon la Conferencia de Medellín se propusieron el método de ver, juzgar, actuar, que habían practicado, para primero ver la realidad latinoamericana y ahí encontraron que la realidad latinoamericana está marcada por el pobre desde el principio hasta el final. (p. 78).

Así, contando con estos fundamentos para la opción por el pobre, Federico Carrasquilla se dedicará a vivir su propia experiencia y a hacer sus propias elaboraciones al respecto. Como es usual en su pensamiento y como lo venimos insistiendo, mostrará la tensión entre dos posturas (tensión que no le interesa desaparecer) y la cual le servirá de escenario para tomar decisiones personales en su seguimiento de Jesús. La oposición la establece entre marxismo y cristianismo, que la traduce como el conflicto entre la visión sociológica y la antropológica y entre la realización de la transformación social y la construcción de la identidad personal.

Federico caracteriza estas dos concepciones de la siguiente manera: la marxista, según él, ve al pobre como fuerza revolucionaria y la de Jesús logra darle identidad al pobre. A la visión marxista le preocupa quitarle al pobre su pobreza, mientras que a la segunda le interesa *“recuperarle su dignidad e identidad”* (p.119). Además, el marxismo está interesado en cambiar el sistema y hacer la revolución, sin que ello signifique necesariamente la transformación de la mentalidad del pobre; en cambio, desde Jesús interesa conocer la mentalidad del pobre y sus valores, los cuales *“son una propuesta de vida”* (p. 117) pues las carencias apenas son un dato que no determina la identidad sino provoca construirla. Finalmente, tales distinciones conducen a Carrasquilla a concluir *“que el sujeto el que tiene que luchar contra la pobreza es el pobre, y no para dejar de ser pobre, sino para vivir lo que la pobreza ofrece para crecer y luchar contra lo que la pobreza impide”* (p. 130).

El asunto de la identidad tiene que ver directamente con los valores. Son estos precisamente los que constituyen la esencia de la persona y en particular del pobre. Son universales porque no están ligados al tener, como, en cambio, sí ocurre con los valores del rico. Los valores del pobre se forjan desde sus carencias, es decir, que a partir de lo que no tienen provocan una manera de ser persona. Esto es lo que nos enseñó a ver Jesús —dice Federico Carrasquilla— y con lo cual produjo una transformación cultural.

De los valores que menciona, Federico destaca uno:

La aceptación de la realidad es para mí el valor más grande. De todos los valores del pobre, este es el más profundo. Es gracias a él que el pobre no se enloquece... Al pobre no le queda sino aceptar la realidad... (p. 138)

Sin embargo, Carrasquilla no quiere dejar de ser dialéctico y advierte, a partir de experiencias concretas con el pobre, que:

...aceptaban tanto la realidad que terminaban en resignación. Era claro que los valores del pobre se desdoblaban al mismo tiempo en un antivalor, porque aceptaban tanto la realidad que ya daba lo mismo. Entonces, eso me explicó, también, que el pobre fuera muy resignado (p. 139)

* * *

Hay un marco de comprensión más amplio que explica lo que Federico Carrasquilla se ha propuesto y propone que asuman hoy quienes se reconocen seguidores de Jesús. Se trata de la religión, más exactamente de la problematización de la religión. “Yo nunca le quito la religión a la gente, pero yo distingo clarísimo lo que es la religión y lo que es de Jesús”. Y comenta de forma sencilla cuál es la diferencia central entre ambos: *“La religión es un camino hacia Dios, es ir a buscar a Dios. Lo de Jesús es Dios que buscó al hombre y se metió dentro del hombre para enseñarnos a ser personas,*

esa ha sido mi visión todo el tiempo” (p. 71).

Con este planteamiento, Carrasquilla se coloca a tono con la inversión más radical que hizo el cristianismo, no sólo en occidente, sino en toda la cultura humana, tal y como lo redescubren varios filósofos políticos en la actualidad. Lo más original del cristianismo es su afirmación de que “*Dios se hizo hombre*”⁴. En consecuencia, sólo podemos hablar de Dios si conocemos al hombre o, con más precisión, sólo podemos conocer al verdadero Dios si conocemos verdaderamente al hombre.

⁴ Nos referimos al interés entre distintos filósofos como G. Agamben, A. Badiou, J. Taubes, Reyes Mate y E. Dussel que nos devuelve a esta perspectiva humanista desde Pablo de Tarso. Es oportuno citar a otro de ellos que sintetiza el significado de que “Dios se hizo hombre”:

El mito central es que Dios se hizo hombre, por tanto, ser humano. Transforma completamente todo el mundo mítico y sigue siendo la base de todos los mitos posteriores hasta hoy, pero también la base para la interpretación del mundo mítico anterior...

El gran mito es aquél, según el cual Dios se hizo hombre, ser humano. En forma religiosa lo expresa el cristianismo, desde el momento en que Dios se hizo hombre en Jesús de Nazareth. De esta forma prevalece, aunque no exclusivamente, durante 1500 años, hasta que el Renacimiento cambia esta perspectiva religiosa y la cuestiona. Pero jamás se cuestiona que Dios se haya hecho hombre. Cfr. Hinkelammert, F. Hacia una crítica de la razón mítica. El laberinto de la modernidad. Materiales para la discusión. Editorial Arlequín, San José de Costa Rica, 2007, p. 87.

De lo anterior se deriva un proyecto humanista en el que parece ya estamos insertos. Es lo propio de las sociedades seculares dentro de las cuales, no obstante, las religiones siguen presentes y por momentos recobran fuerzas inusitadas. ¿Cómo ser cristianos en estos contextos? La tentación de la religión sigue acechando a las Iglesias que quieren hallar refugio en los dioses que ellas buscan (o inventan) desatando cruentas luchas entre ídolos. De modo distinto Federico comprende que *“ser cristiano es ser humano a la manera de Jesús”, “porque Jesús te ofrece una manera de ser humano”* y *“eso tiene un futuro fabuloso”* (p 109). Todo porque la cuestión decisiva no conduce a preguntarnos por “¿cuál es la verdadera religión?” sino a preguntarnos por el problema de la deshumanización. Y lo concreto es que *“todos estamos por una humanización”* (p. 109).

Con lo anterior, es posible la universalización desde el pobre. La opción por el pobre es la opción por el ser humano; la opción por el ser humano pasa, así, por la opción por el pobre. Los valores que descubre Federico en el pobre se pueden potenciar y pueden ser de todos, para todos los seres humanos, para hacernos humanos todos.

* * *

Sobre estos asuntos, y otros más, es que se nos brinda en este texto el testimonio del padre Federico Carrasquilla. Es memoria que discute la fe cristiana y su significación actual en el marco de múltiples

comprensiones de la misma y de su papel en la transformación de la vida social y humana. De manera análoga a lo ocurrido en los inicios del movimiento cristiano, probablemente en América Latina y, específicamente en Colombia, nos encontramos en ese proceso de construcción de los núcleos que actualizarían la Buena Noticia de que Jesús está vivo. El valor de poder afirmar este mensaje estriba en que sus seguidores, hoy, también puedan alimentar la esperanza de la resurrección, de una vida otra, no sólo para sí mismos sino para todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

Por ello, para acabar de abrir las puertas al testimonio de Federico y de sugerir su importancia, es útil aludir a la experiencia de quienes, desde sus comunidades, fueron pioneros de esa memoria de Jesús, según nos lo muestran los hallazgos exegéticos hoy. A este propósito, el biblista español Rafael Aguirre nos recuerda por lo menos dos aspectos centrales: dicha memoria —como sucede igual con todos los movimientos— construyó un mito mediante el cual idealizó la experiencia vivida; y, de otra parte, la formulación del mito corresponde con un proceso largo de transformación de la identidad de quienes lo llevaron a cabo. Así que, para iluminar la memoria actual, habría que advertir que la recurrencia al pasado primigenio exige su desmitologización, dando cuenta de los cambios que los discípulos afrontaron; adicionalmente, el ejercicio debe desmitologizar todo intento de idealización de nuestro presente cuya tendencia es

siempre inevitable.

De manera más concreta, Aguirre señala:

Ciertamente lo que descubrimos en los primeros momentos son grupos diferentes de discípulos de Jesús, que solo conocemos parcial e hipotéticamente, que florecen en diversos lugares y con relaciones muy diversas entre ellos. En realidad, no podemos hablar de «el cristianismo» en estos momentos. Estos grupos son como pequeños ríos, que tienen una fuente común en Jesús, al que ven y con quien se vinculan desde perspectivas muy distintas... Es decir, es posible un estudio histórico que no haga del cristianismo ortodoxo actual el ojo de cerradura por el que se mira al pasado, sino que descubra la pluralidad, los conflictos, las relaciones de los diversos grupos de discípulos de Jesús y su evolución, tanto la de la línea históricamente hegemónica como la de otras formas cristianas que o bien fueron desechadas o bien languidecieron. Estudiar un proceso histórico de esta complejidad no es una tarea meramente descriptiva, sino que tiene también una pretensión explicativa e interpretativa, lo que implica considerar los múltiples factores sociales que intervienen⁵.

Si entendemos y asumimos lo anterior, tendríamos

⁵ Aguirre, Rafael (Ed.). Así empezó el cristianismo. Estella, Navarra, Verbo Divino, 2010, p. 30

que leer el testimonio de Federico Carrasquilla como una de las tendencias que hacen parte de la formación o gestación de un cristianismo actual. Al lado de la suya, también hay otras tendencias, algunas de las cuales él debate acá. Lo sustantivo parece ser –a juicio del mismo Federico- que por el cambio producido a partir del CVII no hay una ortodoxia hegemónica y todo se está reconfigurando irreversiblemente, así sea de manera lenta. La emergencia de lo que sería un nuevo mito cristiano seguirá controvirtiendo los vestigios de la cristiandad aún no desaparecidos y deberá decantar el sentido de las afirmaciones de fe de quienes lo hacen desde el lugar de los pobres, cuyas posturas no son homogéneas, por fortuna. Es un camino que apenas se ha andado durante medio siglo y cuyo futuro no está suficientemente esclarecido.

ADVERTENCIA

Supe de oídas del padre Federico Carrasquilla por su cercanía al Grupo de Golconda y por su rol en Sacerdotes para América Latina (SAL). Luego, el trabajo de Hernando Salazar delineó con mayor detalle la figura del personaje⁶. La persecución de que fue objeto por el cardenal Alfonso López Trujillo lo hacía merecedor de respeto y admiración. Desde entonces quise conocerlo.

Investigando sobre la década de los años sesenta,

⁶ Hernando Salazar Palacio, La guerra secreta del cardenal López Trujillo. Ed. Temas de Hoy, Bogotá, 1996.

mi interés aumentó. Un país se adentraba en la modernidad —urbanización, secularización, racionalización— y parecía abandonar los modos y las formas de la sociedad tradicional que parecía condenada a morir. Otro país parecía insinuarse entre dolores de parto. Hay razones para pensar que tal transición se frustró: los conceptos y los usos de la sociedad tradicional persistieron en la mentalidad y las prácticas que se transformaban en medio de un trauma general, pero que dado el poderío de las fuerzas leales a la tradición y la debilidad de todo orden de quienes estaban comprometidos en el cambio, las transformaciones se quedaron a mitad del camino.

Uno de los campos en los que este tránsito se desenvolvió con mayor crudeza fue el religioso, en particular en la Iglesia católica. Campo decisivo para dar paso a una sociedad moderna. Fue la oportunidad de nuestra Reforma, como lo sugirió Salomón Kalmanovitz. Pero también en esto la transición estuvo lejos de concluirse.

Federico Carrasquilla vivió intensamente esta época crucial; por ello es relevante su testimonio. Fue doblemente crítico. Criticó las instituciones de su tiempo y a quienes pretendían transformarlas. Con el paso del tiempo matizó sus reparos, pero hay que decir que se mantiene fiel a lo medular de éstos. Estamos convencidos de que su visión contribuye a comprender mejor la encrucijada de este tiempo y sus repercusiones en la actualidad.

* * *

Se ha elaborado la experiencia del padre Carrasquilla a manera de una historia de vida. No es la biografía autorizada, tampoco el relato no autorizado. Federico Carrasquilla elude presentarse como héroe o como mártir, pretende sobriamente que esta narración sirva al lector. Siendo así, este trabajo no se propone agotar la época y menos la trayectoria de su personalidad.

Como todas las fuentes, las historias de vida son miradas con cautela. Los personajes, como es obvio, ven la realidad a la luz de su experiencia —la objetividad total es una pretensión mentirosa—, aun más, casi siempre, procuran enaltecerla como una “época dorada”, pero el rasgo que puede deformar más la reconstrucción es la intención de justificarse en lo que se hizo o dejó de hacerse. Alguien explicó que, si bien pueden ser inexactas en relación a los hechos, son verídicas como hecho psicológico. Esto es como vivencia de unos episodios y en la realidad de su evocación. De otra manera, las historias de vida son producto de una subjetividad y su riqueza y sus limitaciones se desprenden de esta condición.

Pero, es más. Este trabajo es el resultado de un diálogo entre Carrasquilla y un entrevistador. Aunque este segundo intentó informarse sobre el decurso vital de su interlocutor, es obvio que seleccionó los aspectos a abordar; pero además organizó los tópicos tratados para una presentación ordenada, sin reiteraciones innecesarias y limpiando el texto de los usos coloquiales innecesarios. La del entrevistador es otra subjetividad que entra en la

danza. La transcripción de las conversaciones es una traducción de la oralidad a la escritura. Ya se sabe del riesgo de la traición cuando de traducciones se trata.

Agradece el redactor de estas líneas la confianza que en él ha depositado el padre Carrasquilla y el tiempo que sin mezquindad entregó a este esfuerzo. Ojalá esta generosidad se vea recompensada con el uso fecundo que los lectores puedan hacer del trabajo que tienen en sus manos.

Es el momento de agradecer la colaboración del Fondo Itacho y de las corporaciones Ensayos y Mandala, de la miga Beatriz Jaramillo de González y de la plataforma de comunicación alternativa Huellas de América que hicieron posible este empeño.

Dicho lo anterior, es de esperar que este trabajo sirva efectivamente a la comprensión de nuestro tiempo y contribuya al intento de conquistar una sociedad más justa, más igualitaria y más libre.

Camilo Castellanos

Bogotá, 14 de septiembre de 2017



**La vocación,
los estudios
y la docencia**

La familia

Mi padre se llamaba Horacio y mi madre, Ester; ellos ya murieron. Mi papá era farmaceuta. Nosotros somos ocho hermanos, siete nacimos en Itagüí, cuando era el pueblo más chiquito de Antioquia, no había nada de fábricas ni de nada. Yo pasé toda la infancia en Itagüí, allá hice mis estudios primarios en la escuela pública y después me trajeron a Medellín a hacer el quinto de primaria en la Escuela Julio César García, anexa a la Universidad de Antioquia. Mi padre quería que yo hiciera el bachillerato en el liceo de la Universidad.

Tres marcas tenía mi papá. Era muy liberal, pero no era fanático; tenía un sentido social muy fuerte y era supremamente religioso. Yo digo que la vocación mía viene de allá porque yo oía a mi papá repetir que la gran alegría de su vida era tener un hijo sacerdote; yo lo único que le pido al Señor es que me dé un hijo sacerdote, decía. Y a falta de uno, le dio dos.

Mi madre era conservadora y de una trayectoria conservadora fuerte y eso fue lo que nos salvó a nosotros en el tiempo de la Violencia. Porque cuando la chusma era liberal entonces a mi papá lo protegían porque era liberal, y cuando la chusma era conservadora a mi mamá la protegían porque era conservadora. Entonces nosotros no sufrimos directamente el tiempo de la Violencia que yo veía que la gente sufría en el pueblo.

Nosotros vinimos prácticamente a saber que

éramos de la familia de Tomás Carrasquilla ya grandes. Lo que pasa es que mi papá quedó huérfano desde los ocho años. Mi abuela quedó al cuidado de mi papá. Entonces mi papá desde joven tuvo que enfrentar la vida. Nosotros sí sabíamos que era de la familia, porque mi papá era de Segovia y mi abuelo era de Santo Domingo, que era la tierra de Tomás. Únicamente en el seminario vine a conocer las obras de Tomás y ahí me preocupé por investigar un poquito, pero no más.

El seminarista

Entré al seminario en 1947. Me tocó el seminario en donde hoy es el centro comercial Villanueva, allí a la izquierda estaba el bachillerato, que era el seminario menor, y a la derecha estaban la filosofía y la teología.

No me entré al seminario propiamente por vocación. Entré porque mi papá quería tener un hijo sacerdote, pero resulta que al entrar al seminario yo encuentro que este me daba las tres cosas que me gustaban desde niño: estudiar, rezar y jugar. Yo me sentí feliz, ahí no me aburrí un solo día. Pero realmente la preocupación religiosa para mí nunca existió.

La mayoría de mis compañeros eran de los pueblos aledaños a Medellín, de Medellín más bien poquitos. Porque como la arquidiócesis abarcaba lo que en la actualidad es la diócesis de Sonsón-Rionegro, había mucha gente de Oriente, de Marinilla, de Santuario. Fundamentalmente de extracción campesina, los de

Medellín eran clase popular, muy poquitos eran gente rica.

Nací en Itagüí en 1935, en un pueblo chiquitico. Era un pueblecito campesino, en términos un poco cómicos para hoy, lejísimos de Medellín. De pequeño, venir a Medellín era toda una hazaña. Era un mundo rural y marcado por una mentalidad rural, el mundo urbano no me tocó vivirlo en la infancia. Únicamente cuando yo ya estaba terminando bachillerato fue cuando empezó la industrialización en Itagüí. El ambiente del seminario era clerical, religioso y marcadamente campesino, los medios de comunicación eran poquísimos. Era un mundo cerrado y toda la perspectiva era muy rural.

Vivíamos en un encierro total, separados, sacralizados a morir. Uno entraba y a los tres días le hacían una ceremonia para imponerle la sotana. Digo que desaparecía el joven y el niño, para aparecer el seminarista. Y eso ya quedaba marcado de por vida. Era una separación radical, tanto que a los de Medellín nuestros papás sólo nos visitaban una hora una vez por semana. Un ambiente donde el seminarista quedaba apartado de la gente. Radio era poquitico, televisión pues no había, prensa no dejaban entrar. Uno completamente separado de la realidad, pues.

A mí me tocó el 9 de abril en Medellín, yo estaba en segundo de bachillerato. El 9 de abril habían matado a Gaitán, pero en el seminario nunca nos hablaron de eso, nunca. Había un rechazo al liberalismo. Fíjate que el obispo de Pasto, fray Ezequiel Moreno, que ya lo canonizaron, ordenó

que cuando muriera le pusieran como epitafio, “el liberalismo es pecado”. Son situaciones puramente culturales, es saber vos que desde la independencia la Iglesia estuvo unida al partido conservador y había un rechazo al liberalismo. Me acuerdo que uno de los compañeros míos del seminario se llamaba Jorge Eliécer y le hicieron cambiar el nombre porque ese era el nombre de Gaitán. Me acuerdo que hubo un problema con el obispo de Antioquia, monseñor Andrade Valderrama, porque decían que era aliado de los liberales. Era muy fuerte la presencia y la acción de monseñor Builes, porque tenía fama de que atacaba mucho a los liberales. Había una conciencia en el seminario de que ser liberal era malo.

Hay algo difícil de contar. A los 24 años llegué a la universidad en Bélgica, y fue la primera vez en la vida que hablaba con una mujer de tú a tú. Lo cierto es que el seminarista estaba destinado al sacerdocio y no debía tener trato con la mujer. Era una completa separación del mundo y nuestro mundo era completamente clerical, sacralizado. Un mundo artificial, pero que uno no lo sentía como tal porque uno estaba ahí para ordenarse. De hecho, la salida de un muchacho era más bien rara y era casi una maldición. Se acentuaba la conciencia de que estaba negando el llamamiento de Dios y no estaba respondiendo a ese llamado.

Mira, en el bachillerato no me preocupé nunca por la vocación, pues me hablaban de las cosas de cura y no me interesaba realmente. Yo pasé feliz porque estaba haciendo lo que a mí me gustaba. Cuando

terminé bachillerato me vino la primera crisis porque me decía: a mí no me gusta ésto, pero no sé cómo salirme. Tenía una idea de la vocación macabra, Dios te escogió a vos por encima de millones de jóvenes y ¡ay del que diga que no! Pero empecé a estudiar filosofía y me encantó. Fueron tres años que pasé feliz, como siempre.

Cuando termino la filosofía me vino la crisis, porque dije: ahora tengo que entrar a la teología. Sobre todo, que en ese tiempo a los dos o tres meses le hacían a uno la tonsura, una redondeta en la cabeza, entonces ya tenía que salir de sotana en vacaciones. Y es que a mí no me gusta nada de esto —me decía—, dónde voy a meterme. Pero de un momento a otro, no sé cómo, descubrí que la vocación no tenía nada que ver directamente con los curas. Que la vocación era una opción por la persona de Jesús. Y que a Jesús no le interesaba que yo me quedara en el seminario, que a Jesús lo que le interesaba era que yo fuera feliz. Y que yo podía servirle al Señor en la calle, casado, soltero, lo que fuera. Fue como una liberación. Vi que sí, que a mí me apasionaba Jesús, entonces yo me dije: “el mejor espacio para eso es ser sacerdote”. Pero cuando yo descubro a Jesús inmediatamente descubro que Jesús es inseparable del pobre. Entonces yo vi que si yo quería dedicarle mi vida a Jesús tenía que ser en el pobre y con el pobre. Esas dos cosas: Jesús y el pobre, nunca se me han separado. Entonces yo enfoqué toda mi visión espiritual y apostólica sacerdotal en Jesús y el pobre.

En ese tiempo íbamos derecho a la teología. Desde el principio de teología, es curioso que yo no me interesaba propiamente por los pobres, sino que la pregunta que me planteaba era por qué Jesús fue pobre. Y yo veía que en el evangelio toda la vida de Jesús estaba ligada a los pobres y esa era la interrogación que me planteaba yo. En ese tiempo estaba empezando toda la obra del padre García Herreros y cuando yo planteaba que quería dedicar mi sacerdocio a Jesús en el pobre, todo el mundo me decía: mire ahí está el padre García Herreros, a él le interesaba mucho la obra social de la Iglesia. Pero yo decía, no, es que eso no es lo mío. Nunca he tenido atractivo por las obras sociales. Para mí la pregunta fundamental fue por qué Jesús fue pobre y por qué fue pobre como los pobres. Y nunca he podido disociar la referencia de Jesús de la referencia de los pobres. Para mí, eso fue demasiado claro desde el seminario.

Desde el seminario decían que a mí si se me metía una idea en la cabeza, era más fácil quitarme la cabeza que la idea, entonces yo iba a lo mío. Yo nunca generé un problema, nunca. Yo no me preocupé por nada, nunca fui rebelde, no cuestionaba nada. De la Iglesia no me interesaba lo que le interesaba a otros compañeros. Ayudar en la misa, por ejemplo. Pero no me creó ningún problema y nunca rechacé nada.

El rector del seminario, que en ese tiempo era monseñor Restrepo Uribe, decidió mandarme a terminar los estudios de teología a Roma. Fuimos cinco: tres seminaristas a terminar la teología y dos

sacerdotes que fueron el primer año a París y después pasaron a Roma. Fue el grupo que abrió el camino que después se aumentó y se prolongó. A mí me tocó terminar la teología en Roma en la Universidad Gregoriana y en Roma me ordené en mayo de 1959.

Llegué a Roma en julio de 1958 y Pio XII murió en octubre de ese año. Me tocó la penúltima audiencia de Pío XII y el nombramiento de Juan XXIII en la Plaza de San Pedro. Te hablo de manera muy sencilla como el común de los fieles, no como un especialista. La situación de la Iglesia desde antes del Concilio era bien marcada como una reacción muy fuerte frente a lo que estaba apareciendo en el mundo. Dos grandes genios, Freud y Marx, fueron violentamente atacados por la Iglesia y ellos la atacaron. Hoy vemos la cosa de manera totalmente distinta. Pero el problema de fondo estaba en la forma como se fue configurando la Iglesia a lo largo de toda la historia desde el siglo IV.

Jesús es un personaje religioso que pensó la religión y el hombre de una manera totalmente distinta a la religión y eso lo vivió muy fuerte la primera comunidad cristiana hasta el siglo IV. En este siglo hay dos acontecimientos que marcan la historia de la Iglesia y que son distintos pero que se confunden aún en gente muy preparada. Primero, el edicto de Milán de Constantino, en el año 313. Prácticamente la Iglesia durante los siglos anteriores estuvo atacada constantemente, con períodos de paz, pero siempre estuvo perseguida. En el 313 Constantino dice que el cristianismo tiene

todos los derechos como cualquier otra religión. Eso ocasionó en la Iglesia una sacudida bárbara, no sólo porque se quitó la oposición a la Iglesia sino porque hubo toda una avalancha de millones de gentes que se volvieron a la Iglesia por encontrar en ella, como se dice hoy, “una religión inclusiva”. En el 380, hay otro acontecimiento absolutamente contrario, y que la marca definitivamente, fue el edicto de Tesalónica por el que Teodosio declara al cristianismo religión del imperio.

Hay una película —*Ágora*—, que narra cómo el cristianismo cuando lo erigen religión oficial del imperio pasó de perseguido a perseguidor. Es una película muy dura porque le achacan al cristianismo la pérdida de la biblioteca de Alejandría —muy famosa en los primeros siglos de la Iglesia— y la persecución a Hipatia, una filósofa muy famosa. El paso de perseguido a perseguidor se explica porque desde que una religión es religión oficial y está en el poder ha de perseguir a quienes piensen distinto, ya que no se puede dar el mismo nivel de verdad a una corriente y a la contraria.

Lo original de Jesús —que era ser otra forma de religión, otra forma de mirar el mundo, otra forma de mirar la persona—, pasó a la sombra. Empezó lo que llamamos el período de cristiandad que se caracteriza por lo que se llama el poder de la Iglesia sobre la sociedad, pero sobre todo porque se cambia el concepto de cristianismo. Hasta el siglo IV, el cristianismo estuvo centrado en la persona de Jesús. Las doctrinas, las normas y las instituciones no eran lo central de la fe cristiana. Desde ahí, la fe

se centró en doctrinas, normas e instituciones; en consecuencia, era preciso chocar contra todo lo que fuera en contra de la doctrina de la Iglesia.

A mí me tocó todo ese periodo fuertísimo en el seminario, porque el poder de la Iglesia era enorme. Un poder social impresionante. La Iglesia dominó propiamente todo el mundo occidental desde el siglo IV. Como todo movimiento esencialmente cultural, hubo aspectos muy positivos y aspectos muy negativos, que no se pueden negar. Ese periodo que va del siglo IV hasta 1960 tiene marcas negativas muy fuertes en la Iglesia. Basta recordar la Inquisición, por ejemplo. Y otros supremamente positivos que son inseparables en la Iglesia, toda la historia del arte, en general de las bellas artes, de las obras sociales. La gran intuición de Juan XXIII fue descubrir que ese periodo de poderío de la Iglesia se había acabado y eso fue lo que lo llevó a impulsar el Concilio.

El Concilio Vaticano II

Un historiador español dice que Juan XXIII es un fenómeno muy especial, porque a él lo eligen después de Pío XII, que ostentaba la imagen de ser un poquitico menor que Dios. Cómo se miraba al papa entonces es algo increíble para la gente de ahora.

Yo estaba en la plaza de San Pedro cuando anunciaron a Juan XXIII y cuando salió el cardenal a informar que habían nombrado papa y que era Juan XXIII, en la plaza hubo un silencio por lo menos de

cinco minutos por el desconcierto. Te cuento lo que me tocó vivir directamente. Parece que el nombramiento de Juan XXIII fue supremamente polémico. De hecho, es el segundo papa en la historia cuya elección se ha demorado más. Lo nombraron en Roma con tres características que realmente eran de desprestigio. Decían que había que nombrar un papa de transición que fuera viejo y enfermo, que fuera buena persona para que dejara que la Curia organizara todo y que no fuera muy inteligente. La persona ideal era el cardenal Roncalli de Venecia.

Y este Juan XXIII desde el primer día empezó a cambiar cosas con libertad y simplicidad. Era un personaje. Realmente, fue él quien desde el principio empezó a cambiar la historia, el que empezó a cambiar la Iglesia. Los historiadores dicen que esa actitud solo era posible en él, pues para dar ese paso, primero tenía que ser una persona que tuviera una visión de conjunto pero que al tiempo viera la realidad. Y decían que eso sólo era posible con Juan XXIII que era una persona de familia campesina pobre pero que toda la vida había sido diplomático. El diplomático era el que veía las cosas desde arriba y el campesino el que ve con los pies sobre la tierra. Por ello que el Concilio sólo era posible con él.

A Juan XXIII lo nombran en octubre y el último domingo de enero lanzó el Concilio sin preguntarle a nadie sin consultar a nadie. Yo estaba en Roma y eso fue una bomba. Inmediatamente de la curia de Roma salieron a decir que el Concilio sí era

importante porque luego de las dos guerras mundiales había muchos daños y cosas muy malas que había que condenar. Esto lo tengo muy vivo, Juan XXIII respondió, que no, que el Concilio era para reformar la Iglesia, que era un Concilio pastoral y eso cayó como una bomba.

Dos preguntas le hacían: por qué reformar la Iglesia y cómo reformarla. La primera: cómo dice que va reformar la Iglesia, si la Iglesia en este momento está en el mayor apogeo de toda la historia, tiene un prestigio extraordinario, los seminarios están llenos, las ordenaciones sacerdotales son por miles. Cómo se le ocurre al papa decir que la Iglesia necesita una reforma. Y la segunda: cómo reformar la Iglesia que era una institución que había creado Jesús y que eso nadie lo podía tocar. Que la Iglesia era una, santa, católica y apostólica. Cómo se le ocurría decir que había que reformarla.

La respuesta de Juan XXIII fue sencilla. En mayo de 1959 dijo a los obispos franceses: «no es porque la Iglesia esté mal, es que el mundo cambió. Después de la II Guerra Mundial se ha creado un mundo aparte de la Iglesia, y a la Iglesia la hizo Jesús como fermento y levadura de la masa, no aparte». Les puso dos ejemplos: el latín es una lengua clásica y le ha servido a la Iglesia como vínculo de unidad, pero no es el lenguaje que habla la gente. Por eso cuando la gente va a la iglesia, cree que esta habla otra lengua. Lo mismo el canto gregoriano, es un canto clásico, pero no es lo que canta la gente. ¿Cómo hacer la reforma de la Iglesia? La respuesta es más fácil todavía: volver a Jesús. De ahí la

expresión clásica del Concilio: “volver a las fuentes”. Mirá, el padre Alberto Ramírez —el mejor teólogo que ha tenido la arquidiócesis y yo creo que Colombia— hace tres o cuatro años escribió un libro que a mí me parece genial con ocasión de los 50 años del Concilio, él narra todo ese ambiente y describe cómo a la Iglesia la gobernaba, es un decir común, la curia romana.

En este libro aparece que el Concilio fue invención de Juan XXIII y que realmente Juan XXIII era un genio. Pasó por ser el Papa Bueno, pero intelectualmente no mucho, cuando era todo lo contrario. La curia romana organizó todos los temas y los presentó en la primera sesión del Concilio para que los obispos los aprobaran. Entonces un grupo de obispos presididos por el cardenal Lercaro —que era obispo de Génova, me parece—, fue donde el papa y le dijeron que, si ya estaba todo listo, qué sentido tenía la presencia de ellos allá. Entonces el papa les dijo hagan lo que a ustedes les parezca que ustedes son los que ordenan. Todos esos documentos quedaron archivados y el Concilio empezó a funcionar con la orientación de Juan XXIII.

Y realmente fue una orientación para toda la Iglesia, tratando de marcar la ruta partiendo de que este mundo era distinto, que fue la intuición del papa Roncalli. El mundo de la cristiandad se había acabado y se había acabado simplemente porque la Iglesia ya no tenía un poder social, es decir, que tenía un poder institucional muy grande, económico y aún político, pero social no. Esto aparece en que

las sanciones de la iglesia ya no tienen ninguna consecuencia social. Por ejemplo, la suspensión de un sacerdote hace sesenta años hubiera sido prácticamente el ostracismo para el sacerdote, pero hoy día nadie le presta atención a eso.

Juan XXIII orientó desde el principio por dónde debía tomar el Concilio. Sin embargo, apenas duró un año; afortunadamente lo sucedió Pablo VI, quien asumió plena y totalmente la orientación del Concilio. Hay un dato muy interesante de un historiador español, a propósito de Benedicto XVI, dice que lo que hizo el Concilio a nivel macro de la Iglesia, lo hizo el papa Ratzinger a nivel más personal.

A decir de muchos el nervio del mensaje del Concilio es que hay que volver a Jesús. Es la doctrina macro, pero Benedicto XVI dijo desde la primera encíclica que lo original de Jesús, lo original de la fe cristiana estaba en el encuentro con la persona de Jesús, no en doctrinas y normas. Eso es realmente una revolución radical, es cambiar la perspectiva que había surgido desde el siglo IV. A Benedicto XVI no lo han valorado mucho en la Iglesia. Pero, fue el que aterrizó el Concilio en concreto. La fe cristiana no estaba sustentada en doctrinas y normas, sino en el encuentro con la persona de Jesús y que de ahí salían unas doctrinas y unas normas. Eso es completamente revolucionario.

Es requetenormal que al tumbar orientaciones, instituciones, doctrinas de más de mil seiscientos años sobrevengan necesariamente excesos.

Después del Concilio los hubo. Juan XXIII y Pablo VI, sobre todo Juan XXIII, pudieron pensar que eso se iba a caer solo. Pero hubo muchos excesos y correspondió reorientarlos a Juan Pablo II y a Benedicto XVI. Dentro del contexto es muy normal que algunos historiadores juzguen que Juan Pablo II frenó la Iglesia y el ímpetu del Concilio, que dio carta abierta a algunos movimientos que trataban de tener una línea más conservadora. Pero la gran revolución del Concilio es que nos volvió a lo esencial, que lo esencial de la fe cristiana no está en las doctrinas sino en el encuentro con la persona de Jesús.

Entonces, la pregunta es qué le aporta Jesús al cristiano, qué le aporta al hombre de hoy. Para mí que Jesús no aporta directamente ni doctrinas, ni normas, ni instituciones, sino la presencia de un Dios que hace parte de la persona de nosotros y que da sentido a la vida. Eso es súper revolucionario.

Mirá, yo desde el seminario intuí claro que quería dedicarle mi sacerdocio a Jesús en el pobre. Pero el Jesús que me presentaban no me gustaba, para nada se parecía al del evangelio. Y el pobre que me presentaban tampoco me gustaba, porque el pobre tiene una marca sociocultural de mendigo e incapaz. Cuando te presentas ante alguien como pobre es porque tienes una necesidad. Al pobre sociológicamente se lo define como el que carece, eso a mí me ha revelado por qué al pobre se lo mira para abajo. Al reducir la personalidad del pobre a no tener, se lo priva de su identidad y, segundo, le

crean una mentalidad de mendigo y de incapaz. En el seminario me planteaba todo esto, pero nadie me entendía, era normal.

Mi hermano Horacio

Ya conté que mi papá quería un hijo sacerdote y le resultaron dos. Horacio es el otro. Siempre ha estado al lado del pobre, pero de otra manera.

A él le encantó siempre el medio rural y afortunadamente siempre lo pusieron allí. Toda la vida, menos cuatro años, estuvo siempre en el medio rural. Yo sabía que podía contar con él y aunque no me entendiera, nunca me contradecía y siempre me apoyaba. Siempre me animaba. pero tampoco me decía nada. Antes lo contrario

En ese sentido Horacio fue para mí la salvación, ha sido mi polo a tierra y el que ha marchado conmigo. Siempre salía con un chiste, porque tiene mucha chispa. Somos totalmente distintos, él ahora es muy callado porque le dieron tres isquemias cerebrales, perdió el órgano del habla y tuvo que volver a empezar.

Yo digo ese es el cura auténticamente religioso, pero nada clerical. Profundamente religioso con lo mejor de la religión. Ahora como persona humana, yo admiro muchísimo a Horacio.

Roma: Licenciatura de Teología

Cuando me mandaron a estudiar a Roma yo iba para el seminario de América Latina, pero por una

confusión llegué al seminario francés. Y fue interesante porque la disciplina era exactamente la que yo había tenido en el seminario, muy estricta, legalista, de cumplimiento de reglamentos; pero en ese momento había una gran ebullición de las ideas surgidas después de la Segunda Guerra Mundial. Entonces había en el seminario un ambiente intelectual fabuloso.

Y en ese ambiente conocí la personalidad y la espiritualidad de Carlos de Foucauld, un sacerdote francés, de origen noble, antiguo militar, que se convirtió y quiso entrar a la vida religiosa, a un convento de clausura. Pero la familia le dijo que antes de entrar al convento porque no hacía una peregrinación a Tierra Santa y allí descubrió que la centralidad de la propuesta de Jesús estaba en Nazaret. Le impactó un hecho histórico: Jesús de treinta y tres años pasó treinta en Nazaret, lo que racionalmente es inexplicable. Por qué Jesús se demoró tanto, es absurdo pensar que se pasó todo este tiempo preparándose.

El padre Foucauld descubrió que lo central del mensaje de Jesús estaba en Nazaret. A Jesús había que verlo en el plano humano como una persona que venía a compartir con nosotros y que en ese compartir iba revelando su condición de Dios. Entonces Jesús iba cambiando todo lo religioso, pero desde esa condición humana. Todo el apostolado de él, su manera de salvar a la humanidad era la vida humana y en la vida humana le dio la primacía al pobre, porque el pobre era la posición universal.

Dice el padre Foucauld que Jesús nació en un pesebre porque vino a ofrecer una propuesta religiosa para todo el mundo y tenía que partir de lo más bajito. El padre Foucauld tiene dos explicaciones muy bonitas de por qué nació en un pesebre y por qué murió en una cruz. Al pesebre los primeros que llegaron fueron los pastores, pero también llegaron los reyes magos. Si Jesús hubiera nacido en un palacio hubieran podido entrar los reyes no los pastores. Eso tiene un sentido que no es ético ni social ni menos ascético, sino humano. Y por qué murió en una cruz, porque cuando alguien sufre esta más abierto a las palabras liberadoras. Jesús vino para ofrecer una propuesta a todo el mundo, por eso nació en el último lugar a donde todos pudieran ir.

Este Jesús sí se me parecía al del Evangelio, es Jesús hombre, hombre Dios, que camina con la gente. Y al pobre no lo veía como el que carece, sino como el hermano. Eso no solo me marcó la orientación que iba tener para adelante. Me abrió además un horizonte de esperanza, porque yo pensaba que era el modelo para la Iglesia posconciliar.

A mí me pareció que el padre Foucauld —que insiste en que lo fundamental es la presencia, es estar con la gente, el compartir la vida de la gente, el aprender de la gente— marcó todo el Concilio y el post Concilio, a toda la corriente post conciliar de lo que llamamos la inserción, al darle la primacía a la vida y no a la palabra, y que el mensaje, la buena noticia que el sacerdote y el cristiano están

llamados a anunciar es sobre todo desde la vida, no una vida ética, sino una vida mística en comunión con Jesús. Es una revolución que todavía no se ha hecho plenamente, pero que va muy despaciecito, porque tumbar mil seiscientos años de historia, eso se dice muy fácil.

Hay gente que se queja del papa Francisco porque afirma que hay que renunciar al proselitismo, y que está desacralizando la Iglesia. Esta fue precisamente la primera crítica que le hicieron a Juan XXIII. La gente se burlaba de sus actitudes, sobre todo cuando comparaba la actitud y forma de vivir de Juan XXIII con las de Pío XII. Pío XII era alto, delgadito, tenía unos gestos estudiados. Salía al balcón frente a la plaza de San Pedro y a la vez que iba abriendo los brazos, se empinaba; entonces parecía que estuviera elevándose. No se oía una mosca, una cosa paralizante. Juan XXIII era un tipo bajito, gordo, con un hablado campesino, de gente del pueblo. El contraste era demasiado fuerte.

A mí me tocó la primera audiencia de él y salí escandalizado. Era para los estudiantes de una universidad de Roma. Todos los que estábamos estudiando en esa universidad fuimos con entusiasmo de ver al papa de cerquita, que era en ese tiempo como ver a Dios, y ver vos a un pobre tipo todo bonachón que se sale de la guardia y se mete con la gente y empieza a saludarla con palmaditas en la espalda y uno decía a este tipo qué le paso. Y vienen los críticos a decir que eso no era digno del papa que cómo se le ocurría y que era desacralización.

Es la crítica que le hacen al papa Francisco: que no le gusta el proselitismo y que desacraliza la Iglesia. Tal opinión revela toda una mentalidad. Centrémonos en lo del proselitismo. Hasta el siglo IV, la primera comunidad cristiana tuvo muy claro y consciente lo original de Jesús: es un personaje religioso —nadie lo confundió con un revolucionario o un líder político, ni social—que desde el principio cambió el concepto de religión. Hay un texto que es demasiado claro, Lucas 5, 33. En tiempo de Jesús había dos corrientes religiosas, los de los fariseos y la de Juan el Bautista. Y le dicen a Jesús, “vea los discípulos del Bautista y los fariseos hacen ayunos y oraciones, los suyos no hacen más que comer y beber”. La espiritualidad de Jesús es espiritualidad de la vida, de lo concreto. La de las religiones son actos directamente orientados a Dios.

Hasta el siglo IV la comunidad cristiana tenía claro que la fe de ellos partía de acoger la persona de Jesús en su vida y lo demás era secundario. La Carta a los Hebreos es significativa en eso: muestra que lo de Jesús es cosa distinta de la ley judía. Al convertirse la Iglesia en la religión del imperio, quisiera o no quisiera, tenía que acomodarse a lo de toda religión.

Entonces la Iglesia fue perdiendo lo original de Jesús —nunca negándolo— que la propuesta de Jesús es la vida. En la propuesta de Jesús no hay templo, no hay tiempos sagrados, no hay personas sagradas, no hay cosas sagradas, es la vida, la vida vivida a la manera de Jesús, eso es lo que le agrada a Dios. Y una vida principiando por la de los más

pobres, los más simples, los más abandonados. Eso es completamente novedoso, cambia el concepto de Dios, el concepto de todo.

Al ser erigida la Iglesia religión del imperio va cambiando y entonces lo original de Jesús pasó a segundo plano y terminó la Iglesia cristiana dándole primacía a doctrinas, normas e instituciones.

Si tienes una institución llamada a promover una doctrina, una ideología, unas normas, tienes que hacer proselitismo o si no se acaba. Por eso mismo, todas las religiones hacen proselitismo, todas, y aparece el choque entre las religiones. Al volverse religión del imperio la Iglesia tuvo que empezar el proselitismo.

Hasta el siglo IV la actitud de la Iglesia fue la de Jesús, que fue lo que le dijo Jesús a sus discípulos: “Ustedes van a recibir una fuerza del Espíritu y serán mis testigos” (Hechos 1, 8). Y testigo es el que habla de una experiencia, no el que sabe más o es más buena persona.

Y es que cuando hay un accidente, ¿a quién llaman? Al que vio. Eso dijo Jesús. La propuesta de Jesús de raíz impide el proselitismo. Eso fue lo que vio Benedicto XVI, el aterrizó el Concilio, desde el primer párrafo de la primera encíclica y la gente no se da cuenta. Es la misma línea del papa Francisco cuando expresa en sus dos grandes documentos que *“la comunión no es un premio para los perfectos sino una ayuda serena para los débiles”*.

Lovaina: Doctorado en Filosofía

Mi formación en Roma terminó con la Licenciatura en Teología en la Universidad Gregoriana.

El segundo momento de mi formación fue en Lovaina, donde hice un doctorado en Filosofía con énfasis en Antropología existencial.

La Universidad Católica de Lovaina ha desempeñado en la Iglesia un papel muy importante. A principios del siglo XX el cardenal Mercier fue fundamental para la renovación del tomismo y de la escolástica en la Iglesia. En el Concilio Vaticano II, la facultad de Teología jugó un rol protagónico, sobre todo en la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual. Uno de los profesores de su facultad de Teología fue el redactor de esta Constitución. Allí hice el doctorado.

Un profesor de nosotros decía que Kierkegaard es la persona que no cree en Dios y hace todo lo posible por creer en Dios; Nietzsche es la persona que cree en Dios y hace todo lo posible por no creer en Dios; Sartre es el ateo satisfecho, para mí es la persona más radicalmente atea. Él dice, para qué ustedes acuden a Dios si no existe, ¿para qué? ¿Para darle sentido a la vida? Si es que la vida no tiene sentido. El hombre es una pasión inútil, la última frase antes del epílogo del Ser y la Nada. A Sartre lo que le interesa es la existencia concreta, una existencia que el mal y la incompreensión la hacen sin sentido. Fue toda la fama que le hicieron a él: el pesimismo.

En el seminario, yo había oído hablar de Sartre,

pero como el tipo más malo de este mundo, que era ateo, que negaba a Dios. Llego a la universidad y la primera semana me ponen un trabajo sobre Sartre, y empiezo a ver a este tipo y a mí se me revolcaba todo y les decía: esto es lo que yo estaba pensando, esto es por ahí. Y a mí me hizo un bien bárbaro, porque Sartre dice, esta vida no tiene sentido. La primera pregunta de la razón es por qué pasa esto, a qué se debe. Sartre se responde: eso para qué, para qué le busca sentido a las cosas que no tienen sentido, no pierda el tiempo. Si no es capaz de asumir esta vida sin sentido péguese un tiro y listo.

La tarea humana es asumir, ser capaz de enfrentar una vida que no tiene sentido. Y el sinsentido de la vida, en toda la visión existencialista de Sartre, que es bellísima, porque es enseñar a mirar la vida, lo concreto, la existencia, pero con toda su crudeza. El sinsentido lo genera fundamentalmente el dolor del inocente. El dolor del inocente hace que la vida no tenga sentido. Nada justifica nunca por ningún motivo el dolor del inocente, eso de entrada le quita el sentido a la vida...

Mire, los tres grandes argumentos de Sartre contra la existencia de Dios me parecen inatacables y de gran actualidad en el mundo de hoy. El primero es si Dios es el absoluto, el que manda, el que hizo este mundo, el hombre no puede ser libre. El segundo es: la felicidad del hombre está en la relación —yo no soy feliz sino en la relación—, pero toda relación es conflictiva. Entonces si existe Dios, nos hizo para la relación y toda relación es conflictiva, nos jugó sucio. Sartre tiene un dramita sobre eso que se

titula A puerta cerrada, allí tiene una frase que fue famosísima: “el infierno son los otros”. El tercer argumento es el sufrimiento del inocente. Sartre actualiza el dilema de Epicuro que se cita hoy en muchas ocasiones: Dios es bueno y todopoderoso, si es bueno cómo es soporta el sufrimiento del inocente y si es todopoderoso cómo es que lo tolera.

Entonces los tres argumentos son:

- i) Que, si Dios es el absoluto, el hombre no puede ser libre.
- ii) La necesidad de la relación y
- iii) El sufrimiento del inocente.

¿Qué me aportó Sartre? Uno que vivía en el mundo antiguo, trece años encerrado y de un momento debía salir a reventarse todo. Se pregunta entonces uno: ¿esto tiene sentido?, ¿por qué esto?, ¿por qué me toco a mí?, ¿por qué el sufrimiento del inocente? Para mí, el gran aporte de Sartre es que lo lleva a uno a plantearse: Usted, ¿qué va hacer con eso? Y si no sabe qué hacer mejor péguese un tiro. Entonces me limpió, impidió que yo me pusiera a darle vueltas a eso. El cambio de la mirada racional al corazón, cambiar el por qué que es el de la razón, por el ya que... Ante la lluvia puede uno preguntarse por qué está lloviendo. Sartre sugiere no pierda el tiempo en el porqué, con la realidad no pierda el tiempo en el porqué, asuma ya que llueve...

Entonces a mí me limpió, pero por otra parte yo miro como era mi fe en ese momento. Ya en la crisis que tuve en el seminario había descubierto que lo

fundamental de la fe cristiana, no eran las doctrinas, normas, instituciones sino la persona de Jesús, que le ofrece al mundo un sentido. Una oferta no tiene imposición. A mí los compañeros se me quebraban de risa. Me decían: vos tan entusiasmado con Freud, con Sartre, con Marx, que todos son ateos. Yo les respondía: “Pero me parece que todos esos tocan la existencia, tocan la vida. Eso hizo Jesús”. A mí se me unieron los dos. Yo he dicho toda la vida que los que salvaron mi vida fueron Sartre y Jesucristo.

En el segundo año en Lovaina me vi en la necesidad de hacer la tesis. Pensé que debía escoger un tema que me sirviera para toda la vida. Entonces vi que los dos movimientos que tomaron fuerza en ese momento eran el marxismo y el existencialismo. Y decidí en consecuencia hacer la tesis sobre el marxismo de Sartre.

Uno de los principales aportes de Camilo Torres en Lovaina fue que gracias a él se hizo la primera cátedra de marxismo en una universidad de la Iglesia. Él era íntimo amigo de un jovencito profesor que era una lumbrera, François Houtard⁷.

Entonces fui donde un profesor y me dijo usted no es capaz de esa tesis. Primero, si se va a meter con Marx tiene que estudiar toda la obra política y económica y no solo eso, sino que tiene que saber muy bien alemán. En conclusión, me dijo no se

⁷ François Houtard (Bruselas, 1925 – Quito, 2017), sacerdote católico y sociólogo marxista, fue docente en Lovaina de 1958 a 1990. Vinculado a América Latina, fue un exponente de la teología de la liberación.

meta. Entonces me fui donde un profesor jovencito, Jean Ladrière, un genio que ya murió, que fue otra lumbrera. Entonces me dijo: yo de Marx no sé, tampoco me interesa estudiarlo. No te voy a poder ayudar en eso. Si querés te la dirijo, pero lo que yo haría sería juzgarte no sobre lo que dice Marx, sino sobre lo que vos decís. Si yo veo que lo que vos estás diciendo tiene lógica, es decir, si veo lógica tu interpretación del pensamiento de Marx te la acepto, pero yo no te juzgo con el pensamiento de Marx.

Pegué el grito en el cielo: “esto es lo que yo necesito, porque necesito quien me deje pensar a Marx a mi manera, que eso sea ortodoxo o no ortodoxo me importa poco. Entonces yo hice la tesis sobre el marxismo de Sartre, y descubrí que Marx había tenido grandes genialidades y al mismo tiempo grandes vacíos. Y Sartre tenía lo contrario, lo que Marx tenía de fragilidad Sartre lo tenía de fuerza, y lo que a Sartre le faltaba Marx se lo daba.

Ahora, no era fácil criticar a Marx en ese tiempo, cuando se sabe que a los que se atrevieron a criticarlo, sus partidarios los echaron o los mataron. Por entonces nunca hice una crítica al marxismo, más tarde empecé a formular mis reparos. La ventaja es que cuando uno está abajo puede decir lo que le dé la gana, los que están arriba son los que tienen que cuidarse, a mí las obras filosóficas de Marx y la metodología marxista siempre me encantaron. Si la Iglesia hubiera entendido las tesis de Marx sobre Feuerbach, que son bellísimas pues son una lectura sobre la realidad, habría comprendido que es la misma perspectiva de Jesús.

Marx me dio la segunda pista para la antropología del pobre, la primera me la había dado Jesús. De las cosas que yo descubrí geniales en Marx es que decía que la pobreza del pobre no es cuestión de la naturaleza ni originada en la mala voluntad de las personas sino producto de un sistema. “No es que el capitalista sea malo, es el sistema —decía Marx— y entonces para acabar con la pobreza toca cambiar el sistema”. Y ahí vi que no, porque el que tiene el problema no es el sistema sino el pobre. El que es explotado no es el sistema. Ni el que explota es el sistema, son las personas. El que está aguantando hambre es el pobre. Entonces vi que el asunto estriba en que el pobre sea sujeto, sea el que haga el cambio.

Las revoluciones hasta ahora no las hacen los pobres sino los poderosos; que pudieron ser de origen pobre, pero al llegar arriba se hacen poderosos como cualquiera. Pero ahí descubrí que eso ya me lo había iluminado el Evangelio. El pobre no tienen identidad, entonces no puede ser sujeto; y no tiene identidad porque ser pobre, en la experiencia universal, es carecer y las carencias no dan ni dignidad ni identidad.

Lo original de Jesús es que le había dado identidad al pobre. Culturalmente, Jesús es la única persona que le dio identidad al pobre. El marxismo le dio identidad al pobre como fuerza revolucionaria. Pero un pobre campesino, un pobre obrero, que no tengan un sentido político, son pequeños burgueses. Entonces al estudiar el marxismo yo dije lo que hay que trabajar es en recuperar la identidad

del pobre, pero no puedo darle identidad, lo que puedo hacer es crear un espacio donde el pobre recupere su identidad.

Cuando yo llegué a Lovaina, Camilo recién había creado unos grupos y él tenía una fama enorme. Porque un poquito era latinoamericano y con un pensamiento social abierto, que lo tenían allá, pero localizado en la izquierda marxista. Entonces que un cura fuera abierto al problema social, al problema de los pobres era una sensación. De hecho, a mí me invitaron a unos grupitos que él había dejado allá. Yo me hice muy amigo de la casa donde él vivió todo, que se llama la Maison Saint Jean, de unos esposos que no tenían hijos y tenían una residencia universitaria, el señor y la señora Morren, que adoraban a Camilo y yo me hice muy amigo de ellos.

Allá todos me decían: hombre, muy bueno, usted tiene que seguir lo de Camilo, pero a mí la política no me interesaba. Y yo digo algo, que la gente no me lo interpreta bien, digo soy ateo por naturaleza. Nunca he negado a Dios, pero siempre que en el seminario me hablaron todo el tiempo de Dios, yo decía ¿quién es ese señor?, ¿Dios quién es? ¿qué dijo?, ¿qué habló?, ¿cómo habló? Jesús me lo concreta. A mí la política no me interesa, la religión tampoco me interesa en ese sentido. Jesús me apasiona. Entonces cuando me dijeron cuando vuelva a Colombia busque a Camilo y a Camilo le escribían y le hablaban de mí que yo estaba en eso... Pero cuando llegué, ahí mismo me fui a buscar a los pobres, un poco en la línea de

Foucauld, para estar con ellos, compartir con ellos, aprender de ellos.

Llegué a Colombia en agosto de 1962. Que yo recuerde, Camilo vino dos veces a Medellín. A mí me tocó todo lo del Frente Unido, vino al sindicato del Seguro Social, a la Acción Sindical de Antioquia, la vez que lo tuvieron preso, que lo encerraron. Yo estaba en el seminario y él me mandó llamar y hablé dos veces con él. Lo que estás haciendo lo admiro y me parece muy bonito —le dije—, pero yo no tengo temperamento para eso, no tengo temperamento político. Y después volvimos a hablar y él estuvo muy querido. Me propuso: hombre, venite a trabajar conmigo en el Frente Unido.

Mi gran contradicción con Camilo tiene que ver con la estrategia para el cambio. A Camilo como cristiano pudo parecerle que la lucha armada era el camino. Yo no entiendo cómo un sacerdote puede aceptar la lucha armada.

El efímero paso por la docencia

Cuando llegué en agosto de 1962, vine mirando las cosas de una forma totalmente distinta y yo sabía que no me iban a entender. Lo mío era pensar la fe de otra manera y pensar la sociedad de otra manera y pensar el cambio social de otra manera, estaba seguro de que no me iban a entender. Pero dije voy a llegar despaciecito como profesor y las cosas irán entrando por debajo.

Pero resulta que yo llegué un miércoles y el lunes me nombraron rector del seminario de filosofía.

Ahora era rector, era autónomo; la teología tenía otro rector y estábamos en el mismo edificio. Había también un rector de todo el seminario que era monseñor Restrepo Uribe. Conclusión: había que empezar a actuar como a mí me parecía, sin partir de la realidad, sin saber qué es lo que está pensando la gente. Un ejemplo, empecé a dar clase en la universidad: facultad de filosofía, y estaba de rector en el seminario. Ahí estuve tres años y a los tres años me echaron. ¿Por qué me echaron? Era normal.

Otro ejemplito: los tres rectores comíamos en el comedor en mesa aparte. Y la cosa es que un cura joven, de 28 años, empieza a decirle a los otros, vea todo lo que ustedes nos enseñaron ya no sirve para nada, todo eso hay que cambiarlo. Entonces, me echaron de la rectoría y me dejaron de profesor de tiempo completo, eso fue peor.

La primera cosa que empecé a romper desde el día que llegué —y que ahora me doy cuenta que eran tonterías pero que tenía una repercusión enorme— fue la verticalidad, que en la Iglesia es supermarcada, y aunque eso ha cambiado todavía falta muchísimo.

Te pongo un ejemplo, a vos te nombran rector de una universidad, grosso modo, podés seguir llevando tu misma vida, y después de que te tumben de rector, vos llevás la misma vida normal. Y si económicamente no estás bien, vos con todos los títulos del mundo te pones a manejar taxi. En la Iglesia no, es la sacralización todavía, el sacerdote es sacerdote, y al sacerdote nunca lo va a mirar la

gente como cualquiera. A un obispo lo pueden sacar que es rarísimo, pero queda la marca del obispo y todo el mundo le va decir monseñor, puede ser un criminal o lo que sea.

Entonces, lo primero que hago es llegar a romper eso. Desde la noche que me nombraron a mí, me presentó el rector a los seminaristas y dijo: Este año vamos a inaugurar esto, el filosofado va a ser autónomo y el encargado va ser el reverendo padre Federico Carrasquilla, yo espero que ustedes no lo traten como un seminarista sino como lo que es, el superior.

Muchos de los muchachos que estaban en filosofía y teología habían sido compañeros míos. Ahora debían pasar de decirme Fede a decirme reverendo padre. Entonces lo primero que yo tumbé fue eso y eso tenía unas consecuencias enormes. Entonces de entrada empecé a ver que lo que yo estaba haciendo sí era por ahí. Quizá no me iban a entender, pero sí era por ahí. No soy testarudo, testarudo es el que se mete por donde no cabe. Si veo que no es por aquí, no insisto. Pero si veo que es por ahí, no me paran, que es lo que me ha pasado con la antropología del pobre. Si no me lo entienden, qué se le va hacer.

La noche en que me presentaron en el seminario, el rector dijo: Recuerden que tienen que tratarlo de reverendo padre.

A la salida los mismos muchachos se acercaron a mí, y me dijeron medio en serio, medio en burla:

—Reverendo padre, buenas noches.

Me volví y les dije:

—¿Reverendo padre? Todo el tiempo con ustedes...

—No, fíjese lo que acaba de decir monseñor — insistieron.

—Eso es para él, para mí no —argumenté.

Esa noche fue un jardinero que vivía en el seminario que me había conocido a mi chiquito, desde segundo de bachillerato. Miguelito se llamaba. Toca al cuarto y me saluda:

—Reverendo padre, buenas noches...

—Qué pasa, Miguelito...

—No, yo vengo a destenderle la cama.

—¿Que qué? Primero, qué es eso de reverendo padre. ¿Usted no me conoce de chiquito? No Miguelito, si usted me vuelve a decir reverendo padre, yo le digo el doctor Miguel. Y, ¿a destenderme la cama...?

—Es que me encargaron de que le cuidara las cosas del cuarto —insistía terco Miguelito.

—Cuando esté enfermo o inválido lo llamo...

—Fue lo primero que monseñor me advirtió — replicaba Miguel.

—Para él, para mí no, le dije.

Es lo que le digo, el problema no está en las personas sino en el sistema. Que yo me lo propusiera o no, era irrelevante. El asunto era que ponía en peligro todo el sistema. El que empezara a actuar así y vieran que eso tenía acogida en los

alumnos, llevaba a que otros, quisieran o no, se sintieran amenazados.

Llegué a la Bolivariana de sotana. Y antes de clase, encuentro que hay muchachos charlando, y me paro en la puerta y todo mundo en silencio, y ahí mismo se paran todos del pupitre y recitan en coro: Reverendo padre, buenos días.

Vean muchachos —les dije—, mi nombre es Federico. Si tienen mala memoria me dicen padre, si tienen muy mala memoria me dicen reverendo padre. Si tienen buena memoria me dicen Federico, si tienen muy buena memoria me dicen Fede. Luego todo el mundo me saludaba: ¡Quihubo hombre Fede!, ¡qué hay de esa vida! Entre ellos, yo notaba que algunos no eran capaces de decirme Fede sino reverendo padre. Entonces al mismo tiempo que había una acogida enorme en los muchachos, uno tenía oposición.

Es que en ese tiempo no se alcanzaba a ver cómo la forma expresaba otro tipo de contenido. Entonces se tomaba más como una persona que no quería imponerse y no quería entrar en contradicción con la gente.

Cuatro compañeros inolvidables

Aquí en Medellín hubo cuatro curas geniales y, de ellos, tres desaparecieron trágicamente.

Jaime Restrepo para mí era la promesa de un cambio y una lucha en la Iglesia de otra manera, tomó de mí toda la perspectiva existencial y la perspectiva del pobre. Fue de mis primeros alumnos

y ahí mismo me agarró todo. En las primeras vacaciones nos fuimos con un grupo a hacer un campamento misión en el Nus. Y él quedó impactado con la situación y decidió dedicar su vida a los pobres. Era un tipo extraordinario.

Después de que se ordenó pidió inmediatamente que lo mandaran a esa zona. Y lo dejaron ir. Allá lo amenazaron, lo trajeron para acá ya con el cardenal López Trujillo y él lo mandó a estudiar a Europa, estuvo unos dos años. Tuvo un éxito bárbaro en Europa. Era Camilo y Vicente juntos, pero en el plano personal interesado por la persona, porque la persona cambiara. Una vida entregada a la gente.

El Cardenal lo volvió a mandar a la zona donde lo habían amenazado. Y él le dijo, no me vuelva a mandar a allá, que allá me van a matar. Y el Cardenal le dijo: no, no hay problema, si lo amenazan me avisa. Y al mes lo mataron. Jaime tenía toda la inteligencia, la visión y el compromiso con el pobre desde el pobre y desde Jesús. Jaime era un genio en todo sentido.

Carlos Alberto Calderón fue al África y a los seis meses le dio un paludismo cerebral que lo mató. Carlos Alberto era un poco como Jaime Restrepo. Decía la gente que él era como yo, pero bien empastado. Porque el tipo le hablaba a la gente buenísimo, tenía un discurso muy vivo, muy académico, muy centrado en el evangelio, con la visión de una perspectiva de cambio, pero desde el evangelio. También murió muy joven.

Y otro que fue compañero mío de ordenación, Eugenio Saldarriaga, que murió de una infección en

la sangre que se la vinieron a descubrir un mes antes de morir. Ya no había nada que hacer. Murió de 58, o tal vez 59 años. Estudió en Roma derecho canónico. Tenía una capacidad pedagógica extraordinaria. Fue el primero que orientó el compromiso de los universitarios con el pobre desde el evangelio.

El cuarto fue Alberto Ramírez, una de esas personas en quienes la ambición personal está arrancada de tajo. Fue de la gente a la que lo único que le interesa es servir a los demás. Alberto Ramírez también fue un genio, fue académico toda la vida, nunca fue un tipo de acción. Jamás aceptó un cargo fuera de la academia. Para mí hubiera sido el mejor teólogo latinoamericano. Él estudio en Alemania, después hizo un doctorado en Lovaina. Hablaba seis o siete idiomas aprendidos así a ojo. En un tiempo, iba cada año a dar cursos a Lovaina y a otras universidades europeas.

Para escribir era genial, pero estaba más al servicio de la gente, no le interesaba nada para él, sino todo para la gente. Antes de morir, la Universidad Bolivariana le pidió que escribiera tres libros para la acreditación en el ICFES, y los escribió en seis meses. Uno de ellos el libro sobre el Concilio Vaticano II.

La fe, el compromiso y la transformación social

La modernidad fue el reino de las ideas, de la razón. Solo que ahora *“la cabeza piensas a partir de donde*

pisan sus pies”, justamente una de las primeras frases de Boff en *El águila y la gallina*⁸. La posmodernidad es el reino de la vida, de lo concreto, de lo sensible. Eso hace que haya que reinterpretar todo; prácticamente todos los conceptos hay que reinterpretarlos.

Desde la modernidad hay que distinguir tres tipos de fe: la humana, la religiosa y la evangélica. En primer lugar, se saca la fe de lo puramente religioso, que fue el concepto que primó durante doce mil años y esa era la única fe, cuando se hablaba de fe era el modo de abordar lo religioso. Jesús vino y dijo otra cosa. Lo de Jesús no es religión, sino fe. Hacia el siglo IV, como ya vimos, lo de Jesús se fue opacando.

La fe es una fuerza y una fuerza que mueve la persona. Sería lo que ahora llaman pensamiento positivo: métase usted algo en la cabeza y lo saca. Pero además es una manera de acercarse a la realidad a través de lo afectivo. Es una manera de conocer, la fe es una manera de conocer.

Hay dos maneras de conocer: la manera racional y la manera de la fe. Hay un ejemplo que tal vez sea muy burdo pero muy claro: que vos sos hijo de tu mamá es certeza, el que sos hijo de tu papá es fe, es una manera de conocer. Pascal decía que el corazón tiene sus razones que la razón no conoce, y es que el corazón tiene una auténtica lógica. La fe es una dimensión de lo afectivo, que tiene sus razones, pero son razones propias de lo afectivo. En el mismo sentido, Saint-Exupéry expresó su famosa

⁸ Leonardo Boff, *El águila y la gallina*. Ed. Trotta, Madrid, 2006

frase: *“Solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos”*. Esa es la segunda dimensión de la fe.

Y la tercera: es una manera de acercarme al otro, de relacionarme con el otro y de conocer al otro. Una manera de acercarme a la persona y conocerla, yo no te conozco a vos sino por la fe y por el amor, si yo no te creo a vos, nunca voy a llegar a tu persona. Por la razón yo no te creo a vos. Esto tiene consecuencias enormes: por ejemplo, hay que distinguir entre creer en la persona y creer en las razones de la persona.

La fe humana es la aceptación de unas doctrinas basadas en la autoridad de una persona. La fe religiosa es lo mismo, aceptar unas doctrinas basadas en la autoridad de Dios. Lo de Jesús es nuevo, la fe cristiana es la aceptación de la persona de Jesús y desde la persona de Jesús las doctrinas y las normas. Fue lo que se perdió en el siglo IV cuando a la Iglesia le otorgaron poder. La relación con una persona no le da poder a nadie, en cambio las doctrinas, las normas y las instituciones sí dan poder.

De otra parte, la fe es expresión del hombre. El animal se rige por el instinto, el hombre por la razón. El animal encuentra un obstáculo y el instinto le dice: haga esto. El animal se quiebra una pata y no tiene que ir a ningún consultorio, ya sabe. En cambio, el hombre se pregunta por qué, por qué y de ahí surge la explicación religiosa. Y esa tiene una influencia enorme en la transformación, en el compromiso, en lo positivo y en lo negativo, si vos

querés.

Si Marx ataca la religión es porque descubre que la religión tiene una dimensión negativa. El hecho de que la religión te diga: ve, lo que importa es lo de allá arriba, este mundo es pasajero, vamos es hacia la patria celestial, puede frenar a la persona. En el compromiso social la religión ha tenido un papel fundamental.

La fe cristiana da otro valor completamente distinto al compromiso social y a la transformación social. Lo que da la fe cristiana es lo que ofrece Jesús al hombre. Es un ofrecimiento, no una imposición. La fe cristiana no se puede imponer, si está centrada en la relación con una persona no te la puedo imponer, cómo te voy a imponer a vos que querás a una persona o que la acojás. Jesús no le ofrece a la persona una doctrina ni una norma, ofrece sí una presencia y un sentido a la vida.

La fe cristiana no te dice cómo debe ser tu compromiso. Honestamente, hablar hoy de doctrina social de la iglesia no tiene sentido. Jesús no tiene una doctrina social, Jesús le da un sentido a la doctrina social que vos inventés. Esto es fundamental, porque es lo que hace que vos no terminés absolutizando nada, ninguna ideología, cualquier absolutización, cualquier proselitismo.

La izquierda dentro de la Iglesia planteaba: por la fe me debo comprometer con los otros, ser cristiano es comprometerse con los otros, ser cristiano es transformar la realidad. Eso es mentira. Me comprometo no porque sea cristiano, ser cristiano es comprometerse con la realidad en el espíritu de

Jesús, lo que exige que vos conozcás el espíritu de Jesús. Para un cristiano, el compromiso social es fundamental porque la relación con Jesús no se la puede vivir sino en el compromiso con el otro. Para el que cree, la idea de la transformación social es muy fuerte porque la fe cristiana es personal, no individual, además es esencialmente comunitaria. No puedo ser auténtico cristiano si no lucho por un mundo más justo y más humano, pero lucho desde abajo, no desde arriba. El reino de Dios lo construye el Señor desde abajo, desde dentro, por eso vos podés trabajar por la transformación social en cualquier situación, si trabajás desde abajo y según el espíritu de Jesús, pero eso no hay necesidad de decirlo.

Una vez estaba yo en España dando unos retiros y me dijo una monja amiga mía que si quería que fuéramos donde una parejita de Izquierda Unida, que querían hablar sobre los pobres, sobre el futuro de la humanidad y de todo eso. “Te advierto que son ateos y muy anticlericales”, me dijo. Entonces yo llegué allá y como buen español lo primero que hizo fue tirarme: “Te advierto que soy ateo y detesto a los curas”. Le contesté: Creo que nos vamos a entender a las mil maravillas, porque yo también rechazo ese dios que vos rechazás y a los curas te juro que no les tengo mucha simpatía. Empezamos a hablar, como tres horas, a las tres horas salí yo riéndome y me preguntó la monja: por qué te reís... Le repuse: Es que le estuve hablando de Jesucristo tres horas y no se dio cuenta. La monja amiga insistía: Pero vos nunca hablaste ni una sola vez ni de Dios ni de Jesucristo. Y yo: Y para qué tenía que hablar.

Jesús te dice: hermanito, lo que necesito es que usted se comprometa con el más pobre, con el de abajo... En la fe cristiana es esencial el compromiso con el otro y con la transformación social, pero la esencia no es eso: hay que distinguir entre lo que es la esencia y lo que es esencial. Lo que es la esencia es la relación con Jesús, pero esa relación con Jesús es imposible sin el compromiso con el otro y sin la transformación de la sociedad.

Cuando a un tipo en la calle lo tratas con respeto y con dignidad ya estás transformándolo, en el inconsciente él dice: *“yo no debo ser tan poca cosa, cuando esta persona me trata con respeto y dignidad. La fe humana hoy es esencial para relacionarme con el otro, para entrar en comunión con el otro”*.

No entro en relación con el otro si no creo en él. No creo lo que digas sino a vos. Si yo no te creo a vos, pero te creo en lo que decís, te estoy tomando más como objeto, como cosa que dice cosas interesantes. Si yo digo: te creo a vos, pero no creo lo que decís, no te estoy faltando al respeto. La fe va acompañada del amor, porque la fe me lleva a la relación con el otro y no hay relación con el otro si no hay amor, pero nada tiene que ver con la religión.

Hoy nadie puede decir: yo tengo la auténtica fe. Pero nadie puede decir: yo no tengo fe. Conversaba con un amigo mío:

—Hombre es que yo no tengo fe.

—¿Me estás creyendo a mí?, le pregunté.

—Claro!

—Eso es qué. Eso es fe, es que la fe es una dimensión humana que desarrolla a la persona, volviendo a su dimensión espiritual. Esta dimensión puede continuarse en lo religioso, pero no necesariamente.

La fe humana ante todo es ir más allá, es lo que se llama la trascendencia del ser humano, el animal es inmanente, somos trascendentes. Cuando rompemos una barrera, lo hacemos por la fe. Tal vez fue la falla de la Iglesia frente al marxismo, que se puso a discutir ideas y no prácticas...

En Medellín, el primer atentado del M19 contra un general fue en la Avenida Oriental. El que comandó esta acción era amigo mío. Fallaron y mataron a una niña de doce años. Al otro día lo encontré:

—Mira lo que me pasó. Estoy en un movimiento que está empezando, estuve en la acción donde murió esa niña, me dijo.

—Decís tranquilamente donde murió esa niña y listo, le reclamé.

Me contestó:

—Son consecuencias de la lucha. A usted le duele esa niña, pero los treinta y cinco niños que mueren cada día de hambre en Colombia, ¿eso no te da nada a vos?

—Para vos que cambiamos una niña por treinta y cinco. Eso es lo que yo no acepto. Quien es capaz de matar una persona es capaz de matar treinta y cinco. Por eso yo siempre me opuse a la violencia. La violencia no puede crear fraternidad...



Ida al barrio

El Popular

Monseñor Tulio Botero me apoyó en todo; conmigo siempre fue muy querido. A mí del seminario me echó a los tres años el rector. Fue donde el arzobispo y le dijo o quita a Federico o me voy yo. De Bolívariana a los dos años me echaron también, era todavía rector monseñor Henao Botero. Entonces fui donde el Arzobispo y él me dijo: No, quédese allá yo fui el que lo mandé.

Aproveché la ocasión, eso fue en septiembre octubre del 67, entonces fui donde el arzobispo y le dije: Llevo cinco años aquí y no he tenido sino problemas, déjeme ir al Popular que no tiene quien se vaya para allá de párroco. Él me dijo, sí, pero con dos condiciones, que siga dando clase en la universidad y segundo que no me vaya a crear problemas aquí en El Popular. Entonces yo le dije, no tranquilo, monseñor no se preocupe.

Pensaba: una vez que tenga el nombramiento de párroco en la mano voy y le digo que no soy capaz de hacer las dos cosas. Y fue así. Él me entendió siempre el estilo de trabajo y me apoyó siempre, siempre. Entonces yo le dije: quiero trabajar de esta manera, entonces tengo que dejar la universidad, usted consigue más fácil quien se vaya para la Universidad.

El primer domingo de enero de 1968 me posesioné del Popular, que es el primer barrio de invasión de Medellín. En la década de los setenta vino toda la ola politizada en América Latina, toda América

Latina se politizó. En 1978 nombraron arzobispo a monseñor López Trujillo.

Monseñor Botero siempre me apoyó. Eran cosas cómicas, porque le empezaron a llegar cartas del episcopado, del cardenal Muñoz Duque que decían que yo era marxista que hiciera algo, y eso me lo dijo a mi López, gracias a Dios desde el principio supe dónde estaba parado. A cada carta le llegaba a monseñor Botero, me llamaba y me decía: leéte las y decime que les contesto. Yo respondía las cartas de él. Conmigo fue muy querido hasta el final.

En el 62, llegué de Europa. Desde que llegué empecé a buscar dónde ir sábados y domingos. Y entonces conocí toda la invasión del Popular que la había promovido el padre Vicente Mejía. A él lo nombraron párroco de Villa del Socorro, que es el primer barrio que hizo el municipio, como programa social, para erradicar los tugurios que había en la Estación Villa, al frente del parque norte y en la 65 al frente del cementerio universal. Eso era lleno de tugurios.

Era una cierta invasión, pero sin ser invasión. La gente fue llegando de a poquitos. Entonces hicieron Villa del Socorro, desde Machado, la carretera vieja a Bello hasta la tercera parte de la falda, lo que llamaban Casitas de la Providencia. Casitas muy malas y ahí metieron a toda la gente. El primer párroco fue Vicente, que era muy revolucionario, muy de la línea de Camilo.

Entonces yo iba ahí los fines de semana. A la gente de esos barrios la metieron en volquetas y a las malas los metieron en las casas, alquiladas por

nada, después se las vendieron. Entonces Villa del Socorro se volvió el refugio de todo lo peor de Medellín, entonces a Vicente se le ocurrió promover la invasión. Fue y abrió por la primera carretera que hay desde la Iglesia de Villa del Socorro hasta la mitad de la falda, y él hizo ahí una explanada para hacer una Iglesia, que la policía se la dejó construir por orden de los dueños de ese terreno. Todo el Popular era de tres dueños: Nicolás Restrepo, Nelson Jaramillo y otro señor. Entonces yo todos los sábados y domingos me iba para allá. Entonces cuando el arzobispo me dejó yo llegué allá. No había calles ni luz ni agua, ningún establecimiento educativo, ningún centro de salud.

Los primeros pobladores eran venidos de Villa del Socorro. Es la primera invasión en Medellín en la que la gente se apoderaba masivamente de los terrenos. Parece que la primera se hizo en La Victoria en Santiago (Chile) y la segunda en Monterrey (México), en Bogotá fue en Las Lomas. Son las invasiones realmente puras, eran de toda la gente que no tenía donde vivir, le perdieron el miedo a eso, pero seguían con una conciencia de robar el terreno. Era gente que venía de los campos, pero no por cuestiones políticas. Entonces la invasión se hizo a la brava sin ninguna planeación ni nada. Cuando llegué, creo que la invasión tenía ya dos años en el 62 cuando empecé a ir allá. Me dije: por ahora yo tengo que enseñar, pero algún día puede que me dejen ir allá. Yo ya tenía armado todo lo de la antropología del pobre y empecé a ponerlo en práctica.

Cuando llegué con sotana allá, fue el entusiasmo de la gente, pensaba que llegaba el redentor. La gente no tenía una pizca de política pues, inclusive todos tenían la conciencia de que la invasión era un robo y toda la ciudad se lo señalaba. Decir que eran del Popular era lo peor, entonces ellos no decían que era del Popular sino de Santa Cruz parte alta. Entonces el trabajo mío primero fue eso, quitarles la cuestión de robo, y que se dieran cuenta que tenían derechos.

La gente llegó allá con una conciencia de robo enorme, tenían la conciencia de que ellos no tenían derechos y por eso no decían que vivían allá. El primer trabajo mío fue que la gente se sintiera orgullosa del barrio y le inventamos un himno al Popular con una música panameña, que cantaba toda la gente en la iglesia:

*Que viva, viva El Popular,
y ahora, viva El Popular
Que viva, viva, viva, viva El Popular
Y ahora, viva El Popular,
Popular barrio querido,
yo te canto con amor
Porque tú eres pueblo mío,
pueblo de mi corazón
Que viva...*

Se trataba de ayudarle a la gente a tomar conciencia para que se sintieran orgullosos de estar en el barrio y entonces la gente empezó a unirse a todo y en todo para conseguir derecho a los

servicios y a tener ya casa en material. Rapidito se formó una acción comunal y la acción comunal ayudaba allá a las necesidades de la gente. Que yo recuerde no se metía en nada de adjudicar predios ni nada eso, todo lo hizo la gente así a la brava. Desde el principio le ayudaban a la gente en lo que podían. El trabajo mío fue hacerles descubrir a ellos que tenían derechos.

La perspectiva del marxismo es: usted para ser persona, tiene que tener lo necesario. En la mentalidad humanista porque son personas tienen derecho a tener lo necesario. Entonces la promoción con la gente era que ellos descubrieran que eran sujetos. De entrada, dije: no voy hacer obras sociales, se necesitan y son muy valiosas, pero por lo que había estudiado se necesitaba otra cosa.

El contraste era grande con el párroco vecino el que promovió la invasión, que se la pasaba todo el día en un jeep buscando cosas para la gente. Había gran cantidad de obras sociales que iban a dar comida, filas de gente organizaba por dos tipos con palos y con unos bongos de comida para la gente, eso me partía el alma.

Toda la perspectiva que perduró los 20 años que estuve allí y que persiste hasta hoy es que yo no vine aquí a hacer obras sociales, yo vine primero por lo mío, a ser testigo del amor de Jesús en medio de la gente, y segundo ayudarles a que tomen conciencia de que son sujetos. Lo que te digo que aprendí del marxismo que el que tiene hambre es el pobre. Esta es otra de las cosas que yo le

cuestionaba a los grupos revolucionarios: A ver, quién de ustedes ha aguantado hambre, entonces por qué no dejan que sean los pobres los que hagan la revolución, pónganse al servicio de ellos pero que ellos sean los sujetos.

Desde el principio, los veinte años estuvieron marcados por eso.

La gente venía y me decían: «Padre, ¿usted en qué nos puede ayudar?».

—¿Y ustedes qué tienen? —les preguntaba.

—No, padre, no tenemos nada...

—Si ustedes no tienen nada, yo tampoco tengo nada, entonces sentémonos a llorar...

—Padre, es que no tenemos escuelas para los niños.

—Yo no tengo niños para meter a la escuela. Muévanse.

Como a los ocho días vinieron y dijeron padre fuimos a la Secretaría de Educación y no nos dejaron entrar. Entonces me comprometí a pedir la cita, pero con la condición de que ustedes van y ustedes hablan.

Entonces yo vi que sí se movía la gente. Empecé a hacer grupitos y a reunir la gente y apoyar la acción comunal, pero sin ser parte de la acción comunal. Nunca asistí a las reuniones porque, quiera o no quiera, si voy tomo el protagonismo, si yo digo una palabra esa va tener más fuerza que la de los otros.

Así fue el trabajo. Desde el principio yo he vivido obsesionado por los grupos. Eso es muy de Freire.

Nadie se educa así mismo, nadie educa a los otros sino todos nos educamos juntos. Yo siempre he buscado los grupitos. Y apoyando a la acción comunal que eran las autoridades de allá. En los veinte años lo único que hice de la Iglesia fue hacer el presbiterio, el altar, y el bautisterio. Y yo vi que sí, que eso funcionaba.

Los primeros tres años fueron fabulosos. Porque era toda la gente trabajando unida. Lanzaba la acción comunal una marcha todo mundo marchaba. Cuando ya consiguieron el derecho a abrir las calles, empecé a ver un cambio en la gente, no dejaban pasar los buldóceres ya para que no les quitaran un metro de tierra, ya porque les hacían correr los ranchos. Por eso en las calles en El Popular hay dos calles derechas no más, la 42 y la 46, estando allá me tocó la apertura de las dos.

Había un cambio en la gente que ya luchaban, pero por el interés personal, por salir ellos adelante. Entonces vi que el problema no estaba en lo material, que el problema estaba en la mentalidad que creaba lo material. Cuando conquistaron el derecho a tener casa, empezaron poco a poco a tener los mismos vicios de cualquier parte. Es lo que he visto: la gente ha progresado mucho, progresa siempre en lo material. Hoy El Popular vas a ver y es una ciudad como cualquiera. Pero la misma mentalidad de todos los pobres de todas las ciudades.

Incomprensiones

Desde el primer día llegué a vivir en un tugurio y apenas pude estar ahí como un mes. El padre Mejía había hecho un salón grande en la mitad de la falda que lo había permitido el terrateniente, dueño de ese terreno. Un día, yo llevaba un mes allá viviendo en el tugurio con una parejita de ancianos que me alquilaron la piecita y me daban la comida. Lo curioso es que a la gente eso no le cayó bien. Como al mes, salgo de la misa y veo a la acción comunal limpiando el terreno que habían dejado para la casa cural. Yo les dije: Hombre, qué pasó. Me contestaron: No, padre. Es que aquí le vamos a construir la casa cural, ya hablamos con el dueño de este terreno y dijo que si era para usted nos dejaba construir. Se me abrió un abismo: Ahora va resultar que voy a tener la única casa de material del barrio. Hablemos esta noche.

Por la noche les dije: Yo estoy muy de acuerdo con ustedes. Pero si yo tengo el poder de construir casa entonces qué afán, lo importante son ustedes, que ustedes adquieran el derecho a tener casa. Les tengo una solución: por qué no me construyen al lado de la sacristía dos piezas: en una vivo yo y la otra una salita donde la gente espere. ¿Y la comida? No, yo como en las casas de ustedes y ustedes me arreglan la ropa y todo.

Desde Europa ya me había hecho a una idea de lo que era ser pobre. Jesús fue pobre como los pobres, luego voy a ser como los pobres. Entonces me propuse ser como los pobres, vivir como los pobres, comer como los pobres, ser como los

pobres. Voy hacer eso en El Popular, allá no voy a tener nunca más problemas. Nadie hablaba de pobres. Cuando me fui de la universidad para el barrio, a los profesores compañeros míos no les llamó la atención. Al contrario, fue un escándalo: es el colmo, usted es un irresponsable, con el éxito que usted tiene aquí con los estudiantes, a usted que lo mandaron a estudiar a Europa...

A mi mamá le dio muy duro.

—Mijo, usted qué va hacer allá, usted no ha hecho sino estudiar.

—Nada, yo voy a vivir con ellos.

—Valiente gracia, otro pobre más —fue la conclusión de mi madre.

Antes de ir al barrio, pasé cinco años chocando con la jerarquía. Me sentía Cristóbal Colón descubriendo la América, con un sentido de valentía, capaz de oponerme a esa gente. Presentaba lo mío y en todas partes me echaban, pero yo me mantenía firme.

Llegué a El Popular a vivir como los pobres, comiendo lo de ellos, teniendo el estatus social de ellos, igualito. Y logré vivir ciento por ciento como los pobres, me sentía el más pobre de los pobres. A mi modo de ver, los pobres a los que les gustaba tener cosas ya se estaban aburguesando. Me sentía más pobre que ellos, yo sí era el auténtico pobre. Entonces empiezo a sentir que la gente me está diciendo lo que usted hace es una comedia.

Cuando me fui al Popular, fui a vivir en un tugurio trabajando de sotana en una carpintería. A la gente

le importó dos pepinos. Los compañeros míos de la Universidad todos menos uno me dieron la espalda. No se hablaba de política ni nada. Era antes de la Conferencia de Medellín.

Me acuerdo el nombre de la señora, el lugar, todo, porque me dejó marcado... Fue a los ocho días de llegar al Popular, estaba almorzando y me dice Fabiola, la señora de la casa:

—Padre, ¿cómo se siente?

—Yo llegué al paraíso, llegué donde buscaba.

—Sí padre, eso lo hemos notado. Cuando nos dijeron que usted venía de la universidad, nos dijimos este no va durar ocho días. Pero lo vemos muy contento, lo vemos muy feliz, y eso que usted no es de los de nosotros.

Fue como si me pegaran una palmada en la cara. Yo creyéndome más pobre que ellos. Y te digo en todo era igualito a los pobres, en todo. Incluso creía que era más pobre que ellos. Cuando me sale esta señora con que usted no es de los de nosotros. Eso me llegó al alma.

Como al mes teníamos que bajar media hora por unos senderitos a coger el bus, había llovido y me caí, me embarré todo. Me acompañaba un vecino...

—Padre, devolvámonos —me dice el señor.

—¿Y a qué?, le pregunto.

—Pues para que se cambie.

—Yo me voy así. Que la gente vea dónde estoy, que la gente vea lo duro que es esto.

—Qué va, padre, si usted se puede ir de aquí cuando le dé la gana.

Ahí mismo me devolví a cambiarme.

Todo el año estuvieron tumbándome la ilusión y diciéndome la pobreza suya es una farsa, es una comedia.

Una vez me enfermé, yo no tenía seguro ni nada...

—Padre, ¿le traemos al médico?

—¿A ustedes les traen médico?

—No, padre.

—Y ustedes, ¿qué hacen cuando se enferman?

—Pues, tomamos bebidas.

—Pues tráiganme bebidas.

A los dos días me estaba intoxicando.

—¿Le llamamos a un médico? —insistieron.

—No. En estos casos, ¿ustedes a dónde van?

—A la policlínica.

—Pues llévenme.

Dos señoras me bajaron medio a rastras por la fiebre que tenía.

—¿Taxi?

—Taxi no.

—¿Por qué?

—Si ustedes tienen que pagar un taxi, se les va el salario de dos días.

Debíamos tomar un bus.

Llegamos al hospital. Un salón lleno de gente enferma, que llevaba horas aguantando. Y llegan las dos señoras, un momentico que llegó el padre del barrio Popular. Y sale el médico con una enfermera y una camilla. Te imaginás uno pasando delante de esa gente que lleva horas y a mí me atienden primero. Les dije entonces que estaba aliviado. A la salida pienso que no, esto no, realmente lo que estoy haciendo es una comedia. Tirándomelas de pobre, que soy más pobre que ellos, y llego ahí y es al primero que atienden.

Esto fue lo que más me dolió: Una noche me llamaron porque un enfermo estaba agonizando. Cuando llegamos a la casa, estaba llena de gente y me dice una señora:

—Padre, padre, récele...

—Ve... ¿rezarle qué?

—Ahh, ¿no sabe? —dice a todo volumen—, entonces, repita conmigo: Jesús, José y María...

Salí con ganas de quemar todos los libros. De qué me sirve toda la sabiduría que tengo, si no se qué decirle a la gente. Entonces me dije: No más, aquí estoy haciendo una comedia. Decidí entonces irme a reflexionar. El primer domingo de noviembre yo me fui a hacer retiros. El día más feliz de mi vida fue cuando me fui al Popular. El día más triste de mi vida, fue el primer domingo de noviembre cuando salí de allá derrotado, vencido, fracasado.

Me decía mire, todo el ideal mío es vivir como los pobres y vea yo estoy haciendo una comedia. Y entendí dos cosas en estos retiros: Que la pobreza

de uno como cristiano es por Jesús no por el pobre. Como Jesús fue pobre entonces yo tengo que ver cómo fue la pobreza de Jesús. Y ahí empate con lo que ya había elaborado de la antropología del pobre. Y segundo, que tengo que partir en la vivencia mía de mi pobreza, no tengo que renunciar a nada, pero tengo que partir de la realidad del pobre. No considero que este año yo perdiera el tiempo, no, yo hice lo mío, pero lo hice desde lo mío, no desde el pobre. Por eso el aire de superioridad que me daba frente a todos los otros curas, a todos los veía como una manada de burgueses.

Igual con mi familia. Yo iba cada ocho días a dormir allá y llegaba a echarle pullas a todo el mundo porque mi familia es de clase media y todo el mundo me respondía con pullas. A mi mamá le dio muy duro que yo me fuera para allá porque yo era el profesor estrella y todo mundo hablaba de mí. Y mis hermanos reclamaban: Vea cómo sufre mamá imaginándolo por allá. Yo llegaba a echar pullas: burgueses, acomodados, ustedes no tienen sensibilidad con el pobre. Hasta que, a los seis meses, les dije: vea, vengo a pasar un día con mi mamá y termino peleando con todo el mundo. Hagamos una cosa, yo estoy en un lado y ustedes en otro. Yo voy a vivir allá, ustedes nada tienen que meterse conmigo, y yo no voy a meterme con ustedes. Eso lo tomaron en serio para toda la vida. Nunca fueron al Popular.

Luego de los retiros, volví como uno más. Lo curioso es que cada rato me repite eso de que usted

no es de los de nosotros. Como ahora no puedo salir del barrio sino en taxi, cuando salgo me dice el taxista:

—Señor, ¿usted trabaja en ese colegio?

—No, yo vivo aquí, contesto.

—No usted no vive ahí, terquea el chofer.

—¿Por qué no?

—Porque usted no tiene pinta de pobre.

—Entonces ¿yo qué soy?, replico.

Usted es maestro o abogado o cura. Pero usted pobre no es —me responde.

Lo mismo me pasa cuando vengo de regreso.

—¿Para dónde va?, pregunta el taxista.

—Para el Playón, respondo.

—¿Va a visitar algún amigo?

—No, es que yo vivo allá.

—Usted no vive allá.

Me pasó una cosa muy simpática. Una vez me monté en el taxi y el señor me hace el interrogatorio de rigor y yo veo que el señor empieza a manejar nervioso. Y llevábamos como un cuarto de hora y me dice: Oiga, pero ¿usted va visitar a un amigo allá? Y yo le digo: no, es que yo vivo allá. Y empieza a ponerse más nervioso y a mirar para todos lados. Entendí que tenía miedo. Entonces le digo: es que yo soy sacerdote y vivo allá. Para el carro y me dice: ¡Ay padre,! siquiera me lo dijo, porque yo pensaba este tipo no tiene empaque de pobre, éste seguro

que me va robar el carro.

Entonces entendí que la pobreza de uno como cristiano es la de Jesús pero que Jesús tiene otro concepto de pobre.

Violencia en El Popular

En los ocho primeros años míos en el barrio sólo hubo siete muertes violentas, había peleítas sí. Pero, vaya a ver los libros de defunción de la parroquia. Los muertos eran por enfermedad o cuestión de la electricidad que los mataba. La violencia estalló en el 71 propiamente. Ha habido tres olas de violencia. La primera violencia fue la de la policía, que como no dejaba construir en material le tumbaba el rancho a la gente. Una violencia de la policía contra la gente y de la gente contra la policía. Esa violencia duró unos tres años, hasta que al fin consiguió la gente que le autorizaran para abrir las calles y para tener ya los servicios. Fue la primera ola de violencia. En los primeros nada de politización, la única gente politizada, si vos querés, era de los partidos políticos tradicionales que dominaban la acción comunal. Pero conciencia política ni pizca ni violencia. Uno salía por la noche y no había calle, ni luz ni nada y el único peligro era que por aguacero se rompiera una cuerda de la luz. De hecho, la conciencia política nunca penetró en esos barrios.

La segunda ola fue de la primera guerrilla, estaba el ELN. Organizada la guerrilla, entonces se fue filtrando en el barrio; más buscando adeptos, pero

en el pueblo nunca tuvo acogida. La policía los perseguía mucho.

Luego, después de la primera violencia guerrillera es donde empieza aparecer el narcotráfico. Me tocó ver cómo el narcotráfico inicialmente era un puro negocio económico. Conocí a Pablo Escobar, pero de lejos. Él empezó con obras sociales allá, Medellín sin tugurios y hacía estadios. La gente lo acogía mucho.

Después eso se volteó ya con la anatematización del narcotráfico. Por influencia de los gringos el narcotráfico cambió de naturaleza. Antonio Caballero dice que eso fue lo definitivo, que el narcotráfico realmente es narcoconsumo, no narcotráfico, y que los gringos cuando vieron que eso era un negociazo y que se les estaba saliendo toda la plata para fuera lo pusieron narcotráfico. Si es narcoconsumo el problema está en el que lo consume y si es narcotráfico el problema está en el que lo vende. Entonces ahí viene toda la primera violencia del narcotráfico.

Después vino la de la segunda guerrilla, cuando se rompieron los primeros diálogos de paz de Belisario. Eso cambió mucho y fue muy poquito, pero eso destapó la guerrilla. Ahí la violencia era también del Estado contra la izquierda. A los muchachos que cogían metidos en células o en guerrilla los agarraban y algunos del barrio, no muchos, se fueron para el monte.

Hubo un cambio en la manera de ver las cosas. Los que cambiaron la mentalidad de la gente —es el análisis que yo hago—, fueron la guerrilla y el

narcotráfico. La guerrilla desmoralizó la violencia, es decir mostró que la violencia, se podía hacer para alcanzar el cambio social. Es decir, la violencia de ser algo malo pasó a ser un arma de lucha política. Y el narcotráfico creó la conciencia de la posibilidad del dinero fácil. Esas dos cosas destruyeron la sociedad, me parece a mí, porque es tumbar dos pilares éticos, el primero el respeto a la vida y el otro poner lo material por encima de todo. Y son dos cosas que entran en sociedad muy fácil.

Para conseguir un objetivo la violencia es una maravilla, porque me ahorra el diálogo, me ahorra el que yo tenga que reprimir ciertas cosas. Por ejemplo, vos estás aquí y yo te digo es mejor que te vayas, o vos estás haciendo estas cosas mal hechas. Pero si te digo: Usted está haciendo cosas mal hechas, usted a mí me molesta y si me sigue fregando, lo mató. Punto. El otro se queda calladito. ¿Ves?

Yo me acuerdo de un muchacho que fue donde mí y me dijo: «Padre vengo a que me dé una bendición porque voy hacer un viaje».

—¿Viaje de qué? —le pregunté.

—No, padre, usted sabe, me responde.

—Nooo, yo no tengo idea.

—Voy a llevar un viaje de droga para Aruba.

—Hombre, y a vos no te da miedo que te agarren.

—Bah, yo ya tengo eso planeado. Si no me agarran me gano en este viaje lo que me gano un año trabajando. Y si me agarran eso más o menos lo

dejan a uno preso tres años o cuatro y allá uno se pone uno a trabajar en la cárcel y yo con eso mando plata para la casa.

El narcotráfico y la guerrilla quitaron esos dos pilares morales, el de la violencia que es tocar la persona por encima de lo que sea. Y el dinero, que con eso yo consigo todo, y el dinero fácil rápido. Esas dos cosas fueron las que rompieron la sociedad.

Mira, desde el principio siempre toda esta gente ha tenido que sobrevivir, entonces las crisis los golpean muy fuerte. Al pobre pobre no le quiebra la cabeza nadie. Las crisis sociales, las crisis económicas golpean al pueblo diríamos económicamente pero nunca en la mentalidad. Por ejemplo, ahora dicen, con la subida del IVA, todas esas medidas son contra el pueblo. Pero al pueblo no le verán agachar la cabeza pues, que el pueblo vaya dejar de hacer sus cosas, por ejemplo, de comprar y todo eso. Los pobres se las arreglan de alguna manera. Es la conciencia que he tenido yo toda la vida de 48 años que llevo viviendo en ese medio. Las crisis económicas golpean al pobre en lo general, en lo personal nunca. El pobre tiene una fuerza para salir adelante que es lo que llaman ahora resiliencia. Al pobre nadie lo puede obligar a agachar la cabeza.

Y una de las cosas del narcotráfico es eso fuera de que el vicio también se alimenta de las mismas carencias de la gente. El vicio en el pobre es una evasión. El pobre está marcado necesariamente por lo económico, como todos nosotros, pero lo económico es la habilidad de la sociedad de

consumo de explotar las necesidades humanas del pobre para venderle. A mí me dicen mucho que la fiesta del día de la madre, del día del padre, todo eso, esos son montajes económicos, pero por qué, porque tocan una sensibilidad de la gente. Si en lugar de hacer el día de la madre, póngale el día de la suegra, ¿qué resultados va a tener? No es lo mismo.

Todos nos movemos por el estómago, gústenos o no nos guste. Solo que el pobre porque ha sufrido tiene una conciencia de compartir, de solidaridad que no la tiene nadie. Yo toda la vida he vivido en ese medio y creo que todo lo mío lo he compartido con la gente, pero lo que yo hago comparado con lo que hace la gente es poquísimo, porque yo no estoy arriesgando nada. En cambio, el pobre, por solidaridad se arranca la comida de la boca para compartirla. Pero también tienen los mismos vicios que cualquiera.

Yo he estudiado el medio popular y vivo fascinado con él. Los niños son interesados como nadie, pero al mismo tiempo que son interesados te comparten todo. Yo veía por ejemplo que a los niños los llamaba uno a que hicieran un mandado, y esperaban que se les pagara. Siempre estaban interesados porque les pagara. Yo muchas veces les pagaba y yo salía con ellos y de pronto les decía: quiero esto, pero ve, se me olvidó, no traje plata. Y enseguida me ofrecían: Padre si quiere yo le regalo... La misma plata que me habían sacado me la regalaban. El pobre tiene unos valores, es lo que yo desarrollo en la antropología del pobre. Ser

pobre es una manera de ser persona. Que tiene aspectos positivos y negativos.

A veces me preguntan: ¿qué huella dejó en el barrio? En la gente se creó una conciencia de que ellos son los que hacen todo, de que se enfrentan a todo y mucha gente dice que eso quedó allá, yo no me doy cuenta pues.

Nunca le he jugado a la violencia. Yo no he estado nunca a favor de ella, pero tampoco nunca me he dejado ganar una. Y yo creo que eso marcó mucho a la gente allá, porque la violencia que ha habido allá, en El Popular, me parece que en gran parte ha sido o de bandas o estallidos de la gente. Pero un ambiente de violencia nunca ha habido.

Desde cuando yo llegué al barrio me di cuenta que la violencia del pobre era totalmente distinta a la violencia política. Esta es un arma para luchar. El pobre estalla por la opresión, eso es otra cosa, o estalla porque se ve mal. A mí que he estado siempre contra la violencia me marcó mucho eso. La violencia del pobre no se puede reprimir hay que dejarla que estalle, porque el pobre estalla es cuando no hay de otra. Pero entonces hay que enseñarle a luchar, sin violencia, sin esperar a que la opresión le estalle. El saqueo nunca es programado por el pobre.

La violencia nunca es del pueblo, de eso estoy segurísimo. Y cuando es del pueblo, es de agitadores que lo manipulan y lo empujan. Entonces mi primera preocupación fue respetar la violencia del pobre. Nunca decir que era mala, sino enseñarles otra manera de luchar, de tal manera

que llegado el momento no estallaran. Vuelvo a decir, el político utiliza la violencia para conseguir sus fines. La cuestión mía era cómo evitar que se utilizara y se manipulara al pueblo.

Veía que la policía utilizaba la violencia, entonces el pobre respondía con violencia. Yo le hacía ver a la gente eso. La preocupación mía fue educar a la gente desde la vida y entonces educarla desde la lucha misma. Una cierta pedagogía que me parece fue supereficaz, porque en general nunca hubo brotes de violencia allá. Les insistía en que no se debían dejar oprimir nunca, yo les insistí mucho: agachar la cabeza ni a Dios.

Un día me dijo una señora: «Ante Dios sí, es al único que cabe agacharle la cabeza, padre».

—No, —le riposté— lo que nos enseñó Jesús es que el Dios que él nos revela es un Dios papá y al papá yo nunca le agacho la cabeza, yo lo miro con amor y disiento de él. Porque vos agachás la cabeza es cuando te sentís menos. Entonces no hay que agachar la cabeza, pero no demos tiro.

La preocupación era hacerles ver que los derechos no se pueden dejar pisotear, pero que la respuesta nunca debe ser violenta y que lo que busca sobre todo la policía es provocar para justificar el uso de la violencia.

Por ejemplo: Yo te insulto a vos. ¿Vos cómo me respondes? Si vos me decís: A mí no me joda, usted es un descarado. Yo le digo a quienes nos rodean: «Se dan cuenta lo grosera que es esta señora». No digo, yo la insulté y ella reaccionó insultándome. Ahí

la perdió usted. Pero también si yo te insulto y vos te ponés a llorar, yo la gano, porque digo: «No ve, es que no soporta que uno le diga nada». Entonces hay que buscar cómo luchar sin violencia, pero sin dejar de reclamar los derechos. Yo creo que eso me funcionó porque la gente nunca respondió con violencia.

Incluso hay casos muy cómicos, porque cuando vi eso, yo decía no respondan con violencia, cuando llegue la policía, llámenme ahí mismo. Cuando llegaba la policía ahí mismo les tumbaba el rancho entonces la gente respondía con violencia. Yo les decía: no, no, no, cuando venga la policía llámenme. Entonces llegaba la policía e iban a tumbar un rancho yo me colocaba frente al rancho y la policía decía: Padre, quítese que vamos a tumbar el rancho. Y yo, yo no me quito. Eso lleno de gente, entonces la policía tumbaba el rancho, ahí sí me quitaba. Entonces, me decían, padre, ¿entonces...? Yo contestaba: espérense, ¿quién vive aquí? ¿Ellos o nosotros? Vamos a ver quien se cansa, si ellos de tumbar el rancho o nosotros de volverlo a armar. No se pueden llevar nada de aquí porque esto es monte, ni palos ni latas. Entonces esperemos.

Entonces la policía vio que era bobada ir a tumbar el rancho de la gente. Pero como a ellos les pagaban los terratenientes para que no los dejaran construir. Entonces el segundo método era entrar allá, a pedirles las facturas de las cosas buenas que tuvieran allá, un radio, una licuadora y todo eso. No tenían facturas, ¡ah! es que es robado. Entonces les quitaban las cosas, la gente se enfurecía y

empezaba la pelea y los llevaban presos. Ellos tenían que justificar un poco la plata que les daban.

Yo estaba allá todo el día, les decía: siempre que llegue la policía llámenme. Entonces yo iba saludaba a la policía. Y ellos, no padre es que esta gente es muy ladrona y tienen cosas robadas ellos no tienen factura de nada. Entonces yo les respondía que eso se lo había dado, es que eso me lo dieron a mí y yo se los regalé. Entonces entraban a una casa, y preguntaba la policía: ¿Ve, este radio de quién es? Y yo metía la cucharada: Es tuyo, ¿cierto que yo te lo regalé? Entonces eso no les funcionó.

Cogieron otro método. Venía un piquete de la policía que se colocaba frente al rancho y empezaban a insultarlos, a decirles ladrones, que eran lo peor de la sociedad, esperando que la gente reaccionara. Entonces yo me colocaba al lado del sargento que estaba insultando a la gente, haciéndoles señas quédense callados, no contesten nada. Una vez un policía me agarró y me pegó un empujón. Y delante de la gente me dijo: ¡Usted que se cree cura hijueputa! Entonces se para un señor y me dice: Padre, padre, ¿qué hacemos? Yo le dije: «Quédate callado que a lo mejor será verdad, qué voy a saber yo, mi mamá era una santa, pero de su vida privada no sé nada». Era una manera de enseñarles que no agacharan la cabeza pero que no respondieran con violencia. Y creo que eso sirvió, con la policía nunca volvieron a pelear.

En el esclarecimiento del tema de la violencia, nunca utilicé en las predicaciones o en las charlas ni

lo religioso ni lo moral. No decía que eso es pecado, que eso está mal hecho, sino que preguntaba eso a quien perjudica. Me parece que hoy estamos en una sociedad secular. A mí me parece que una sociedad secular es más positiva que una sociedad religiosa; en esta última acudo a Dios ante las cosas que no puedo enfrentar. Entonces Dios es el culpable de todo o el que me favorece en todo. Nunca le quito la religión a la gente, pero yo distingo clarísimo lo que es la religión y lo que es de Jesús. La religión es un camino hacia Dios, es ir a buscar a Dios. Lo de Jesús es Dios que buscó al hombre y se metió dentro del hombre para enseñarnos a ser personas. Esa ha sido mi visión en todo el tiempo. Les cuestionaba: ¿En esas peleas de ustedes qué ganan? ¿Qué ganan ustedes con eso? Si había peleas yo me metía a separar la gente o me quedaba ahí viendo y cuando yo llegaba dejaban de pelear. Era ayudarle a la gente a ver que la violencia no paga, como decimos nosotros.

La familia en El Popular

La familia predominaba muchísimo, las separaciones eran rarísimas, y las uniones libres que llamamos ahora eran muy pocas y tenían todo un estigma social, había una expresión muy fuerte que era vivir en público concubinato, un pecado gravísimo. Se acentuó mucho con un padre que hablaba muy bien y tenía cada ocho días un programa —La Hora Católica— y era muy moralista. La violencia intrafamiliar era muy frecuente.

Violencia siempre ha habido y violencia intrafamiliar siempre ha habido. Pero es que vivíamos en una sociedad donde todo estaba organizado por normas, y las normas eran que en la casa mandaba el hombre y la mujer tenía que quedarse callada y los hijos tenían que quedarse callados. Lo malo de la violencia propiamente es la actitud del otro, porque si responde con agresividad lo más común es que los dos queden destrozados. Y si no responde con agresividad el otro queda con la conciencia de que no está haciendo nada mal. Entonces eso era la cosa, las mujeres de hace apenas cuarenta años aguantaban todo, y el hombre quedaba feliz porque la conciencia era que la mujer tenía que aguantarlo. Ahora se nota porque la mujer ya no aguanta. Se trata de que no se dejen aplastar, pero no respondan con violencia, es todo un trabajo que es muy lento pero que es muy eficaz. Yo no he visto gente tan inteligente y tan hábil como el pobre. Cuando aprenden algo son muy hábiles.

Una señora que viene donde mí a consultarme: «Padre, ¿darle raspado de uña al marido en el tinto es pecado?»

—¿Por qué?, le dije yo.

—Porque el marido mío es muy violento y me pega mucho y me dijeron que si le daba raspado de uña no me pegaba.

—Pecado no es, pero eso no sirve para nada. Lo que sirve es un palo de escoba, eso sí sirve. Cuando empiece a molestarla coja un palo de escoba y verá.

Y como al mes veo al señor con esparadrapo en la cabeza y me digo: «Qué pasó aquí...»

—Padre, venga a ver lo que pasó con el marido mío. Que yo seguí el consejo suyo, y entonces él me mandó la mano y yo no sé, el diablo me empujó y yo mandé el palo con todo el gusto y le partí la cabeza.

—¿Y te ha vuelto a pegar?

No —me respondió.

—¿Ve...? Eso fue más eficaz que el raspado de uña, pero nunca se debe repetir.

Hay toda una educación que hay que hacer contra la violencia, pero no por el aspecto religioso y moral, sino por el aspecto humano. Creo que eso funciona.

Lo que introdujo el marxismo en la lucha política era que la violencia era un arma política. En los grupos de curas revolucionarios se aceptaba la violencia como manera de luchar por los derechos. Entonces decían lo que importa es la lucha por la justicia, y yo decía no, lo que importa es la manera como se lucha por la justicia. Recuerdo que decían eso es moralismo. Entonces a mí me parece que en la política el marxismo introdujo la violencia como normal; yo siempre he dicho que los paras son hijos legítimos de la guerrilla. La guerrilla utiliza la violencia, los paras nacieron de ahí. Una violencia defensiva es peor que una violencia ofensiva. Los paras son hijos de la guerrilla, pero son más criminales que la guerrilla. Porque la violencia defensiva es peor que la violencia ofensiva. Un ejemplo. Yo te voy a matar a vos. Vos sabes que te

van a matar, cualquier persona que llegue aquí y haga un gesto, vos te adelantás y lo matás.



**Valiosas
experiencias**

Medellín (1968)

Cuando terminó el Concilio se decidió que en todos los países se hicieran conferencias para llevarlo a la práctica. En Latinoamérica estaba el CELAM, que había sido fundado no hacía mucho, hacia unos 10 años más o menos, y como secretario general del CELAM estaba monseñor Manuel Larraín, un obispo chileno. Entonces él se asesoró de monseñor Helder Cámara y de Gustavo Gutiérrez — fundamentalmente estos dos— para preparar la aplicación del Concilio en América Latina. Los tres habían trabajado en movimientos universitarios, que tenían como método el ver, juzgar y actuar, que había inventado en 1925 Joseph Cardijn para la Juventud Obrera Cristiana.

Cardijn era un sacerdote belga. Su papá era obrero de una mina de carbón en el sur de Bélgica y murió aplastado por un barranco dentro de la mina. A raíz de eso él decidió dedicarle toda su vida a la evangelización del mundo obrero. Y se puso a ver cómo hacerlo; descubrió que había que hacer otro método porque el método que había para evangelizar no servía para los obreros, porque era un método esencialmente intelectual. La evangelización siempre fue darle doctrinas a la gente.

Si hubiera pasado en Latinoamérica lo que pasó en Europa, aquí no hubiera pasado nada de los pobres. Y te digo que es muy claro. Cardijn inventa el método de partir de la realidad (ver, juzgar y actuar),

mirar la realidad iluminada por la palabra de Dios y descubrir de ahí la acción. Cuando la Iglesia dijo que aplicaran el Concilio, Larraín y sus asesores se dijeron: perfecto, pero no vamos a aplicar el Concilio a América Latina; mejor partamos primero de cómo es la realidad latinoamericana para iluminarla con el Concilio. Toda la práctica de Jesús fue iluminativa: dar unas pistas para comprender y transformar la realidad, unas pistas como oferta.

En el siglo IV, por el contrario, el cristianismo pasó a ser normativo. De ahí para adelante el cristianismo se convierte en doctrinas, normas e instituciones que se aplican a la realidad. Como ya explicamos, lo de Jesús no es religión, porque Jesús de entrada se tiró en la religión porque cambia toda la perspectiva. La religión es ir hacia Dios, lo de Jesús es Dios que vino hacia el hombre. Todo lo contrario. Es la perspectiva que hoy se necesita en un mundo secular.

Si hubieran aplicado la perspectiva normativa no hubiera pasado nada. El Concilio dice muy poquitico de los pobres. Lo único es la frase genial de Juan XXIII cuando dijo que la Iglesia es de todos, pero sobre todo de los pobres; prácticamente es lo único que hay. Si hubieran aplicado el Concilio no hubiera pasado nada, porque no hubieran aparecido los pobres por ningún lado, porque en los documentos conciliares no estaban. En cambio, quienes prepararon la Conferencia de Medellín se propusieron el método de ver, juzgar, actuar, que habían practicado, para primero ver la realidad latinoamericana y ahí encontraron que la realidad

latinoamericana está marcada por el pobre desde el principio hasta el final.

Este fue el enfoque de la Conferencia de Medellín. Es curioso. Hay que leer los documentos de la Conferencia de Medellín y tienen hoy una actualidad enorme en un noventa por ciento. Porque la realidad es la misma. Entonces, en 1968 la Conferencia de Medellín salió de la realidad iluminada por el evangelio y de ahí salieron sus documentos. Eso le dio identidad a la Iglesia latinoamericana.

Monseñor Botero propuso que la Conferencia se hiciera en Medellín en el seminario. Todos los obispos latinoamericanos estuvieron de acuerdo con el documento preparado —esa es la impresión mía, que me la confirmaba Alberto Ramírez— y nadie le puso un pero. El único lunar fue el grupo de laicos de acción católica tradicional —no con la marca del ver, juzgar y actuar—, dicen que encabezado por Belisario y López Trujillo, quienes presentaron el único documento alternativo al de la conferencia, pero eso no fue avalado por el episcopado latinoamericano, ningún obispo puso objeción alguna. Los obispos no se dieron cuenta de lo que estaban firmando, dicen que les pareció muy bien pero no se dieron cuenta de que era otra cosa.

Nosotros teníamos una hojita para los comentarios de la liturgia del domingo —Búsqueda, se llamaba—, patrocinada por un laico que tenía una editorial y una imprenta. La hacíamos nosotros, los del grupo de Medellín. Allí sacábamos una parte doctrinal con documentos del Concilio. Un día se nos olvidó poner la referencia de una cita. Entonces llamaron a

monseñor Botero y le dijeron que eso era puro marxismo. Entonces llamó a un compañero a decirle que cómo era que habían publicado eso, que eso era puro marxismo. El compañero explicó: pero es que nosotros lo sacamos de los documentos de la Iglesia, y fueron a ver y eran los documentos de Medellín. “Monseñor, fue lo que usted firmó”, le dijo nuestro compañero.

Aquí pasó una cosa muy curiosa: monseñor Botero lanzó toda una renovación de la Iglesia local después del Concilio. El arzobispo trajo a un famoso francés, que promovía la pastoral de conjunto que llamaban, lo trajo para que organizara la arquidiócesis a la luz de los documentos de Medellín; produjo un revolcón enorme. Cuando fueron a ponerlo en práctica vieron que eso cambiaba todo, entonces no hicieron nada. Como a los cinco años llamó al abbé Courtois y estuvo aquí un mes, y le dijo que cómo parecía lo que había dejado hace cinco años. Y entonces le dijo el arzobispo: Excelente, el acueducto está muy bien hecho, solo que no tiene agua; el documento estaba muy bien hecho, pero no tenía el espíritu del Concilio, que lo tratamos de empezar nosotros aquí. Y en esas vino Golconda, que fue un mes antes más o menos de la Conferencia de Medellín.

Golconda

A mí me invitaron a Golconda, pero yo no pude ir. En ese tiempo me iba para Lyon a una reunión internacional del Prado. Cuando vine de Europa pedí permiso para irme de Hermanito de Jesús, que

es la comunidad que fundó el padre Voillaume con la espiritualidad de Carlos de Foucauld. Como eso no funcionó entré al Prado, que es una asociación para sacerdotes diocesanos fundada por el beato Antonio Chevrier.

Golconda recogía un poco toda la herencia de Camilo. Lo nuclear de su primer documento fue leer la realidad colombiana a la luz de la *Populorum Progressio*, pero centrando todo en el aspecto social. No es propiamente lo que hizo después la Conferencia de Medellín: iluminar la realidad con el evangelio sino aplicar la *Populorum Progressio* a la realidad.

Entonces de ahí salió el documento de Golconda, que es muy político. Me acuerdo que nosotros lo leímos y dijimos «esto no, porque nos dedicamos a la defensa del socialismo, a proclamar el socialismo»; por eso de entrada recibió el rechazo del episcopado. La Iglesia colombiana estuvo todo el tiempo unida al partido conservador, con Rojas Pinilla trató de separarse, de no meterse en política.

A mí me parece que el “error” de Golconda fue intentar nuevamente meter a la Iglesia de lleno en la política, esto hizo que el episcopado se pusiera alerta y nadie apoyó ese documento, que, si lo hubieran tomado de otra forma, no sabe uno.

Para mí monseñor Valencia era un genio y un santo, intelectualmente sobrado, pero con una formación filosófica y teológica de su tiempo. En Manizales yo estaba dando un curso en el instituto de catequesis. Allí monseñor Valencia dio una conferencia en toda la línea de Golconda, presentaba lo que proponían y

toda la visión política. Recuerdo que al final de la conferencia hablé con él y le dije: «Monseñor, yo no estoy de acuerdo con Golconda, porque me parece que es una pura línea política». Y él defendía su corriente ciento por ciento. «Sí, yo me doy cuenta, pero eso no es lo importante, lo importante es que la gente despierte». Eso me lo dijo a mi tal cual. Al poquitico murió en un accidente.

El episcopado, que yo sepa, no sacó una crítica contra la Conferencia de Medellín y creo que nadie de la gente del episcopado. Si aplicaban eso a la realidad latinoamericana no había problema, porque mientras vos tomés la fe cristiana como una doctrina y el evangelio como una doctrina nunca vas a chocar con la realidad. Monseñor Valencia prácticamente fue el único que dio el cambio. Monseñor Zambrano Camader era sociólogo, muy avanzado, pero en la perspectiva más doctrinal. En cambio, monseñor Valencia sí agarró de entrada la perspectiva latinoamericana.

Cuando regresé de Europa asistí a dos reuniones del grupo de Medellín, leí el documento de Golconda y dije: no, que es pura política. En el grupo de Medellín estaban Oscar Vélez, Vicente Mejía, Eugenio Saldarriaga, Gabriel Díaz y no recuerdo quién más. Entonces yo me integré a ellos, pero a la segunda reunión no volví.

Vicente Mejía a mí me marcó mucho. Sin desvalorizarlo, en lo negativo. Yo dije, voy actuar exactamente como Vicente, pero, al contrario. Vicente era el tipo de acción, con una sensibilidad extraordinaria por el mundo pobre, un deseo de

ayudar y una entrega al pobre enormes. Pero con una visión fundamentalmente política. Entonces la preocupación de él era el cambio social. Y yo decía no, lo mío no es trabajar por el cambio social, ni trabajar para que el pobre cambie su situación sino para que el pobre sea sujeto. Entonces la idea mía desde la antropología del pobre, ha sido, que al pobre lo que le robaron no es su trabajo, sino su condición de sujeto. Yo en el libro Escuchemos a los pobres⁹ digo que al marxismo el pobre le interesa como objeto de lucha, le interesa para que haga el cambio social, pero no como sujeto.

Me parece que Vicente encarnaba eso, una entrega a la gente, le hablaba muy bien a la gente, le hablaba muy fuerte. Y yo decía eso no es por ahí. Pero me marcó mucho en el sentido de que yo vi el compromiso de él con el pueblo y el deseo de cambiar la situación.

Porque en último término la que puede cambiar la situación es la gente, y ésta se le sale a uno de las manos. Me parece a mí que la perspectiva política —tanto de derecha como de izquierda— necesariamente convierte a las personas en objeto. Desde la perspectiva antropológica no le veo una diferencia a la izquierda y a la derecha. La diferencia es un poco lo de Marx, él centró toda su acción en favor del pobre y su proposición fundamental es la transformación de la realidad, pero desde arriba no desde el pobre.

Cuando monseñor Valencia Cano murió en el

⁹ Federico Carrasquilla M., Escuchemos a los pobres – Aportes para una antropología del pobre. PPC, Bogotá, 2015.

accidente de avión el grupo se disolvió. El grupo que quedó, incluido yo, formó el grupo SAL, que trató de retomar a Golconda, muchísimo menos politizado, aunque con la misma línea política.

Sacerdotes para América Latina (SAL)

Yo estuve en Sacerdotes para América Latina (SAL) todo el tiempo. El grupito de Medellín éramos como veintipunta, la mayoría gente que no había estado en Golconda ni nada. Nosotros decíamos que en Golconda lo que primaba no era la línea política sino la perspectiva política. A nosotros nos interesaba la dimensión política del evangelio, es decir, lo de nosotros es el evangelio, es anunciar la propuesta de Jesús. Una propuesta que tiene una esencia política.

Es que el evangelio es esencialmente político; el evangelio es una propuesta para la vida concreta y la vida concreta es política. Lo que hay que elaborar es la dimensión política del evangelio, es decir mostrar que el evangelio toca la vida concreta, que el evangelio cuando habla de la riqueza es la de aquí, lo mismo la pobreza; no de una riqueza espiritual, no de una pobreza espiritual.

A los amigos de SAL, nosotros les decíamos: a ustedes lo que les interesa es la lucha política con una dimensión cristiana, que a mí me parece es lo típico del laico. A nosotros como sacerdotes nos interesaba el evangelio con dimensión política. Por eso decíamos desde el principio que democracia cristiana era lo mismo que hablar de penicilina

cristiana. La penicilina es penicilina y la democracia es democracia. Escuelas cristianas, sindicatos cristianos, eso es una mezcla que no funciona. El sindicato es sindicato y punto, y yo le doy mi inspiración cristiana pero el sindicato es el sindicato.

En SAL teníamos dos reuniones al año, una regional y una nacional. Y una vez planearon una reunión nacional para lanzar un partido político de izquierda manejado por los curas, donde el sacerdote se comprometiera en política. Los de Medellín estuvimos contra esta propuesta.

Yo daba la pelea adentro. A mí lo que me interesa es el anuncio del evangelio; yo me ordené de cura para anunciar el evangelio, pero en concreto en la vida. Definamos, cuál es el interés de nosotros: es político, es la transformación de la sociedad o es el anuncio del Evangelio. Me reprochaban: eso es espiritualismo, son dualismos que vos tenés. Por mi parte argumentaba: Definamos, si es el cambio social, entonces no le metamos padrenuestros. Utilizar el Evangelio para organizar lo político me parece deshonesto.

Era la pelea mía en ese grupo. En ese tiempo se hablaba de los cristianos anónimos: se decía que un marxista comprometido con el pobre es más cristiano que un cristiano. Para mí, no es cristiano, es un tipo civil que lucha, yo desde Jesús lo leo como una presencia del evangelio, es una interpretación que le doy. Se argumentaba, esta gente que lucha, está trabajando por la paz. Y se traían dos frases de la primera carta de San Juan: «Todo el que practica la justicia es nacido de Dios»

(I San Juan 2, 29) y «todo el que ama ha nacido de Dios» (I San Juan 4, 7). Y yo decía, no todo el que practica la justicia ha nacido de Dios, a mí me parece que la lucha armada no ha nacido de Dios. Es una perspectiva política que yo respeto.

En la parroquia siempre tuve tanto comunidades de base, anunciadoras del evangelio, como otros grupos en los que yo no mentaba el evangelio para nada. Y eso siempre les desconcertó, y es que yo en la actividad social nunca metí el evangelio. En todos los grupos de pastoral social o grupos sociales que había en la parroquia yo nunca empezaba rezando ni nada. En los grupos de las corporaciones, ellos rezan, pero no me interesa saber si son creyentes o no creyentes. Si en los grupos de la corporación me piden la Eucaristía, yo digo: sí, pero al final para que la gente que quiera se quede y los que no quieran asistir se vayan. A mí me parece que lo civil es civil, y lo evangélico es lo evangélico. Lo que pasa es que lo evangélico es civil, pero no todo lo civil es evangélico. Puede tener una marca del evangelio cuando yo lo oriento. Esa fue la ambigüedad del grupo SAL y después de la teología de la liberación. Que tomaron la situación del pobre en una línea política fundamentalmente, con orientación cristiana.

SAL criticaba las incoherencias de la jerarquía. Eso yo lo criticaba, yo les decía: ustedes son lo mismo, ustedes están a la izquierda, pero la perspectiva es la misma. López Trujillo empezó muy de izquierda y el vio que por ahí no iba a subir entonces se pasó para el otro lado.

Cuando la Conferencia de Puebla le descubrieron a López Trujillo una carta en la que atacaba al padre Arrupe y a algunos obispos brasileños¹⁰. De SAL le escribieron a López un mensaje muy fuerte por esa carta. Los de Medellín no la quisimos firmar. Entonces dijeron que nosotros estábamos de acuerdo con López. Les contesté: Es que ustedes atacan a López por ser de derecha y no estamos de acuerdo con él es por la actitud de poder. A mí lo que me parece antievangélico es la primacía del poder y utilizar la fuerza para conseguir un objetivo. A mí, que la persona sea de izquierda o derecha no me importa. Entre un poder de izquierda o de derecha me parece que el problema es el mismo. Como cristiano, como persona humana simplemente, no estoy con que el poder se use para beneficio personal.

En esos grupos de SAL, yo siempre fui como un parche condenado donde no es el dolor. Recuerdo que una vez alguien me dice: Carrasca, ¿usted qué está haciendo por la revolución? Nada, le respondo, a mí me importa la revolución poco. Yo no me ordené para la revolución, yo me ordené para ser testigo del amor de Jesús en medio de la gente, a mí no me saquen de ahí. Entonces me acuerdo que uno dijo: eso es puro espiritualismo, recuerda que no se puede predicar el evangelio a estómagos vacíos. Le dije: «Ve, hombre, tenés razón, yo no había caído en la cuenta de eso. Por eso yo sí creo

¹⁰ Se trata de la carta que López Trujillo dirigió al arzobispo brasileño Luciano José Cabral Duarte y que publicó el diario mexicano *Uno más uno*. La carta revelaba los métodos del entonces arzobispo coadjutor de Medellín.

que el Evangelio es para los ricos para los que ya tengan el estómago lleno. Como que usted tiene razón. Pero, me pregunto quién fue el que me engañó a mí. De dónde saqué yo todas estas cosas. Y ahora caigo en la cuenta que el que me engañó a mí fue el mismo que engañó a los pastores, el mismo».

Imagínese, el ángel dijo a los pastores —que eran el último grupo en la sociedad—: les tengo una buena noticia, hoy en la ciudad de David les ha nacido un salvador que es Cristo, el Señor. Imagínese cómo se les pondría el corazón a los pastores; ustedes son los portadores de esta buena noticia, les llegó el salvador, el Mesías, el que están esperando ya llegó. Y es Dios. Y esto les servirá de signo, un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre. ¿El signo? Otro pobre igualito a ustedes. ¡Eso sí es tomar del pelo! Ustedes bien pobres y les viene un salvador: un pobre igualito a ustedes. Les debió decir: les tengo una buena noticia: Herodes subió el precio de la lana, eso sí es buena noticia para un pobre. Les tengo una buena noticia: Herodes va hacer refugios para los pastores, eso sí es buena noticia. Les tengo una buena noticia: ustedes los pastores desde ahora van a tener voto. Pero, ¡qué buena noticia!: el salvador es otro pobre.

Entonces ahí chocaba. No me decían nada porque veían dónde estaba viviendo. Me había ido a vivir a un barrio pobre, nunca cobraba por los servicios y ganaba la comida con el trabajo de mis manos. Entonces no me podían sacar de ahí. Recuerdo que una vez llegó uno a decirme: Ve, yo no te entiendo,

vos decís que a ti lo que te interesa es Jesús y nada más, pero vos sos el que está más metido en los problemas de la gente y a vos es al que te cae la Iglesia, yo no entiendo.

Muy sencillo, yo en la mañana estoy haciendo oración en la capilla y me llama la gente y me dice que están tumbando un rancho, yo estoy haciendo oración, y yo le digo al Señor: «Eso no me importa, yo vine aquí fue por Jesús, que tumben un rancho, no me interesa, primero es el Señor». Entonces siento que el Señor me dice:

—A ver, a ver, conversemos. ¿A usted quién le interesa, la gente o yo?

—Vos, Señor.

—¿Sí? Pero es allá con la gente, con el más pobre. No se me quede aquí, es allá. Entonces claro tenía que pegar para allá.

Cuando llegaba allá, después de un tiempo me decepcionaba, me desgastaba, de ver que el pobre era igualito al rico, el mismo egoísmo, que la gente me empujaba y después me dejaba parado. Entonces yo decía: Punto, no más.

Entonces sentía que el Señor me volvía a decir:

—Espérate a ver, ¿vos estás por ellos o por mí?

—...Por vos, Señor.

—Entonces véngase para acá otra vez.

Toda la vida me tuvieron con ese jueguito. Jesús me decía son los pobres y cuando los pobres los tengo hasta la coronilla, pego para acá. Llevo 48 años, de todos los de ese tiempo, laicos o religiosos, lo que

fallaron, fueron los que se metieron a la política. Es que vos lo sabés, trabajar por la gente es una fantasía, es lo mejor, hasta que llegan la incompreensión, las calumnias, los rechazos.

El primer choque que ya lo había sentido, es luchar por el pobre, ser como los pobres, y ver que es imposible ser como los pobres. Porque es que ser pobre es una desgracia, a quien le gusta ser pobre. Qué quedó de toda esa cuestión con el pobre, de ese entusiasmo de todo el mundo, cuando el barrio se llenaba de gente sábados y domingos. Entonces para mí, lo mío es Jesús, pero Jesús es en la gente, el compromiso con la gente. Y la gente, el pobre tiene cosas muy buenas, muy regulares y malas. De ahí surgió toda la antropología del pobre.

El riesgo del clericalismo

El cura tenía mucho poder social, y aún tiene. La Iglesia es la que ha perdido poder social, como cura basta que vos digás que sos cura y te miran distinto. Yo siempre me visto como cualquiera, sin ningún distintivo clerical. Cuando me toca hacer matrimonios de gente muy elegante, me piden que vaya después a la fiesta. Entre tanta gente súper bien vestida y elegante soy como un parche donde no hay dolor. Entonces paso entre ellos y me miran raro. De pronto alguien dice es que ese es el padre y ahí cambia, ahí cambia todo. Entonces uno quiera o no quiera es un personaje.

Entonces a mí me parece que el clero de izquierda, que quiere poner su poder religioso al servicio del

pobre hace clericalismo de izquierda. Es utilizar el poder religioso para un fin político, que no es mío, que es de la gente, da igual. Eso no quiere decir que uno sea un espiritualista, que yo piense que lo mío no tiene un carácter político. Mis posiciones como cura tienen un peso político, por eso yo nunca tomé una posición a favor del plebiscito como cura, eso me parece a mí que es hacer clericalismo de izquierda.

No significa que uno no tome partido.

—Ahora, ¿usted qué piensa del plebiscito?

Como ciudadano pienso esto.

—Usted está diciendo que voten por el sí.

Yo no dije que votaran por el sí, yo nunca le he dicho eso a nadie.

—Pero lo que usted dice lleva a que la gente tome un determinado partido....

Ahh ¡eso es conclusión suya!

En la parroquia yo distinguía lo que eran grupos religiosos de lo que eran grupos sociales, por ejemplo, había un grupo de ayuda fraterna, las corporaciones y todo eso. Eso nada tenía que ver con mi condición de cura. Por eso, todo lo que yo he hecho tiene una personería jurídica civil. Ahora que esos grupos querían participar en las cosas de la Iglesia, como quieran ustedes, yo no les voy a impedir. Ahora en las corporaciones, yo no empiezo rezando nunca, que queremos rezar, ah si ustedes quieren aquí hay libertad para rezar, como quieran, recen. Yo no pregunto si es evangélico, si no es

evangélico, si va a misa o no va a misa. Y la misa la hago siempre al final de las reuniones para que los que quieran se queden.

Balance de Golconda y SAL

Me parece que de lo que se hizo después del Concilio en favor del pobre y por un evangelio más cercano a la gente nada es pérdida. El papel de Golconda y SAL fue fundamental porque nos abrieron los ojos a todos: Pobres son estos, no joda. ¿Que ustedes tienen voto de pobreza? Eso es palabrería. ¿Que ustedes rezan mucho? Sí, rezar allá y la gente muriéndose de hambre.

Si no hubiera sido por esos movimientos nosotros no habiéramos podido dar el paso de salir de los espiritualismos y los idealismos que Marx ataca violentamente. Un poco la frase de Camilo: no sé si el alma es inmortal pero el hambre sí es mortal. Si la Iglesia hubiera sabido escuchar a Marx nos habiéramos ahorrado muchos problemas; es que las grandes intuiciones de Marx son geniales. Marx dijo más que la espiritualidad, la vida eterna, la inmortalidad del alma, lo que importa es el hambre de la gente: la pura verdad. Lo primero en el hombre es la materia. El error de Marx es que pasó de primero a principal. Lo primero es el hambre. Si usted cree en Dios todo lo que sea, y le pide a Dios que lo saque del hambre, ¡qué va! el hambre es suya y usted es el que tiene que salir de eso. Pero eso no es lo principal en el hombre.

Todos estos movimientos, y la cantidad de curas y

monjas que se salieron por el compromiso con el pobre, por estar con el pobre, al lado del pobre, por el motivo que fuera es supremamente valioso. Y que, si no hubiera sido por eso, no hubiera sido posible pasar de lo espiritual a lo material. Esta gente dijo lo que importa es el hambre de la gente, lo que es fundamental. Por eso yo nunca dije públicamente una crítica contra SAL.

Yo daba cursos en la Conferencia de Religiosos de Colombia, en el 70 y el 80 todo eso se politizó. Me echaron de allá por espiritualista y poco comprometido con la gente. El mismo mes cuando en Manizales me echaron, no me dejaron ir a un curso por marxista.

Estos movimientos fueron valiosísimos. Si no hubiera sido por eso no habiéramos salido. Es que hubo gente que dijo lo que importa es lo de aquí. Eso fue lo que dijo Jesús, Jesús encarnó un Dios que nació en un pesebre. En la narración del nacimiento de Jesús hay tres frases que se repiten. La primera dice que la Virgen tuvo su primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre. Como un hecho normal, es decir, la Virgen tuvo el niño como cualquier persona. Y luego cuando hace el anuncio el ángel dice, esto le servirá de signo; vuelve a repetir exactamente lo mismo: nació en un pesebre, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre. Como quien dice, ese niño es el salvador y el redentor. Y después los pastores dicen vamos a ver si es verdad lo que nos dijeron, y vuelve a repetir lo mismo: fueron y encontraron a María con el niño recién nacido, envuelto en pañales y

recostado en un pesebre. Eso es lo original de Jesús. Jesús partió de lo material.

Mire si hubiéramos entendido el marxismo de otra manera, habríamos dicho, es que él dice lo de nosotros y tiene razón. Si alguien dice: yo creo mucho en Dios, y tengo mucho amor a Dios, pero yo no voy a trabajar; yo creo ciegamente en que Dios me cuida, él es providente, él me va mandar comida. Pues siga creyendo en Dios, pero si no se pone a trabajar, se muere de hambre.

Otra manera de hacer teología

La teología de la liberación como tal nació en 1972 con una conferencia que dio Gustavo Gutiérrez a los obispos de Perú. Su texto se publicó en un folleto, que luego se amplió en un libro.

Sin embargo, el origen de la teología de la liberación realmente está en los documentos de Medellín. Como ya lo relaté, La Conferencia Episcopal Latinoamericana estaba presidida por monseñor Manuel Larraín, obispo de Talca (Chile), quien para preparar la conferencia hizo un grupo con Helder Cámara, arzobispo de Recife y Gustavo Gutiérrez, los tres habían trabajado con el método de monseñor Cardijn.

Pensaron: si en lugar de aplicar el concilio a la realidad latinoamericana, por qué no hacemos lo contrario: miramos cómo es la realidad latinoamericana y leemos esa realidad a la luz del concilio. Era el ver, juzgar y actuar, de ahí salió todo el documento de Medellín. Cuando miran la

realidad latinoamericana encuentran que el 80 por ciento son pobres, es la realidad que iluminan con los documentos del Concilio y con el Evangelio, este es el origen de la teología de la liberación. Si hubieran hecho lo de todos los episcopados, nunca hubieran hablado de los pobres, porque los documentos del Concilio no hablan de los pobres. Acaso, una expresión de Juan XXIII que se quedó en consigna no más: “la Iglesia es de todos, pero sobre todo los pobres”. En los documentos del Concilio se habla muy poco de compromiso con el pobre. Tal vez el documento 13, pero es más amplio, habla de un compromiso social.

La teología de la liberación no era una nueva teología sino otra manera de hacer teología. La verdad que no era nueva. Así había nacido el cristianismo: san Pablo y los apóstoles reflexionaron iluminando la realidad desde la resurrección de Jesús. Eso es la teología de la liberación, que tiene distintas expresiones: una reflexión sobre la praxis a la luz de la visión de fe. Me acuerdo que Dussel estuvo por aquí una vez y lo invitaron a una charla al seminario, y le dijeron: “Ojo que este es el seminario más tradicional de Colombia”. Me encanta, respondió Dussel, porque voy a mostrarles que la teología de la liberación es lo más tradicional, pues comenzó con las cartas de San Pablo, iluminar la vida a través de Jesús.

Gustavo Gutiérrez leyó su propia experiencia, al acercarse a la realidad buscó un método que le permitiera analizar la realidad, encontró el método marxista para analizar la realidad de la lucha de

clases y todas esas cosas. Para mí tengo que Marx no elaboró propiamente un método, Marx elaboró una doctrina en la que lo más importante son los pobres, los de abajo y que hay que trabajar en favor ellos. Él lo elaboró como una doctrina, que es darle la primacía a lo material, darle la primacía a la realidad, la frase famosa de la tesis undécima de Feuerbach, los intelectuales no han hecho más que pensar la realidad, ahora de lo que se trata es de transformarla. Por eso —digo yo—, el marxismo hizo una transformación en favor de la realidad, en favor del pobre pero no desde el pobre sino desde las ideas y desde la doctrina y desde el poder.

A mí me parece que si se toma como método marxista que la primacía es la transformación de la realidad, yo estoy de acuerdo. Por eso yo siempre me moví, pero súper bien en el método marxista y no me molestaba porque el método marxista es acoger la realidad, transformarla. Pero eso no es lo definitivo, lo definitivo es la luz que proyecta Jesús sobre esas realidades. Esa es la corriente de nosotros.

Hubo dos corrientes en la teología de la liberación. Un debate que nunca hicimos público porque formábamos división. Eran unas discusiones eternas: a ustedes les interesa es la dimensión evangélica de la política; a nosotros, la dimensión política del evangelio. En la segunda planteábamos que a nosotros nos interesa es la evangelización, pero la evangelización se hace con una dimensión política. En esa posición estaba todo el grupo de Medellín, concretamente Eugenio Saldarriaga y

Freddy Salazar, Santiago Pérez, Carlos Alberto Calderón, Gabriel Díaz, sobre todo.

Cuando murió el cardenal López Trujillo, me entrevistaron en Radio Visión. Cuando llegué allá me dijeron: primero díganos en qué consiste la teología de la liberación; segundo, por qué el Cardenal López Trujillo atacó violentamente la teología de la liberación y por qué a usted lo atacaron tanto. Y yo expliqué qué es la teología de la liberación. En segundo lugar, planteé que la Iglesia nunca ha atacado a la teología de la liberación. En los dos documentos de Juan Pablo II a los obispos de Brasil se expone que la teología de la liberación es necesaria. Lo que ocurre es que hay desviaciones. Con una teología en la que prime la política la Iglesia no puede estar de acuerdo porque eso no va en su línea. ¿A mí por qué me atacaron? Pues porque consideraron que yo estaba con esto, pero yo nunca jugué a eso, yo nunca me dejé enredar, yo siempre dije: lo mío es el anuncio del Evangelio. Que me ataquen por lo otro, pues qué más se va a hacer.

Al terminar dijo el presentador: como ven, el padre Carrasquilla reivindica la posición del cardenal López Trujillo. «Esperate —le repliqué— yo no reivindico nada. Me interesa que vean realmente cuál es la posición y que se entienda y cada uno verá. Ni defendiendo, ni atacando a nadie, estoy exponiendo lo que a mí me parece”.

Una vez yo iba por la calle y un tipo me gritó: “¡Cura marxista!”. Yo le repliqué: “Ojalá se pudiera”. La verdad es que no se puede, lo del marxismo es la

lucha política, eso no es lo mío.

El gran valor de la teología de la liberación es volvernó a la realidad. Nos dice: a Dios se lo vive es en la vida, en el compromiso, en la realidad con los otros. Eso es valiosísimo, tal vez si no hubiera dicho eso de forma tan radical no hubiéramos tenido el valor para tumbar muchas cosas. El vacío es que no se elaboró de qué manera se lee la realidad, esa es la tarea de hoy, porque a Jesús yo lo encuentro en la vida, en la historia.

—No hable palabrerías. Es que usted es muy espiritualista —me increpó alguien.

«Tenés razón —le respondí—. Si te digo: este edificio es barroco tardío, vos me podés decir: qué es eso, no tengo ni idea. Y es que para que usted pueda decir que es un estilo barroco tardío tiene que conocer el estilo barroco y reconocerlo. ¿Vos conoces a Jesús?»

Esa es la falla que hay que trabajar, pero nada de lo que hicimos después del Concilio se ha perdido, porque se tumbaron un montón de reglas y de normas.



**Tiempos
Difíciles**

Acusado de marxista

En Roma, fui compañero del cardenal López Trujillo durante un año. La íbamos bien, pero no éramos amigos, porque él se creía de la clase rica de Bogotá y tenía sus aspiraciones. Los dos hicimos la tesis sobre el marxismo. Cuando a él lo nombraron obispo auxiliar de Bogotá, me mandó una tarjetica en la que me decía que quería hablar conmigo. Al año siguiente que fui a Bogotá para el curso del Instituto de Pastoral Latinoamericana de Juventudes (IPLAJ) me dijo: Mirá, yo quería hablar con vos, porque yo te pido que te salgás del Popular y de todos esos grupos de curas revolucionarios porque eso te puede perjudicar mucho.

—¿Por qué?, le pregunté—. Es que no estoy allá porque ahora empieza la moda de irse a los barrios populares sino por vocación. Yo estoy en el Popular por vocación y con permiso del obispo.

—¿Por vocación un sacerdote diocesano —argumentó López Trujillo—, un profesor de la universidad que se vaya a vivir a un barrio popular? No, usted está allá porque lo mandaron.

—Todo el mundo sabe que mi opción es por Jesús y el evangelio —recuerdo que repliqué yo.

—Es que eso es lo hábil suyo —se reafirmaba en su idea—, usted camufla todo su marxismo con un falso misticismo. Yo sé que usted reza mucho, pero el rezo suyo es una pantalla para ocultar su

marxismo.

—Por otra parte, yo no tengo un carácter de líder, yo soy muy tranquilo y estoy más por una presencia entre la gente.

Pero López Trujillo insistía.

—Es que eso es propio de los ideólogos: ser de bajo perfil, que nadie se dé cuenta. Por ejemplo, en todos los grupos que se han formado, usted ha estado en eso.

—A mí sí me llama toda esta gente que está yendo al barrio para pedir un consejo, una información. Es que estoy yendo a los barrios populares desde que llegué de Europa y vivo hace tres años allá.

—¿Y usted sobre que hizo la tesis?

—Sobre el marxismo de Sartre, le contesté.

—¿Se da cuenta? Es que usted es de los poquitos que saben marxismo aquí, por eso a usted lo mandaron para que promoviera eso. Veá, el marxismo se va a apoderar de América Latina y la única fuerza capaz de frenar el marxismo es la Iglesia, por eso el marxismo escogió la teología de la liberación y la opción por el pobre para introducirse en la Iglesia y a usted lo mandaron aquí por eso. Quien está detrás de toda esa corriente marxista en la Iglesia colombiana es usted.

Entonces, lo que me dijo López Trujillo me sirvió mucho porque ya sabía dónde estaba parado. Pero yo no iba a comer la carreta, yo no iba a seguirle el juego, dígame lo que sea que yo no tengo nada que ver con eso. A partir de ahí, él comenzó un ataque

más directo y nunca le casé la pelea. Él siguió vigilándome en todo, hablaba mal de mí y todo eso. A mí realmente nunca me molestó, porque yo dije: ¿A mí qué me puede pasar? Cuando empezaron los bonches, yo pensaba: ¿a mí qué me va a pasar? A mí no me quiten el sagrario y los pobres y el resto no me importa. Y ¿quién me va quitar eso? Al Señor quién me lo va a sacar, y los pobres son la clientela de uno. Y yo nunca he hecho una obra social, entonces a mí no me pueden quitar los pobres por ningún lado. Yo no vivo del ministerio, no me pueden aislar por ningún lado.

Entonces yo dejé correr eso, y realmente nunca me sentí lesionado en mis derechos. ¿Hombre, vos no guardas resentimiento, o rabia? Eso es muy molesto, pero es que yo nunca me sentí amenazado, antes todo lo contrario, todos los castigos que me aplicaban a mí eran para tirarme para el lado de los pobres. Me hacían un favor.

A López Trujillo lo nombraron secretario general del CELAM. Y después, siendo secretario general, terminó el período y lo nombraron, arzobispo coadjutor de Medellín. Esta es una figura jurídica que consiste en nombrar a alguien en un cargo pero que no puede entrar en funciones mientras no se muera el titular. El hecho es que cuando lo nombraron arzobispo coadjutor, él quiso aspirar a presidente del CELAM. Entonces mientras estuvo de arzobispo coadjutor no podía hacer nada con uno. Pero entonces, él quería ser presidente del CELAM y para eso tenía que ser titular. Entonces, él era muy, muy amigo de Juan Pablo II. De hecho,

cuando lo fueron a nombrar cardenal, dicen que los obispos latinoamericanos le dijeron al papa que no lo nombrara, eso fue después. Pero él fue a Roma y todo lo que parece es que le dijo al papa que lo nombrara de titular ya, entonces sacaron a monseñor Botero que todavía no había cumplido el período y eso le dolió mucho y murió meses después. Entonces nombraron a López Trujillo arzobispo titular para que pudiera ser presidente del CELAM y después vino el nombramiento de cardenal.

Entonces comenzaron las dificultades directas con el cardenal. Yo me decía: Lo mío es vivir y anunciar a Jesús y no voy a entrar nunca en el juego de un enfrentamiento. Pero esto llegó hasta la primera sanción, la suspensión. Esta consiste en quitarle a uno el ejercicio del ministerio. Cuando lo suspenden a uno le dan quince días para que apele. Si apela, la sanción queda congelada hasta que venga la decisión definitiva, y uno puede apelar tres veces; a la curia, a la Congregación del Clero y en última instancia a la Signatura Apostólica.

No voy a apelar —dije al monseñor que me leyó la sentencia—, porque esto no es una sanción canónica es una sanción moral, usted sabe que no hay razones para que a mí me suspendan.

Me dijo: bueno, usted verá.

En esas yo fui a dar un retiro a Riobamba con monseñor Proaño y monseñor Corral y me dijeron que yo debía apelar. Les contesté: es que a mí no me van a quitar nada. Si me quitan el ejercicio del ministerio a mí realmente no me afectan, porque lo

mío son Jesús y los pobres. Usted verá, me insistieron, pero pensamos que usted debe seguir todo el trámite de la Iglesia.

Cuando regresé a Medellín, me exigieron los compañeros: usted tiene que apelar, porque el cardenal dijo en estos días que iba a esperar que pasaran los quince días para empezar a suspender a diez curas que según él somos de la teología de la liberación. Ahí sí apelé; como a los dos meses, confirmaron la sentencia. Entonces yo apelé a Roma, y él me dijo: no recurra a Roma que si usted apela le hago otro juicio para sacarlo de la parroquia por inepto. Usted verá —le repuse—, ya tengo una sanción encima. Entonces, me hizo en esa ocasión un juicio muy estricto.

Conmigo la Iglesia se manejó perfectamente legal; yo vi el derecho canónico muy humano. Cuando apelé la primera vez, yo hice mi defensa. Pero ya para la segunda tuve que acudir a un canonista. Busqué y todo el mundo me decía que no, pero en Bogotá hubo uno que me ayudó: Aldo Estela. «Yo le ayudo, pero no diga quién, hasta cuando me muera», me dijo. Él ya murió. «Vea este juicio usted lo lleva ganado, pero en la última instancia, porque en Roma nunca desautorizan a un obispo —me explicó—, pero si usted se arrepiente de todo lo que le digan, no discute nada de lo que le digan y jamás hace una declaración contra la autoridad, usted al final gana». En el derecho canónico, si vos te arrepentís de una acusación, a vos no te pueden castigar, sino que te ponen una penitencia.

Seguí apelando, y cada vez se congelaba eso.

Resolvió entonces hacerme otro juicio para sacarme de la parroquia por inepto, pero no quise apelar, porque con tal de que yo tenga el ejercicio del ministerio nadie se va a dar cuenta. Porque el miedo mío era hacer un escándalo. Para mí los escándalos en la Iglesia no sirven para nada, sólo para que los medios hagan ruido. Que a uno lo suspendan, la gente no le presta atención. Entonces para qué le voy a dar tiro.

Las comunidades religiosas y en general el clero fueron siempre muy solidarios conmigo, a mí nadie me rechazó y eso fue muy significativo porque descubrí que la Iglesia ha perdido el poder social. Por ejemplo, las comunidades religiosas me siguieron llamando a cursos, a retiros y muchas veces me decían: ve, la eucaristía la ponemos a tal hora porque la eucaristía es en la Iglesia. Les proponía: No se preocupen, yo la presido. Pero, ¿no es que está suspendido? Eso no les importó mayor cosa. De modo que socialmente no me perjudicó para nada.

Económicamente yo no dependía del ministerio. Yo trabajaba en un tallercito, vivía con unos muchachos, nosotros entre todos hacíamos todo, de modo que los gastos míos eran muy pocos.

Luego apelé a Roma a la Congregación del Clero. Entonces el cardenal fue al tribunal a acusarme a mí, y a los dos meses me mandaron la ratificación de la sentencia. Apelé entonces a la Signatura Apostólica, ahí sí tenía que poner abogado, pero yo no tenía plata, entonces me pusieron un abogado de oficio, quien me mandó una carta en la que me

contaba que había leído el proceso, que era de lo más absurdo, porque estaban violando el derecho y además todas las razones eran legales, pero no válidas para una suspensión.

En la Iglesia hay una cosa curiosa, a los obispos nunca los desautorizan, entonces para evitar una injusticia existe la Signatura Apostólica, que no define del fondo sino de la forma. Es una manera de contradecir al obispo sin desautorizarlo, simplemente le ordenan: le quedó mal hecho vuélvalo a hacer. Entonces este canonista me dijo: usted la lleva súper ganada, así como la ha llevado, yo necesitaba saber si era verdad todo lo que aparece ahí.

Entonces devolvieron todo el proceso y le dijeron a la curia que volviera a empezar. Ya no podía empezar de nuevo porque yo estaba arrepentido. Entonces dijeron que no querían volver a empezar. De la Signatura Apostólica me mandaron una carta en la que me decían que yo tenía dos caminos: uno, poner una demanda contra la Curia porque habían violado mis derechos, habían abusado del poder. Segundo, acabar con eso y decir que yo quería permanecer en la Iglesia. Entonces yo dije que yo no tenía ningún interés, que siempre había querido permanecer en la Iglesia, que nunca había querido ser un francotirador.

De Roma escribieron al cardenal requiriéndole anular todas las sanciones que me había impuesto y eso debió hacer. Entonces López Trujillo me mandó una carta diciendo que había recibido una comunicación de la Santa Sede y que por orden

suya me revocaba todas las penas, que me presentara a la Curia para firmar.

Fui a la curia y firmé. Ese día el vicario me preguntó que qué puesto quería yo en la arquidiócesis. Le respondí: Lo que usted quiera, monseñor. A mí no me importa. Pero el vicario insistió, yo nunca supe por qué: Decime, ¿qué puesto quisieras? Era tanta la persistencia, que le contesté en chiste: «Monseñor, no insista. Yo le acepto cualquier puesto, aunque sea de obispo auxiliar, nómbreme si quiere». Me mandó para la casa, que allá me avisarían. Nunca me avisaron. Si hubiera pedido estaban obligados a darme parroquia.

Como al mes me llega una carta curiosa del cardenal en estos términos: como al fin el Espíritu Santo lo iluminó a usted para que ese arrepintiera de sus crímenes y delitos, como pastor de esta Iglesia le perdono todo eso. Pero qué carta más rara —pensé—, si ya se había acabado todo y ya había firmado todo.

Como al mes me encuentro con Horacio —que ya pertenecía a la diócesis de Caldas— y me muestra dos cartas que el cardenal envió a todos los obispos y a los párrocos de la arquidiócesis. Una, la que yo había mandado a la Santa Sede en la que manifestaba que quería pertenecer a la Iglesia y que si en algo había faltado me arrepentía. Y la carta de él. Entonces para todo el mundo aparecía que en realidad yo me había arrepentido y él me había perdonado.

Entonces me pregunta mi hermano:

—Y vos qué vas a hacer...

—Nada, para qué —le respondo.

—Pero es que a vos no te molesta como quedaste, mirá lo que dice ahí: crímenes y delitos.

—Claro que a mí sí me dolió mucho eso, pero eso quiere decir que la canonización mía dentro de 500 años no se va a dar, ya perdí toda posibilidad porque me van a sacar que yo cometí crímenes y delitos.

Entonces ahí se acabó todo. Y nunca los otros obispos me molestaron más para nada, pero tampoco nunca quisieron darme algún cargo.

A mí no me quedó ni rastro de resentimiento ni de rabia, porque yo nunca sentí lesionados mis derechos, antes todo lo contrario. Siempre he dicho que es mucho más lo que la Iglesia me ha dado, que las molestias que me ha podido ocasionar.

Solidaridades

En este tiempo tuve algunas ventajas: una espiritualidad bien clara y un grupo. Estaba bien claro, lo mío eran Jesús y el pobre y no me iba a pasar nada. Y además tenía un grupo, El Prado, que para mí fue una salvación. Uno solo no aguanta los ataques. Toda la vida vos pisoteado, despreciado, eso quiera o no quiera, lo hiere a uno. Uno sólo se ahoga. Pero tenía el grupo, sin él me hubiera salido con seguridad, porque uno solo no aguanta.

Uno no necesita permiso del obispo para entrar al

Prado, porque es un instituto secular para sacerdotes diocesanos de derecho pontificio. El Prado no es comunidad religiosa, sino que contribuye a que uno viva su vocación.

Yo soy el primer latinoamericano del Prado. El primer grupo del Prado en Medellín éramos seis — los primeros en Colombia—, de los cuales solo dos eran de SAL: Gabriel Díaz y otro que se salió. El Prado era un espacio donde yo podía botar todo y decir todo; por ejemplo, decir no aguanto más. Allí yo podía decir lo que quisiera y que a ello los compañeros debían decir: a ver cómo leemos eso desde el pobre y desde el evangelio. Estas reuniones a mí me salvaron, porque es que cuando vos sentís incomprendiones y ataques eso te va envenenando, pero en el grupo vos botabas lo que llevabas dentro y ahí mismo te ayudaban a ver si lo que a uno le pasaba servía para estar más al lado de los pobres y para vivir mejor el seguimiento de Jesús.

En estos momentos difíciles yo recurría a mi hermano. Un día lo busqué.

—¿Cómo estás?, me saludó.

—Muy mal, hermano...

—¿Por qué?

—Porque ya no aguanto más esta situación, es demasiado.

—Entonces qué va a hacer. Usted tiene que aguantar eso.

—Sí, yo sé. A mí sólo me quedan dos salidas: o

matar a este señor o suicidarme. Ahora, matar a este señor no... entonces me voy a suicidar. Compraré cicuta y listo.

—¿Qué? ¿Cicuta? Eso es muy caro, hermano, usted con matarratas tiene, compre un sobrecito de matarratas y listo. Eso sí, no vas a comprar cicuta porque nos dejás esa deuda y eso es muy caro para nosotros.

Nunca he tenido una actitud de víctima. Para mí el gran peligro ante los problemas es sentirse víctima o héroe, las dos cosas son destructoras.

Siempre tuve una acogida enorme en el clero. Con otros curas nunca he hablado mal del obispo, nunca he hablado mal de nadie, porque yo veo que eso me perjudica a mí. Es lo que decía, es que hoy no hay necesidad de hablar de pecado, ni de obedecer. El discurso debe ser lo humano, cómo vivir mejor aquí. Hombre, atacar la Iglesia que gano yo con eso. La denuncia de uno de sacerdote es en la vida. Mire, hoy la denuncia contra la Iglesia y contra los curas debe hacerla el laico. Al sacerdote ahí mismo le dicen está respirando por la herida. Eso no sirve. Fuera de que eso le hace mal es a la Iglesia y a uno, al obispo no.

Como digo las denuncias son una tarea para el laico y más hoy aprovechar que la Iglesia no tiene poder social, por lo que en la Iglesia hay una libertad enorme. ¿Qué me impide vivir el evangelio hoy? ¿Qué me impide? Al contrario, me echaron allá y me dejaron el tiempo libre para andar por todo el mundo dando cursos, que si hubiera estado en la parroquia no habría podido. Ahora a mí para lo único que

todos esos ataques me han perjudicado es para puestos. Pero no solo no es mi interés, sino que es lo que yo más he temido.

De las Curias y el futuro

El problema de las Curias es que son organizaciones de un mundo sacral, y lo sagrado no se puede tocar. Hoy la Iglesia acepta plenamente las primeras denuncias de Lutero. La situación de Lutero fue que a un poder terminó oponiendo otro poder. Hay un texto muy bonito del escritor católico Georges Bernanos¹¹, que dice que el santo y el hereje tienen la misma actitud frente al mal en la Iglesia, sólo que uno denuncia con el evangelio y el otro con el poder.

Si cuando excomulgaron a Lutero, él no se hubiera rebelado, eso hubiera pasado y hoy sería un santo canonizado por la Iglesia. Si después del Concilio, hubiéramos descubierto que el problema no era cambiar ideas sino volver a Jesús, que era la propuesta de Juan XXIII, las cosas hubieran cambiado fácilmente. El mal de la Iglesia es eso, que perdió la perspectiva de Jesús y terminó en la perspectiva religiosa.

No es posible una Iglesia sin estructuras. Yo digo lo de Marx. Una idea de siglos se cambia en minutos, una práctica de siglos se cambia en siglos, despaciecito. La curia romana y en general las estructuras de la Iglesia son un sistema con mil

¹¹ Georges Benanos (1888 – 1948) novelista, ensayista y dramaturgo francés.

seiscientos años de existencia. Los pasos que dio Juan XXIII y los que ha dado el actual pontífice son grandísimos. Creo que la ventaja de hoy es que vos podés criticar al papa, sin ningún problema, desde el evangelio y no pasa nada, antes lo contrario. La manera de mirar la curia hoy es totalmente distinta, a la mirada que se tenía en tiempos de Pío XII.

¿La Iglesia recobrará el poder perdido? Ya no, gracias a Dios, y nunca lo va recobrar. Es lo que necesitamos.

El problema hoy de las vocaciones y de la práctica religiosa, es que esos movimientos nacieron en un mundo sacral. El auge de los Hermanitos y las Hermanitas de Jesús (y en general de las fraternidades inspiradas en Charles de Foucauld) se dio en un mundo en el que el compromiso con el pobre era lo máximo. Y lo mismo las vocaciones, las vocaciones nacieron en un mundo sacral y en un mundo racional, ese mundo cambió. El problema de la Iglesia no es el cambio sino la fidelidad, como dice San Pablo, lo que se le pide a un ministro es que sea fiel (ICor. 4,1). Si se comparan un mundo organizado desde arriba y otro mundo desde abajo, ¿cuál de los dos es más humano y más evangélico? Sin duda, el de abajo. Un mundo centrado en la razón y un mundo centrado en el corazón, ¿cuál es más humano y más evangélico? El que se centre en el corazón.

Pregunto, ¿a quién ataca el ateísmo actual, al Dios de Jesús o al Dios de las religiones? Para mí que es al Dios de las religiones. Es que lo de Jesús no hay por dónde atacarlo. Lo de Jesús es propuesta y en

cuanto propuesta no puede tener sanción. A mí me dicen es que la Iglesia va para abajo, yo digo: no, hombre, va para arriba. Es que el descenso empezó en el siglo IV.

¿Cuál es el futuro? No sé. Pero hoy ser cristiano es lo más fácil que hay, porque ser cristiano es simplemente ser humano y descubrir que, para vivir humanamente, Jesús te ofrece una manera de ser humano. ¿Qué objeción le podés vos poner a eso? Hoy, el gran problema es la deshumanización, en todo sentido. ¿Quién está por la deshumanización? Nadie. Todos estamos por una humanización. Y, ¿quién ofrece una palabra segura? Jesús. Todo lo otro lo podés discutir, lo de Jesús no, a ver si le gusta o no le gusta. A mí me parece que eso tiene futuro, y si hay partes de la Iglesia que parecen desmoronarse no es por motivos doctrinales sino por motivos humanos.

La crítica que hoy se debe hacer a la Iglesia y al clero es que no sean auténticamente humanos. Hombre, ¿que no hay vocaciones? Es requetenormal. Cuando entré al seminario, esto era la felicidad en la casa. Todo el pueblo felicitaba a mi papá y a mi mamá. Hoy es todo lo contrario, antes mucha gracia que haya vocaciones.

La forma como vive el sacerdote diocesano hoy es puramente religiosa. Como te decía, hoy no es problema que yo viva el evangelio ahí dentro, ¿qué problema me da? Un laico y un religioso o religiosa, que quieran vivir auténticamente el evangelio, ¿qué problema tienen en la Iglesia? Es que la propuesta de Jesús es para que vos te humanicés y no tiene

ningún chantaje.

El Dios del Antiguo Testamento dice yo los quiero mucho si me obedecen (Deut., 7,7). Jesús dice: yo le ofrezco una forma de vida, si no me atiende usted verá, pero yo no lo voy a castigar ni lo voy a amenazar con el infierno ni nada. ¿Qué objeción le podés tener vos a eso? Si ser cristiano no es aplicar normas. Por eso digo que la revolución de base la hizo Benedicto XVI. ¿Pero qué objeción, decime, si vos querés vivir realmente el evangelio hoy, que objeción tenés? Más aun, ¿qué le impide a una prostituta, a un sicario, que quieran vivir el evangelio?, ¿qué se lo impide? Lo mismo que le impide la pura racionalización. Pregunto: ¿Qué ven ustedes anticristiano en el mundo de hoy? La sujeción a la primacía del mercado. Eso no es anticristiano, es inhumano; entonces lo inhumano es anticristiano. Escribió Hans Küng hace 20 años: ser cristiano es ser humano a la manera de Jesús. Eso tiene un futuro fabuloso.

Recuperar lo de Jesús es la gran posibilidad de hoy. Por eso repito, lo anticristiano es inhumano. El mercado convierte al ser humano en un objeto, en una mercancía. Hoy lo anticristiano es lo inhumano auténtico. Y quién me dice qué es lo humano auténtico. ¿Qué genio tiene posibilidad para decirme a mí esto es lo humano? Nadie. Porque un genio dice esto, y dentro de ocho días aparece otro diciendo: no, eso es por aquí. El ser humano desde el punto de vista antropológico es ser yo mismo en comunión con los otros y eso es lo de Jesús. Lo cristiano es lo que yo hago iluminado por Jesús,

iluminado por Jesús sin ningún tipo de chantaje. Jesús dice yo lo quiero mucho porque usted es hijo de Dios, no más mire a ver usted que hace con eso. Que usted no quiere ser hijo suyo, bien pueda, no hay problema. A mí me parece que hoy realmente el ser cristiano es una cosa facilísima y fascinante. Porque es tener una orientación en tu vida, que la prueba de eso es tu vida misma.

Las políticas dominantes son inhumanas, oponerse a lo inhumano del poder no es fácil. Lo cristiano es ayudarte a que vos no te dejés aplastar de lo inhumano. No es que el cristianismo sea difícil, lo que es difícil es oponerse a lo inhumano con todo el poder que tiene. Lo difícil no es por ser cristiano es por ser humano.

Cuando empezaron los escándalos por pedofilia, me monto a un taxi y cuando el chofer se da cuenta que soy sacerdote y me dice:

—Y usted qué opina de los curas pederastas...

—Que eso es un crimen, eso hay que castigarlo como cualquier crimen. Pero es que el cura pederasta no es pederasta por ser sacerdote, sino por ser humano. Hay curas pederastas como hay médicos pederastas y como hay taxistas pederastas.

Y cuento un chiste para acabar. Me corrí y me dije a lo mejor este no es pederasta sino viejorasta, que va a saber uno y me corrí.

¿Que eso es pecado? Hombre qué va a ser pecado, eso es un crimen. ¿Que el odio es pecado? Pregúntale a un bioenergético a ver qué te dice.

Vea, esa úlcera que usted tiene es un odio; ese cáncer es el estrés con que usted vive. Ahora cuál es la evolución de esto no sé. Porque ahora dan unos saltos que nadie los imaginaba.

Cuando me dicen hombre es que esto no cambia, pregunto: dígame usted cualquier situación, ¿hace cuarenta años apenas cómo era? ¿Cómo será el futuro? No tengo ni idea, pero a mí me parece que el futuro es muy lindo. Pero, que van a acabar con la tierra... sí pero ya nos dimos cuenta. El mundo racional ha tenido vigencia por doce mil años y hace apenas sesenta años estalló el corazón, un hecho que venía preparándose 200 años antes. Cada día somos un poquitico más solidarios, más libres. Yo no creo que este mundo se vaya a acabar.

Cuando me dicen, hombre, es que esto no cambia, recuerdo la señora que tenía cinco meses de embarazo y fue al médico, y después el esposo le pregunta:

—Mija, ¿qué le dijo el médico?

—«Me dejó muy triste —responde ella—, el médico me dijo que el niño está muy mal colocado...»

—¿Sí? —replica él—, qué quería ese medico imbécil, que con cinco meses estuviera de gerente del Banco de la República, o ¿qué?

Veo el futuro con mucha esperanza, el problema del mundo de hoy es que está completamente deshumanizado. A mí esto me lo iluminó mucho un libro de un antropólogo cultural alemán, Heinrich Rombach, que se llama El hombre humanizado. Ese es el problema. Jesús vino al mundo a humanizarlo,

a ofrecerle al hombre una persona para que se humanizara.

Mira, esto que estamos haciendo aquí en Colombia, ¿era posible hace apenas 40 años? Nunca. A mí me parece que los acuerdos con las FARC son un paso grandísimo de humanización. Creo que el futuro de la humanidad va.



**De los pobres,
la pobreza y
otros asuntos**

La posición tradicional frente a la pobreza ha sido erradicarla. El libro Repensar la pobreza y que tiene el subtítulo: Un giro radical en la lucha contra la desigualdad global, es importante porque demuestra que todos los esfuerzos por sacar de la pobreza terminan en un fracaso.

Por el contrario, si cambiamos la forma de mirar al pobre, llevaría a pensar que no se trata de erradicar la pobreza sino, partiendo de la carencia, potenciar los valores que ella posibilita. Es decir, transformar la mirada y el concepto de pobre.

Mientras no se modifique el concepto del pobre no hay futuro. De cambiar el concepto sí. Antes, en 1850 la distancia entre un país rico y un país pobre era de uno a tres. Cuando yo estaba en la escuela, nosotros éramos de la clase rica del pueblo. Sin embargo, la enseñanza, los pupitres, la comida, las cosas de la casa, los muebles apenas eran un poquitico mejores. La diferencia entre un pobre y un rico no era tan grande. Hoy la diferencia entre el país más rico y el más pobre es de uno a ochenta. ¿Cómo hacer la equidad hoy? Mientras sólo mires al rico y quieras ser como él, nunca va a haber equidad. Si se voltean las cosas hay salida.

Es que mientras no se cambie el concepto de pobre y mientras el nuevo concepto no penetre en la sociedad no hay futuro. Cuando penetre en la sociedad será más fácil encontrar una salida. Los valores del pobre son una propuesta de vida, ¿me entendés?

Jesús pobre: un punto de partida

Ya desde el seminario vi claro que mi vocación era Jesús y vi que Jesús era inseparable del pobre y que toda la vida y la propuesta de Jesús fue al rededor del pobre y que Jesús había sido un pobre como la gente del pueblo. Jesús no fue un ermitaño ni un tipo separado de la vida. Llevó la vida de los pobres de su tiempo. En ese tiempo había tres grupos sociales: el de los poderosos, los que detentaban el poder económico, político, social y religioso, el de la masa del pueblo que eran los pobres y, por último, el de los marginados. No eran clases sociales como muchas veces se presenta, porque el concepto de clase es del siglo XIX, pero sí grupos sociales. La masa del pueblo era de la gente insignificante en lo social, no desde el punto de vista económico. Los marginados lo eran socialmente no económicamente. Entre los marginados había el grupo de los marginados por motivos económicos, los que no tenían trabajo fijo y otro los que lo eran por motivos morales, que eran los pecadores, los enfermos y los publicanos. Los publicanos eran gente muy rica y eran marginados. Entonces Jesús ocupó el puesto central, en la masa de los pobres, y no lo ocupó por un motivo social ni ideológico sino porque ese era el grupo universal donde todos estaban. Al grupo de la gran masa de los pobres, el de arriba puede bajar y el de abajo puede subir.

Jesús no fue un marginado en el sentido de hoy. Por treinta años fue un trabajador. El evangelio dice que un carpintero, un artesano, lo que diríamos un todero en un pueblito. Gente que en un pueblo está

para hacer lo que caiga. Pero lo que es clarísimo en el evangelio es que Jesús no perteneció a ningún grupo dirigente, a ningún grupo de poder y no perteneció porque no le dio la gana. Jesús desarrolló su acción desde los marginados, desde los más despreciados y con ellos se identificó al nacer y al morir. De modo que Jesús nació como pobre y murió como pobre por opción. Y la acción la hizo desde los pobres. Lo original de Jesús no es que trabajó por los pobres, sino que Jesús optó ser pobre.

Para mí la pregunta es por qué Jesús fue pobre si ser pobre es una cosa mala. Es la pregunta que por mucho tiempo no me dejó dormir. Para el padre Foucauld, hay gente tan marginada que ni siquiera puede subir al grupo de los pobres. Entonces Jesús se abajó allá, por opción se fue a hacer la acción desde allá para que nadie se pudiera sentir excluido.

Si ustedes ven el evangelio, lo que Jesús hizo por los pobres fue muy poquito. Un ejemplo clásico de eso es el capítulo V de San Juan, donde Jesús llega a unas piscinas que eran medicinales. Estaban llenas de pobres esperando que se movieran las aguas. Ustedes conocen el texto, allí curó a una persona. ¿Por qué curó sólo a una persona si podía curar a todos con el poder que tenía? Es que para Jesús el problema realmente no era quitarle la pobreza a la gente, quitarles las necesidades, sino recuperarles su dignidad y su identidad. Después de la multiplicación de los panes, fueron a buscarlo y Jesús les dijo: No, ustedes me buscan para que les

dé de comer hasta saciarse, yo no vine a eso. Yo vine a hacer signos del amor del Padre para todos, pero especialmente para los que tienen hambre. Por eso el no hacía un milagro si la gente no tenía fe, es decir, si no se apropiaban ellos. Para mí eso fue el punto de partida.

Pero, insisto, si al pobre todo el mundo lo desprecia, si ser pobre es una cosa mala, ¿por qué Jesús fue pobre? Durante siglos la vida religiosa ha tenido el voto de pobreza, pero la pobreza se tomó como una ascesis, como una mortificación, como una renuncia. Hoy vemos la cosa muy distinta, yo no puedo renunciar a algo vital, a lo que yo necesito como tal y, además, yo no puedo optar por lo que es malo. ¿Cómo es posible que Jesús fue pobre si es que la pobreza es mala? Recuerdo que en un retiro me dijo un religioso: Vea, deje de bobiar, ¿la pobreza es buena o es mala? Si es buena entonces porque se la quita a los pobres y si es mala como es que usted la escoge. A mí me parece que ese argumento es inatacable.

Entonces yo empecé a buscar, y el primero que me abrió el ojo, fue la corriente del padre Foucauld. Él dice, ser pobre fue para Jesús su estilo de vida, el estilo de vida de Nazaret. Al padre Foucauld le impactó la vida de Nazaret: una vida pobre sin ninguna carencia vital, pero no es ninguna situación de prestigio. Él mira al pobre no como el que carece sino como el hermano.

Luego, en la universidad encuentro que lo nuevo en ese momento era que la persona se miraba de otra manera, la persona no se miraba ya como ser

racional sino como ser relacional, y que el punto de partida era desde abajo. Ahí se me abrió el ojo. El aporte de Jesús es antropológico no sociológico ni de beneficencia. Ser pobre es otra manera de ser persona. Un enfoque ligado con la problemática del movimiento feminista. La mujer se ha mirado durante siglos como el segundo sexo, inferior al hombre, en cambio, la mujer se mira ahora como otra manera de ser persona. Hay dos maneras de ser persona. El ser humano es bipolar, tiene dos polos: el polo masculino y el polo femenino, los dos son dos maneras de ser persona. Entonces yo dije, exactamente, es que ser pobre es una manera de ser persona y ser rico es otra manera de ser persona.

El pobre visto desde la sociología

¿Cuál ha sido la preocupación desde siempre por el pobre? Siempre ha sido quitarle la pobreza. Es la manera clásica. Es la mirada sociológica, la que surge de Adam Smith como reflexión sobre los hechos sociales, que son los de la persona que vive en sociedad. Entonces hablar de la pobreza desde el punto de vista social, es ver qué puesto ocupa el pobre dentro de la sociedad. En todo sentido, el pobre ocupa el último lugar y ese último lugar es malo, no es para vivir ahí, sino para tratar de salir de él. Lo primero que hice fue analizar la perspectiva sociológica.

La manera clásica es la manera sociológica y es una experiencia de toda persona. Esta mirada no es falsa, es superreal y es la experiencia de todo el

mundo. ¿Cuándo una persona de la condición que sea se siente pobre? ¿Cuándo vos te has sentido pobre? Cuando careces de algo que necesitas. De hecho, cómo le decimos a una persona que pierde algo que necesita: ¡pobrecito!

Cuando Ardila Lulle —en ese tiempo era tal vez el tipo más rico del país— se cayó por unas escalas en una fiesta y se quebró la columna y quedó parapléjico, el comentario de toda la gente fue: pobrecito.

Es que el ser pobre es una experiencia original que surge de las carencias, eso es absolutamente verdadero, y por eso si vos te salís de ahí, espiritualizás.

La diferencia entre pobreza material y espiritual es puramente abstracta, puramente ideológica, por dos cosas: porque lo que duele de la pobreza es lo material y segundo, todo tiene la marca de lo material. Vos sos persona en primer lugar por lo material. Si bien el rico también puede ser visto como pobre, si el enfermo es pobre, si el ignorante también es pobre, no es lo mismo un enfermo con plata que un enfermo sin plata, no es lo mismo un ignorante con plata que un ignorante sin plata, lo que duele en último término no es lo ignorante, sino que no tiene plata. Por eso cualquier reflexión sobre la pobreza que no parta de lo material no toca la realidad, y en el fondo tapa el verdadero problema.

Sin embargo, la visión clásica a pesar de ser verdadera se queda supercortica. Es cierto, la pobreza es carencia y carencia material, porque las otras carencias si no tocan lo material valen huevo.

La pobreza material es la que toca todo, pero se queda corta en dos palabritas: las carencias no dan ni identidad ni dignidad.

Si yo te digo a vos, ¿vos qué sos? Y vos decís: no soy médico, no soy maestro, no soy abogado, entonces, ¿qué sos? Cuando yo me defino por las carencias, por lo que no soy eso no da identidad, y en consecuencia no soy sujeto. Para enfrentar la vida necesito ser sujeto.

Y, en segundo lugar, no da dignidad, todo lo contrario, da compasión. Por eso al pobre, quiera o no quiera, todo el mundo lo mira para abajo. Fue lo que pasó en la Iglesia; en la visión ordinaria al pobre se le valoriza porque Jesús fue pobre, pero no se pregunta por qué Jesús fue pobre.

En la visión sociológica el punto de partida es que la pobreza es mala, entonces como se mira como mala, hay que erradicarla. Entonces toda la lucha contra la pobreza se ha ubicado en combatir las causas. La primera causa sería que es voluntad de Dios o cuestión del destino, la expresión muy típica en el pobre “yo soy pobre por de malas”. La segunda causa sería la mala voluntad de la gente: “¿por qué hay pobres? porque hay ricos”. Y tercera la explicación marxista: la pobreza no es cuestión, ni de la naturaleza, ni de los hombres sino del sistema, es el sistema el que produce pobres. Entonces desde ahí se han enfocado distintas acciones contra la pobreza: las obras de beneficencia, la actitud puramente educativa —educar a los ricos para que no sean de mala voluntad— o la revolución.

Crítica de la visión sociológica

La primera crítica que yo le hago a la visión clásica es que no da identidad o dignidad y la segunda es que las soluciones que ofrece no dan para que el pobre sea sujeto.

En la mirada clásica se ve al pobre como alguien que presenta necesidades insatisfechas y sobre todo las necesidades básicas. Eso no solo es verdad, sino que primero es la experiencia original de toda persona. El rico, el pobre, el ignorante, el estudiado tienen la experiencia de la pobreza cuando carecen. Y ese es el enfoque que siempre se le ha dado a la pobreza, desde antiguo ser pobre es carecer de algo.

Por eso la actitud en la visión que tenemos de que ser pobre es el que carece, de inmediato se le da al pobre un calificativo ético, porque las carencias son malas. Mientras yo no carezca de algo a mí no me importa, pero cuando yo siento la carencia en cualquier sentido es algo malo. De este modo, la visión del pobre va a ser esencialmente ética. Una experiencia ética que surge de la mirada sociológica. Si vos miras el puesto en la sociedad que ocupa el pobre, y no solamente el pobre material sino el pobre en cualquier dimensión siempre ocupa el último lugar, y entonces por eso siempre al pobre se le mira hacia abajo, como el que carece, al que le falta algo y el que suscita de inmediato un deseo de ayudarlo.

Mire cómo se ha valorado al pobre. Este para mí es el punto más humano. El pobre por serlo no es

nada. Se dice entonces que se debe valorar al pobre por persona. Usted tiene que respetar que el pobre es persona. Yo digo que no. Usted al pobre tiene que tratarlo como persona pobre, pero es que el pobre no es persona, el pobre es persona pobre. La persona no existe, la persona es una abstracción, la persona existe como pobre o como rico, como mujer o como hombre.

Si yo te digo: vos como mujer no me interesas, me interesas como persona. ¿Vos que me decís a mí? No señor, no estoy de acuerdo.

Un jueves santo, el papa Juan Pablo II mandó una carta a los sacerdotes sobre la actitud frente a la mujer, decía que el sacerdote debía tratar a la mujer como hermana o como madre. Yo digo no, primero debe tratar a la madre y a la hermana como mujer. Es que antes de ser hermana es mujer. Yo primero que todo tengo que tratarla como mujer, precisamente porque como mujer no se ha valorado.

Es como decir que hay que estar con los pobres contra la pobreza —es el título de un libro de un español Luis González-Carvajal—, pero es que lo que hace al pobre es la pobreza. Tanto como decir: estoy por la mujer, pero contra la feminidad.

La valoración política es la de Marx, que no valora al pobre como pobre, sino como sujeto de la revolución, como carne de cañón propiamente. ¿Cuál es la última frase del Manifiesto del partido comunista? El pobre solo tiene que perder sus cadenas, entonces él es el que tiene que hacer la revolución. El pobre vale porque es fuerza política y

la prueba es que en el marxismo cómo se le dice al pobre campesino, al pobre obrero que no tienen conciencia política, a los que no cuentan en la revolución. Al pobre que no tiene conciencia política se le trata como pequeño burgués o como lumpen proletariado. Y lumpen en alemán es trapo sucio, el pobre que no tiene conciencia política es un trapo sucio. Es que al pobre no se le valora por ser pobre, es que ser pobre es malo.

Esa visión es insuficiente porque cuando llenas las carencias de la persona, desde el punto de vista humano y existencial sigue exactamente con las mismas actitudes destructoras de antes. Esa fue la experiencia mía desde el principio. Cuando llegué al barrio no había calles ni luz ni agua, entonces empezó una lucha por lograr que se reconocieran las necesidades básicas, la gente marchaba como un relojito. Fueron dos años de un gran entusiasmo, que coincidía con la situación social mundial, una época que estaba despertando al pobre. Todo funcionaba a las mil maravillas: todo el mundo unido, la acción comunal lanzaba una consigna de manifestación y todo el mundo iba para allá, de movilización y todo el mundo iba para allá. Cuando al fin logramos que tuvieran calles, que se les prestaran los servicios, empezó la organización del barrio. La invasión había sido completamente informal, de cualquier manera. No hubo como en otras invasiones que de entrada señalan calles y todo. Cuando empezaron a abrirse las calles que eran para beneficio de todos, y ahí empezó el problema, porque la gente a la que le pedían que corriera el rancho o que dejara pasar el bulldócer,

ahí mismo se rebelaba para que no les quitaran un metro de terreno, y entonces había peleas entre ellos, choques, insultos, o el decir de aquí no me sacan! Usted hoy va ver que en el Popular no hay sino dos calles rectas, que fueron las dos primeras que se abrieron propiamente a la brava, porque se dijo por aquí tienen que entrar los carros del municipio y el acueducto, el alcantarillado y todo eso.

A mí me abrió el ojo, entonces ¿qué estoy haciendo? El pobre se empieza a promover y ya queda exactamente con los mismos vicios de los ricos. Es decir, ¿qué estoy haciendo? Luchando para que en el fondo tengan las mismas fallas, pierdan en cierto modo lo que veía yo como unos valores fabulosos del pobre. Y yo, esto no vale la pena. De todas formas, es necesario quitar las carencias, pero si se les quitan las carencias solo materiales, no ayudan humanamente al pobre. Y eso me ha ido confirmando después. Luego ser pobre, no puede ser solo carecer, tiene que haber otra cosa.

Otra razón que más ha pesado en mí durante todo el trabajo, es la visión espiritual, la visión del evangelio. Siempre desde el principio he mirado el evangelio no como un mensaje religioso, sino como una propuesta de vida. Entonces ahí se me acentuó la razón de que ese concepto de pobre era insuficiente. ¿Cómo es posible que el Señor vivió ayudándole a la gente, pero después de que el Señor le quita el hambre a la gente, le quita las necesidades, veo yo que el Señor dice

bienaventurados los pobres, solo el que se hace pobre llega al Reino, el modelo de pobre es el niño, el modelo de persona es el niño? ¿Cómo es esto? No podía negar lo primero, no podría decir que el Señor se equivocó al trabajar todo por lo pobres, ni que yo me estaba equivocando al luchar para que ellos tuvieran casa y satisficieran las necesidades. Pero entonces ese concepto no basta. En ese sentido vi yo que era insuficiente, que tenía razón luchar para que ellos tuvieran casa y todo, pero que no bastaba.

Mi trabajo no se podía centrar en las obras sociales. Siempre el trabajo se había centrado en las obras sociales, pero al profundizar más, una consecuencia que es normal y que me hicieron sentir desde el principio; si carecer es una cosa mala, el tener es una cosa buena, luego lo que vale en la vida es tener. Si yo por carecer de bienes me desprecian, me dejan a un lado, sufro mucho, tengo que venir a vivir en estas situaciones, luego lo que vale es el rico, lo que vale es el que tenga. Entonces, conclusión: el pobre no tiene ni identidad, ni dignidad, que han sido las dos palabritas más en el trabajo con el pobre.

El pobre visto desde la antropología

Por contraste, la visión antropológica entiende que ser pobre es una forma de ser. Las carencias no dan identidad, pero las carencias producen una manera de ser persona, y esa es la identidad. Por eso la visión antropológica no niega la sociológica,

sino que considera que esta última es el punto de partida. Las carencias no me dan identidad, pero las carencias me dan una manera de mirar las cosas. El carecer es una experiencia original, siempre que careces de algo te sentís pobre. Al mismo tiempo, el que carezcas —esa experiencia original— te da otra manera de mirar la vida. Cualquier carencia te da una manera de mirar la vida. Vos no tenés salud, eso ya te hace sentirte distinto como persona, y tu relación con los demás y con el mundo, todo lo ves distinto.

Esa manera de mirar la vida tiene un aspecto positivo y uno negativo, como toda posición en la sociedad. Porque es que, en el ser humano por ser espiritual, no hay nada determinado, sino que todo es condicionado. Por el hecho que vos tengás plata no tenés que obrar de una manera determinada; por el hecho que tengás una inteligencia superior no tenés que obrar de una determinada manera, es si querés. Entonces las carencias te dan, por las mismas carencias, la posibilidad de mirar la vida de una manera positiva, constructiva o bien pueden destruirte. Las carencias no son ni buenas ni malas, en cuanto realidad existencial son datos.

En la perspectiva antropológica de entrada no digo que carecer de bienes sea malo, que estar enfermo sea malo, que aguantar hambre sea malo, estas situaciones son un dato. Frente a las carencias sólo cabe pensar qué hacer con ellas. Un ejemplo: ser enfermo es una cosa mala, pero en cuánto está en mí, no puedo partir de que eso sea malo, sino que yo tengo qué ver qué hago con eso. Si el dato es

negativo yo no puedo hacer otra cosa que quitármelo.

En la visión clásica ser pobre es una cosa mala, y quiera o no quiera tengo que trabajar para ser rico de alguna manera. Si ser pobre es malo, ser rico es bueno. Ahora bien, vuelvo a Jesús: cómo me entendés vos que Jesús haya dicho que solo el pobre entra al reino y que los pobres son los primeros... Si los primeros para Jesús son los pobres, entonces por qué se pasa quitándole la pobreza al pobre. Si ser pobre es sólo una carencia —y por ello mala—, por qué los pobres van a ser los primeros. Jesús se pasó quitándole el hambre a la gente, pero no se la quitó a todos ¿Cómo entender eso? Desde la visión antropológica sí se entiende eso, porque las carencias no son ni buenas ni malas, son datos. Ser enfermo es una cosa mala, pero en cuánto está en mí, no puedo partir de que sea malo, sólo tengo que ver qué hago con eso.

Mirá, esto se oye en todos los países “yo soy pobre pero honrado”. Nosotros decimos: el pobre es pobre pero solidario, el pobre es pobre, pero comparte. No está bien dicho. El pobre por ser pobre puede ser solidario, y el que quiera ser solidario tiene que hacerse pobre.

En consecuencia, no tengo que quitar la pobreza, tengo que quitar el aspecto destructor de la pobreza. En el fondo es quitarle a la condición de pobre de entrada el calificativo moral. Para mí, eso hace que se volteen las cosas, que el sujeto el que tiene que luchar contra la pobreza es el pobre, y no para dejar de ser pobre, sino para vivir lo que la

pobreza ofrece para crecer y luchar contra lo que la pobreza impide.

Y es que la pobreza tiene un aspecto positivo y uno negativo. Como ser médico, puede comportar un aspecto positivo y uno negativo. Eso es lo que he querido reivindicar. Eso me explica toda la pobreza de Jesús, eso ya me explica cómo puedo optar por ser pobre. Optar por ser pobre es vivir los valores del pobre, unos valores que están necesariamente unidos a unas carencias, porque para yo ser solidario tengo que renunciar a unas posesiones. Para vos confiar en mí, quieras o no quieras, tenés que sentir la fragilidad, si vos no te sentís frágil no confiás. Yo digo que el ser auténticamente humano es el pobre, y que la sociedad hay que construirla desde el pobre, no desde el rico. Vos por ser pobre tienes unos valores, no a pesar de ser pobre, sino por ser pobre, es decir por sentirte frágil, quieras o no quieras eso te da una actitud. El rico, por el sólo hecho de ser rico eso no te da fragilidad, te da seguridad.

Sin embargo, una limitación no da identidad, yo no puedo gloriarme de no tener. Yo no puedo gloriarme de no tener carro si no lo necesito; pero si lo necesito no me puedo gloriar de ello. Nunca he tenido carro, es que por el estilo mío de trabajo nunca he sentido esa necesidad, nunca he tenido televisor ni radio porque no he sentido esto como necesidad. Pero si yo siento la necesidad de radio y televisor y no los tengo porque no me da la gana, soy un tonto. Es decir, las carencias son un dato que a partir de ahí construyo mi identidad, pero de

por si no me determinan la identidad.

Esta visión no afirma al pobre en lo que le falta, sino en lo que de entrada construye y construye a veces sin darse cuenta. Tengo unas carencias, y esas carencias me pueden tirar para un lado o para el otro. Por ejemplo, que yo me sienta frágil puede llevarme a confiar en el otro. Pero el sentirme frágil también me puede tirar a que yo pierda mi personalidad, la noción de mi valor, y hacerme esclavo de otro. La fragilidad que es una carencia, te pueden potenciar unos valores, o te pueden potenciar una destrucción, pero ese valor solo existe a partir de esa carencia. Pero esas carencias pueden producir lo contrario. Esto tiene una consecuencia política bárbara, porque lo que yo vi en el marxismo fue una cantidad de posibilidades pero que no tuvieron en cuenta otra cosa, que esas potencialidades están unidas a otras cosas negativas.

Los valores de los ricos son valores humanos, pero no son valores universales, porque no los puede tener todo el mundo, y por tanto no son valores que tocan la esencia de la persona. En cambio, los valores del pobre si tocan la esencia de la persona. A mí me parece que yo por el hecho de tener dinero, puedo derivar en privilegios, seguridades y prestigio. El hecho de que tenga la capacidad de pintar eso me da una superioridad sobre los otros, y eso es un valor. Yo me siento valioso porque tengo esa posibilidad, y quiera o no quiera me tengo que sentir más valioso frente a quien no los tiene, quiera o no quiera. Esos son valores, pero no son los valores

que rigen la vida de una persona.

En cambio, los valores de los pobres todos rigen la vida de una persona. Yo no puedo escoger ser pintor si no tengo capacidades, pero sí puedo escoger ser solidario, ser abierto a los otros, tirar para adelante, eso lo puedo escoger, porque los valores del pobre son universales.

El ser rico es tener, así como el ser pobre es carecer, pero ese tener, tiene un lado positivo y uno negativo. El hecho de que tenga la capacidad de dinero o de pintar, de tocar, me da a mí un privilegio, hace que los otros me admiren, que me sienta seguro, me da una posibilidad de ayudarle a otros. Pero también tiene un aspecto negativo, gracias a que tengo dinero exploto al otro o lo domino o me le impongo.

Puedo desear y puede gustarme mucho pintar, pero si no sé pintar de nada me sirve. En cambio, los valores del pobre, los deseo y los puedo practicar. Esos valores los puede tener todo el mundo. En cambio, los valores del rico, no los puede tener todo el mundo, porque no todo el mundo tiene, por esto no son universales. Esa es la cosa. Son valores y valiosos. El que yo tenga la capacidad de tocar y de pintar eso es muy valioso, y yo lo puedo poner al servicio del otro o no, pero no son los valores auténticamente humanos.

Para mí, el núcleo de la visión antropológica fue el Evangelio. Yo me preguntaba: ¿por qué Jesús se hizo pobre? Ser pobre fue su manera de encarnarse. Jesús vino a mostrarnos una manera de ser persona. Al encarnarse entre nosotros, ¿por

qué nos muestra como modelo al pobre? Y que eso aparece desde el pesebre. El Señor viene a salvar al hombre, pero a salvarlo en concreto, no a salvarlo en la otra vida. Para mí el mensaje de Jesús siempre ha sido un mensaje concreto, sensible, para ya, para ahora. ¿Cómo es que viene a salvar al hombre y se encarna justamente en el pobre? Él que habría podido nacer de una familia muy rica, o simplemente como pobre y para trabajar para que el pobre se haga rico. Yo dije aquí tiene que haber otra cosa, otra manera para mirar al pobre, pero al pobre concreto.

Me decían de la pobreza que era una mortificación o que era una renuncia. Yo decía, ¿pero cómo Dios va a optar por la mortificación, por la renuncia, como estilo de vida, y cómo va a decirle a la gente que siga ese estilo de vida? Y la respuesta definitiva vino cuando empecé en la universidad y me tocó todo el cambio cultural de los años sesenta. El cambio en ese momento no era como siempre había sido en doctrina, normas e instituciones sino en otra manera de ser persona. El cambio cultural no era que había unas doctrinas nuevas, ni que había normas nuevas, sino que había otra manera de mirar la persona. Ya no se miraba la persona desde arriba. El modelo de la persona no estaba en la cabeza sino el modelo de la persona estaba en la realidad, en concreto, en la vida, en fin, en el corazón, en lo afectivo, en el amor. Ahí fue cuando se me completó la cosa, y dije es que el pobre no es el que carece, sino el que por las carencias te da otra manera de ser persona.

Nunca dejé la visión clásica, la sociológica. Nunca dije, no es por ahí. Sino que esas carencias, producen otra manera de ser persona. Esa es la experiencia de toda persona que sufre, o que tiene carencias. Así como me parecía que toda persona que tiene carencias se la llama pobre, toda persona que sufre unas carencias tiene otra forma de ser persona. El ejemplo más claro es la enfermedad. Una persona que se enferma ya mira la vida de una manera totalmente distinta. Vos no mirás la vida de la misma manera cuando estás aliviado que cuando estás enfermo. Entonces ahí se me completó. No puedo empezar diciendo que las carencias son malas, sino que son datos de existencia y en ese sentido el existencialismo y después el marxismo, me dieron una base. La realidad no la miro como algo malo, no le doy un calificativo moral, sino ante todo me pregunto: esas carencias producen qué manera de ser persona.

Los valores del mundo de los pobres

Curiosamente, si en la dimensión política me abrió el horizonte el marxismo, en las dimensiones pedagógica y antropológica me lo abrió el existencialismo. Porque para el existencialismo usted tiene que partir de la realidad, no discuta la realidad, analícela. Desde la visión existencialista nace todo. No soy persona, yo me tengo que hacer, una verdad de lógica. Si vos a ojo mirás cuál es la diferencia entre el hombre y el animal: el animal ya está hecho, el animal se hace a partir de unos instintos que le da la naturaleza desde que nace. La

abejita ya nace con todo, en cambio la persona tiene que hacerse.

La persona se ha hecho hasta ahora a partir de unas normas, de unas ideas, que vienen antes de que exista la persona. La persona que nace, cuando nace ya le empiezan a dar normas, y en la sociedad es lo mismo para todos. En cambio, en la visión de hoy que expresa el existencialismo la persona tiene que hacerse, pero desde la realidad que es la suya y asumiéndola como propia. Entonces, yo sí me tengo que hacer, pero no a partir de unas normas que me impongan, sino a partir de mi propia iniciativa. Entonces, yo no soy eso, pero yo me tengo que hacer no a partir de normas e ideas sino a partir de mi realidad, es decir, tengo que ser sujeto. Pero para ser sujeto tengo que tener algo mío, tengo que tener unos valores, unas exigencias y unas posibilidades propias mías, que al pobre no se le reconocen en la visión sociológica.

Entonces se me iluminó la lucha de los tres primeros años en El Popular. En realidad, yo había venido con eso desde Europa, pero en el aire y más como deducido desde la razón. Cuando yo empiezo con la mirada del existencialismo a mirar la realidad, descubro que el pobre tiene una cantidad de cualidades fabulosas, y que las tiene no a pesar de ser pobre, sino por ser pobre. Y lo primero que empecé a cuestionar son esas dos cosas que hemos hablado: al pobre le habíamos logrado introyectar una idea, de que él como pobre no valía: “yo soy pobre pero honrado”, “yo soy pobre, pero...” Y soy pobre porque carezco de bienes materiales y

esas carencias materiales hacen que yo no valga, que yo no pueda, que yo no sea, que yo no tenga. Entonces eso me abrió el horizonte para decir: a ver, ¿qué es lo que yo descubro en el pobre? Y entonces, empecé a ver que el pobre en todas esas luchas, al tiempo que encontraba algo destructor, encontraba posibilidades fabulosas.

La primerita que me abrió el horizonte fue justamente la alegría ¿Cómo es que esta gente que es aplastada, que es despreciada en la sociedad, tiene una capacidad de fiesta fabulosa? Y cómo pasan en un minuto de situaciones de tensión, de lucha, de enfrentamiento, a una fiesta. Me acuerdo cuando les iban a tumbar un rancho, y toda la gente se cerró y dijo este rancho no lo dejamos tumbar. Había un piquete de la policía y decían lo tenemos que tumbar porque hay una orden civil, a favor de un señor que tenía papeles legales ¿de dónde?, no se sabe. Entonces con la policía logró que con el título que tenía que sacaran a la gente de ese rancho. La gente se puso en pie de lucha y decía aquí nos hacemos matar, pero de aquí no la sacan. La policía y el dueño no querían ceder; y la gente, por su parte, estaba armada y dispuesta a todo. La primera solución fue que otro señor me diera un terreno para que pasáramos el rancho allá. La gente dijo no, este rancho no lo dejamos, aquí nos hacemos matar. Yo les dije, hombre, denme la posibilidad, yo les compro eso. Entonces el dueño me dijo si me da la mitad ya, me firma un papel y después me da la otra mitad, hay trato. Yo le dije: listo; y le dije a la gente que esperara, espere un momentico yo voy a ver algo. Y la gente me dijo: Sí,

padre, pero de aquí no nos movemos y nos hacemos matar antes que dejar que tumben el rancho. Entonces conseguí con los tenderos la mitad de la plata. Cuando yo vuelvo con la plata y le digo a la gente, tranquilos que no van a tumbar el rancho, inmediatamente fueron y compraron una caja de cerveza y armaron un baile con toda la gente, incluso con la policía. Hacía dos minutos estaban para enfrentarse y de pronto una fiesta y todos amigos.

Empecé a ver que los pobres tenían unos valores, pero no a pesar de ser pobres sino por ser pobres, y entre esos valores, uno era la alegría, pero el fundamental, el más clave era la solidaridad, el compartir renunciando a lo que era básico para ellos. Casos hay por cantidades. Pero ese compartir también se prestaba muy fácil, a que ellos por compartir no fueran capaces ya en un plano muy concreto de exigir sus derechos. Al pobre le tapaban muy fácil la boca con criterios morales: es que tenemos que compartir, tenemos que pensar en los otros o lo que sea.

La intuición era que ellos tenían una serie de valores, y segundo que el valor si no se educaba encerraba un antivalor. Por ejemplo, tenían la capacidad de compartir, de ayudarlo a los otros, pero muchas veces una agresividad o un dejarse explotar muy fácil. Entonces poco a poco, yo vi que el pobre tenía una serie de valores y que tocaban todas las características de la existencia. Primero es ser yo mismo, entonces el pobre se descubría como alguien que podía dar a los otros. Lejos de no tener,

él tenía. Recuerdo una frase de una señora: “Sí, padre, es que, aunque uno no tenga nada para dar siempre tiene el corazón para ofrecer”. Entonces que ellos tenían conciencia de que a pesar de ser pobres tenían una serie de valores, unos valores que tocaban la existencia de ellos, primero que tocaban el ser de la persona, segundo que tocaban la comunión con los otros, tercero que tocaban la acción de ellos.

Fui descubriendo por ejemplo su capacidad técnica. Había un señor que arreglaba todos los aparatos que usted quisiera. ¿Cómo? No sé. Pero los arreglaba. Cuando decidieron ponerle luz al barrio con el contrabando, dos señores armaron una empresa eléctrica, con unos bidones de plástico, yo no sé qué líquido les echaban y hacían ahí un transformador.

La aceptación de la realidad es para mí el valor más grande. De todos los valores del pobre, este es el más profundo. Es gracias a él que el pobre no se enloquece, porque son tantas las necesidades que le caen, que es para enloquecer una persona. Y yo veía que en la peor de las situaciones pensaban: ¡ah, esto es lo que tenemos! Para eso hay una palabra muy típica de ellos: “toca”. Íbamos a salir y se venía un aguacero... ¿qué vamos hacer? Nada, padre... salir, toca. Gracias a la aceptación de la realidad tenían la acción en la mano.

En el pobre hay una base de naturalidad en esto. El que no es pobre en la medida en que ha tenido muchas posibilidades en su vida tiene que hacer mucho esfuerzo para aceptar la realidad, además

para cada decisión se le presentan varias posibilidades. Al pobre no le queda sino aceptar la realidad. Eso también hace que al pobre con lo material lo manipulen muy fácil. Es lo que explica que cuando lucha, y le presentan otra oportunidad, ahí mismo se pasa.

Por esta aceptación de la realidad no se enloquecían y ahí mismo se lanzaban a la acción. Esa tal vez fue la característica que más me impactó a mí y que me dio la clave de todo. Porque primero ellos tienen un juicio crítico, no tapan la realidad, pero dicen ¿qué vamos a hacer? Pero, aceptaban tanto la realidad que terminaba en resignación. Era claro que los valores del pobre se desdoblaban al mismo tiempo en un antivalor, porque aceptaban tanto la realidad que ya daba lo mismo. Entonces esto me explicó también que el pobre fuera muy resignado.

De otra parte, al pobre no le quita nadie la fuerza vital y la insistencia. Al pobre dele un poquitico de posibilidades y ahí lo tiene. Le dicen a uno:

—Padre, ¿en qué me puede ayudar?

—Yo no tengo nada.

—¿Entonces vengo mañana?

—Pues yo no sé.

—Pero, ¿puedo venir?

Dígale que sí, y ahí lo tiene. Es una capacidad de empujar, que es lo que después se llama la resiliencia, que es la capacidad que tiene la persona de resistir a lo negativo. Eso es muy fuerte. Les

tumbaban un rancho y decían, déjelos que lo tumben, vamos a ver quién se cansa. Se van y vuelven a levantar al rancho, volvía la policía y se los volvía a tumbar, volvían a levantar el rancho. Es una fuerza vital enorme que se crea siempre en la persona cuando tiene una situación límite. Ustedes saben, cuando uno tiene una situación límite, se le despiertan unas fuerzas que uno creía que no podían salir.

El pobre tiene una manera propia de mirar el espacio y el tiempo. El pobre está cerrado en esto, por eso el pobre no mira el futuro, aparentemente no tiene memoria, el pobre está centrado en lo de ya, en lo inmediato, en lo de ahora. Y eso es una cualidad enorme, porque de entrada él no mira el pasado sino qué puede hacer ahora, y no mira el futuro, sino qué puede hacer ya, y mira es este espacio. Aparentemente el pobre no tiene memoria, por ejemplo, todos esos esfuerzos de rescatar la memoria histórica viene a eso, porque el pobre espontáneamente no la tiene. Pero no es una falla, es un valor enorme. Es un poquito lo del evangelio y es muy fuerte en el pobre: busquen el reino de Dios y su justicia y lo demás se les dará por añadidura, cada día tiene su afán... Por eso vos podés trabajar con el pobre por un año porque vaya luchando. Pero, le ofrecen otra oportunidad y ahí mismo se pasa y el trabajo que uno haya hecho con él por un año se va al suelo. Es el aspecto negativo de una fuerza enorme. Uno se entusiasma con la gente cuando se le enfrenta a una cosa y lucha por esto, ya ya ya, y se le ofrece otra oportunidad y la deja caer, ese es el antivalor. Pero me parece que su

manera de mirar ante todo el espacio y el tiempo, el aquí y el ahora, es un valor enorme.

Todas estas son pistas, una persona que tenga la capacidad de escribir puede escribir tomos sobre eso. Hay que partir de la cultura del pobre, pero ¿la cultura qué es?, ¿cuándo empieza la cultura? El hombre es distinto al animal, el animal ya está todo hecho, el hombre es distinto, tiene que hacerse. Parece que hubo siglos en que el pobre fue despertando a eso, fue dándose cuenta de que él no era animal. Que él tenía que asumir las cosas. Y cuando empieza a elaborar eso, es donde empieza lo que se llama la cultura. La cultura es lo que el hombre fabrica para expresar que él es el dueño de su propia vida, y que no está marcado por la naturaleza o por el destino simplemente, esa es la definición más clara de la cultura.

El pobre tiene una cultura, una manera propia de hacer las fiestas, de construir las cosas, de hacerlas, pero esa cultura nunca se la han reconocido. El pobre normalmente asume muy fácil la cultura de los otros. Por ejemplo, tiene una facilidad de hacer las fiestas a su manera, pero en los matrimonios ellos reproducían exactamente lo que veían en los ricos, que no son expresiones de ellos. En general el pobre, precisamente porque no cree en sí mismo, tiene una manera de copiar la cultura, de copiar lo que hacen los ricos. Por eso yo decía, los pobres no hacen fiesta de pobres, sino hacen fiesta de ricos a la manera pobre.

Me pareció fundamental trabajar para que el pobre tuviera un espacio donde él expresara su manera de

hacer las cosas, su manera de hacer una fiesta, su manera de expresar sus aspiraciones, su manera de compartir con los otros. En las primeras fiestas que me hacían a mí, todo era como de afuera, compraban unas tarjetas de esas de las librerías y todo. Y yo les decía esas tarjetas no me gustan. Háganlas ustedes. Y entonces las tarjeticas que me daban siempre se las ponía en una pared. Eso era tener un arte propio, una manera propia de expresar sus cosas, las que no se les ha respetado.

Es que no se crean espacios en donde puedan hacer las cosas a su manera. Fue un elemento que yo traté de trabajar. El resultado fue buenísimo. En los dos grandes momentos de fiesta de la parroquia, que eran semana santa y navidad, se convirtieron en el espacio para que ellos se expresaran. En semana santa, todos los santos, las estaciones, yo les decía háganlo a su modo. Entonces ellos hacían comparsas y todo lo expresaban a su manera, y eran cosas bellísimas. Yo descubrí una cosa, por ejemplo, y eso lo tienen muy desarrollado, y es que el pobre tiene una forma propia de expresar las cosas, que no son una parodia o una burla. Por ejemplo, ahora en navidad, allá en las corporaciones, hacemos la fiesta de la familia y entonces todas las cosas la expresan ellos a su manera que vos te quebrás de la risa. Cuando Jesús y María buscaban albergue, iban a las casas y no les abrían, salían diciendo: “Este hijueputa rico, claro, porque tiene casa no nos deja entrar”. Cuando San José se dio cuenta que la Virgen estaba embarazada, le dice: “¿Que qué? Que me viene con el cuentecito que está embarazada por un

ángel ¿así me cree a mi güevón, o qué? ” Era para reírse, pero no era una parodia, era una expresión puramente cultural. Después veremos cómo nos sugiere el evangelio mirar todo esto.

La destrucción del pobre

La gente dice como usted presenta las cosas, ser pobre es muy bueno... y por qué a nadie se le ocurre irse a vivir a un barrio pobre, y, todo lo contrario, ellos apenas pueden se van a vivir a otro barrio. Desde el principio veía que la clave es que los valores del pobre están unidos a las carencias. No es a pesar de, que es la conciencia que le metemos al pobre: “el pobre es pobre pero honrado”, “el pobre es pobre pero creyente”, “el pobre es pobre pero tirado para delante”. No, es por ser pobre que tiene esas cualidades. Al lado de eso, había también una destrucción del pobre y esa destrucción tocaba la existencia misma del pobre. Entonces, así como yo veía que los valores del pobre tocaban toda la existencia del pobre, había una destrucción causada por las carencias, que tocaban también toda la existencia del pobre, que tocaban su conciencia, su manera de relacionarse con los otros, su acción. La pobreza no era un juego de niños ni una cosa folclórica, la pobreza era destructora y que el pobre sentía esa destrucción. Constatar esas cosas negativas era muy grave y si yo quería trabajar con el pobre tenía que tener en cuenta eso.

Junto con los valores hay unas destrucciones, pero frente a ellas no podía empezar dándoles un

calificativo moral, sino que eran un dato. Una frase famosísima de Sartre y que trabajaba con la gente: “Lo importante no es lo que me hagan a mí, sino lo que yo haga con lo que me hicieron a mí”. Si bien tenían una serie de carencias, no se podían quedar diciendo soy pobre, sino que pensaran cómo hacer para que estas carencias no me destruyan. No se trataba de hacerlos resignados ni resentidos, sino darles una posibilidad de acción.

Lo primero era reconocer que la destrucción no era total. Si la pobreza tiene un aspecto destructor hay que quitarlo y que quitarlo no es para que sean personas sino porque son personas.

La manera como se manifiesta esa destrucción es en cinco expresiones que son típicas y que se repiten en todas las culturas: no puedo, no sé, no valgo, no tengo, no soy. Todo está unido al tener. Frecuentemente se oye: “Padre, uno por ser pobre no sabe nada, no vale nada, no es nadie”. Pero, usted sí puede, usted sí tiene, usted sí es. Usted porque puede, tiene y es, tiene que luchar contra eso que no tiene que lo está destruyendo.

Esa conciencia es un poco el enfoque que hoy se tiene frente a la enfermedad. En medicina se dice hoy que no hay que luchar contra la enfermedad sino por la vida. Lo que importa no es quitar la enfermedad , sino que la persona tenga vida, calidad de vida. En esta lógica cualquier acto que se haga es valioso. Cuando lucho solo contra la enfermedad siempre es un fracaso. A usted lo curo de la gripa, pero después le da tifo.

Esa marca destructora, “no puedo, no valgo”, etc.,

se quiebra cuando descubren: tengo algo de valor, pero me faltan otras cosas. Y es que yo debo luchar a partir de lo que tengo. Por eso no llegué al barrio a quitarle a la gente nada de las necesidades, sino ayudarles a luchar a partir de lo que tenían.

En consecuencia...

Para mí todo lo dicho tuvo tres consecuencias.

La primera consecuencia fue que se me despejó todo el horizonte religioso. Dije, ahora sí entiendo por qué Jesús fue pobre y por qué optó por el pobre, no por humildad ni por rebajarse, ni por simple solidaridad, sino porque él miró al pobre de otra manera. El no miró al pobre como alguien que carece, al que había que ayudarle, sino como que era el portador de una manera de ser persona que él quería presentarle a la sociedad.

La segunda consecuencia es que la lucha política había que enfocarla, no desde la perspectiva sociológica sino antropológica. Eso quería decir, no que no había que luchar contra la pobreza como carencia, sino que había que luchar para que el pobre se hiciera persona y lo dejaran hacerse persona.

Es curioso pero este punto de vista político, me lo abrió justamente el marxismo. Cuando estudié el marxismo en las obras filosóficas de Marx, no en las políticas ni en las económicas —que no las toqué nunca—, yo veía que él descubrió justamente que la causa de la pobreza del pobre era el sistema. Pero el que tenía esas carencias contra las que luchaba

el marxismo no era el sistema sino la persona. Ahí se me abrió un horizonte fabuloso: hay que luchar contra lo que destruye al pobre, pero no solamente desde una perspectiva política, sino ante todo desde una perspectiva humana, que tiene una consecuencia política. Y a eso nadie le prestaba atención en la lucha política.

En último término el marxismo y después todos estos grupos políticos lo que les interesaba del pobre era que saliera de esas situaciones y cuando el pobre no salía entonces lo rechazaban. Y eso lo confirmé desde el principio con toda la gente que iba al barrio. La lucha porque el pobre consiguiera la respuesta a sus derechos duró dos años más o menos. Entonces, cuando empezó toda la lucha porque el pobre se promoviera, eso coincidió con todo el despertar político de América Latina. Entonces iba cantidad de gente al barrio, sábado y domingo, pero ¿qué iban a ver? Todos querían precisar en qué le ayudaban al pobre. Entonces yo les decía pregúntele a ellos a ver ellos que van hacer, y ustedes hacen lo que les digan. Todos se fueron retirando, y ese entusiasmo duró máximo un año, luego todos se fueron retirando. Entonces dije yo, a esta gente le interesa el pobre como un objeto para que satisfaga sus necesidades, pero el pobre no es sujeto del cambio.

La tercera consecuencia fue de tipo pedagógico, lo que más me ayudó, porque yo dije el quitarle al pobre las carencias se hace muy fácil y se hace ya gústele al pobre o no le guste. En cambio, hacer que el pobre se haga sujeto es otra cosa. En

realidad, yo no puedo hacer que él se haga sujeto, yo puedo es crear un ambiente, un medio donde el pobre pueda asumir todas sus necesidades, eso es despaciecito, entonces hay que tener otro tipo de pedagogía.

Proyecto político y pedagógico

El pobre no puede esperar qué le van a dar. Necesariamente debe pensar qué puede hacer ahora. El ser humano es un ser que actúa, mientras esté vivo está actuando. La prueba de que alguien está muerto es que no puede actuar. Como el pobre vive en sociedad esto implica un proyecto político. Pero la lucha política debe hacerla el pobre, desde la realidad del pobre y para realizar su acción el pobre tiene que unirse a los otros.

En una tribu árabe o africana, algo así, estaban haciendo un concurso entre diez personas. Al que llegara primero le daban diez millones. Esta vez los concursantes dijeron: bueno, pues los diez vamos a avanzar al mismo paso. Entonces la competencia ya no era a quien llegaba primero para quedarse con los diez millones, sino que, si los diez podían llegar primero, se dividían los diez millones. Había que caminar juntos. Es decir, aunque alguien tuviera más habilidad para llegar primero, debía seguir el paso de los otros para que todos ganaran. Esta sería la actitud propia del pobre. El rico piensa a ver quién llega primero. Estás viendo que en el mundo indígena hay cantidad de valores que ha destruido la riqueza, pero no porque les hubieran dado plata, sino porque se volvió una manera de que con esto

me siento superior a los otros y se pierde la solidaridad que es un valor del pobre, un valor que no te da superioridad porque todos pueden ser solidarios.

La sociedad actual está conformada en función del rico. Cuando pongamos toda la sociedad en función del pobre será distinto. No será algo que se logre de una. No se puede decretar que de hoy en adelante todos vamos a ser iguales. Me parece que mientras haya la primacía del consumo no va a haber igualdad, pero tampoco quitando el consumo la va a haber. Será educando a la gente para que nos miremos ante todo y pongamos el punto de partida en el pobre, el que está más abajo y a partir de ahí empecemos a construir.

El hecho de que estemos previendo el agotamiento de los recursos naturales está abriendo puertas enormes para ver que hay otra manera de vivir, que es posible una sociedad sin despilfarro. Toda esta cuestión del ahorro de energía, de ahorrar agua, todo va en la línea de proponer un estilo de vida no centrado en el rico sino en el pobre. Ahora en infinidad de cosas va apareciendo que el ideal no es el rico sino el pobre.

Ese proyecto de sociedad en concreto es propiciar en todas las organizaciones populares y la asociación de la gente. De entrada, que se unan para actuar y se rompa el individualismo, porque solo no tengo posibilidades. El pobre descubre muy pronto que únicamente en comunión con los otros puede salir adelante.

La pregunta mía es cómo pone usted la riqueza al

servicio de todos, ver cómo todo esto termina siendo algo común. Es un poco lo que ha ido pasando con los adelantos de la ciencia.

En la medida en que se pongan al servicio de todos y esto solo es posible si se parte de las más pobres, van igualando a las personas y van creando un clima distinto. Introducir la fotografía en un celular ha constituido un elemento de igualdad enorme. El computador surgió del mundo de los ricos —de hecho, solo los podía tener la gente rica—, pero hoy cada día más gente puede acceder a eso. El hecho que el rico tenga un computador que tiene un montón de cosas que no las necesita, a mí no me hace pobre. Es como el celular que iguala a todo el mundo en ciertas posibilidades de comunicación, pero tiene muchas cosas que están lejos de ser un factor de desigualdad, cosas que son muy buenas si hacen a la gente más persona y si los ponen al servicio de los otros. El que mi hermano tenga carro y yo no, a mí no me importa. Sé que si lo necesito tengo a quien acudir. Entonces que él tenga carro a mí no me hace menos. Pero si él es egoísta y no lo comparte a mí me hace mal. Por eso si ponemos en la sociedad los valores surgidos del mundo del pobre, como los valores auténticamente humanos, construimos poco a poco un mundo realmente mejor.

Yo valoré a Lula y en cierto modo me ilusioné. La intuición del Partido de los Trabajadores parecía ser que se votara por gente como nosotros para que pudieran llevar a la práctica lo que nosotros queremos y lo que nosotros le comunicamos.

Para mí, se requiere la representación. Es difícil que una decisión tomada por 200 mil personas —es un número grande, pero es el de una ciudad intermedia— pueda ser ejecutada de manera eficaz por las 200 mil personas que intervinieron en la decisión. Tiene que delegarse en unas personas esta ejecución. Pero es preciso que estos delegados no se separen de quienes los hayan delegado. Pero lo que suele ocurrir es que una vez tiene poder, al delegado lo demás no le interesa. No hay un mecanismo para decirle: un momentico cómo es que usted está haciendo esto o lo otro; cómo es que en este momento vos tenés tanta plata, ¿de dónde la sacaste?

Es importante reconocer quién tiene el poder y que el poder es de la gente, y fundamentalmente del pobre. Una sociedad para todos tiene que empezar con el de más abajo, como todo. Si yo le voy a hablar a todos tengo que tener en cuenta al más ignorante. Esto implica distinguir entre tener representación y ser poder. El pueblo es el poder y lo ejerce a través de un partido político. En política no se puede prescindir de los partidos políticos.

Se debe asumir que los partidos no tienen el poder político ni son poder político, están para orientar y dirigir la comunidad de acuerdo con lo que hayan descubierto abajo. Esto supone que los políticos están al servicio del pueblo y que siendo distintos son inseparables. No son separables porque el partido no puede decir no me importan las bases y las bases no pueden decir no me importa el partido. Sin este no puede haber acción efectiva, pero tiene

que haber unos mecanismos para que el pueblo pueda expresar su palabra, decir lo que opina y presentarle propuestas a quienes lo representan.

En este periodo cuando la sociedad colombiana supera décadas de confrontación armada hay que reivindicar el valor de las organizaciones de base y tener mecanismos de comunicación de la base con los representantes y de la base con los gobernantes. Este es un tiempo en el que tenemos que reafirmar que las armas no intervienen nunca más en la vida política. Este me parece que es un vuelco monumental. El solo hecho que se diga, las armas ya no van a ser medio político, deslegitima la violencia y convierte su utilización en un crimen. Lo que se está viendo ahora, y es lo que le dice a uno la gente, es que en las regiones donde dominaban las FARC hay un clima distinto. A mí no me preocupa que las FARC se fortalezcan, siempre que actúen dentro de la legalidad, porque lo que sigue es una lucha contra la violencia criminal. Hoy hay muchos medios para luchar contra la violencia criminal.

La experiencia de las corporaciones

Desde el principio, en El Popular distinguí dos cosas: una cosa es dar, otra cosa es compartir. A mí me parece que hoy dar no sirve porque dar crea una sensación de desigualdad, yo soy el que tengo, el otro el que no tiene. Pero compartir sí, y cuando vos en la manera de darle a la gente introducís el compartir, es una maravilla, porque el compartir yo

estoy dando, esto me lo dieron a mí, yo se lo doy a ustedes.

He contado que no hago obras sociales. A mí todos los impulsos me los agarraba la acción comunal, pero eso hace que en veinte años yo no hiciera nada. Ahora me achacan todos los muertos, yo fui el que abrí todas las calles, el que hice todas las escuelas, de hecho, hay una escuela con el nombre mío, hice todos los centros de salud, hice todas las urbanizaciones si vos querés, pero yo no hice nada

Como a los diez años me di cuenta de que habían adquirido ya la casa —porque una cosa es el pobre con casa y otra sin casa—, se sentían seguros pero el ser persona no, porque eran egoístas, no pensaban sino en ellos, engañaban a los otros, abusaban. Entonces eso me hizo caer en la cuenta de que las intuiciones, las ideas que tengo del pobre son súper válidas, pero que si no hay una estructura jurídica y económica se quedan en el aire.

La preocupación mía no es que la gente tenga casa porque ese no es el problema del pobre. El problema primero del pobre es casa, pero ese no es su problema, el problema es que no se sienta persona. Tal vez tener casa para él sea asimilarse a los ricos y tienen que dejar de comer para pagar la cuota de la casa.

En este contexto surgió la propuesta de hacer una organización en la que el pobre sea sujeto y pueda decir: este problema es mío, veamos cómo lo soluciono. Fue el comienzo de las Corvideco y la Corporación La Gabriela.

En las corporaciones hay una asamblea que se reúne dos veces al año, al comienzo del año para lanzar las propuestas del año y al final del año para evaluar, para dar informes. Luego están los grupos de máximo diez familias que se reúnen cada ocho días. Y tercero, los asesores que son los que orientan, pero no los que mueven, los que mueven son los grupos y la asamblea. Los asesores no manejan un peso de modo que posibilidad de corrupción es muy difícil, la plata se las pagan por fuera. Los asesores no tienen ningún poder, ellos no pueden decir: a mí no me gusta esta posición, solo pueden decir en qué va contra los estatutos.

La junta mayor está elegida por dos delegados de cada grupo, dos delegados de cada grupo, dos de los asesores y la asesora ejecutiva. Yo figuro ahora como consejero.

A las corporaciones las inspiran cuatro ideas absolutamente originales:

Lo primero. Nuestro lema es educar construyendo y construyendo en comunidad. A mí no me interesa la casa. Me interesa educar. A mí me decían al comienzo: Hombre, no seas inocente, a la gente no le interesa para nada la educación, lo que le interesa es tener la casa. Y pensaba para mí: Exacto. Por eso hacemos el matrimonio perfecto. A ellos les interesa la casa y no la educación y a mí me interesa la educación y no la casa. Entonces formamos el matrimonio perfecto porque ellos para tener la casa tienen que pasar por la educación y yo para tener la educación tengo que pasar por la casa. Lo de nosotros es educar, pero construyendo,

esa es la primera y van unidas. Y construir educando, entonces construir en comunidad, porque la persona no es ser racional sino ser comunitario.

La segunda característica es la visión del poder en la corporación. El poder lo tienen únicamente los estatutos y los estatutos fueron elaborados por todos, por todos los estamentos de la corporación: los miembros, la junta mayor, los asesores. Entre todos elaboraron los estatutos de modo que los estatutos son los que tienen el poder. Nadie tiene poder en la corporación, el poder lo tienen todos. Aquí viene una distinción de Lyotard que para mí es muy valiosa: una cosa es tener el poder, otra cosa es ejercer el poder, que esa es la diferencia entre la democracia corporativa y la democracia participativa. En la democracia corporativa delego a este para que hable en nombre mío. En la participativa me representan y si veo que no me gusta, lo cambio.

Entonces aquí quiénes ejercen el poder: el poder lo ejerce la asamblea, la asamblea es la única que puede cambiar los estatutos y la asamblea tiene que velar porque los estatutos estén al servicio de la vida, de modo que los estatutos no son camisa de fuerza. En un determinado momento la asamblea puede decir: este estatuto no nos sirve por esto y por esto, cambiémoslo. Pero después de que lo hayan vivido, antes no.

Como la asamblea no puede ejercer el poder de manera permanente, este lo ejerce la Junta Mayor. El poder lo tiene la asamblea, entonces la junta mayor no puede contradecir la asamblea.

Los asesores no tienen ningún poder, ni tienen el poder ni ejercen el poder. Son veedores para que la plata que entre vaya al servicio de la gente.

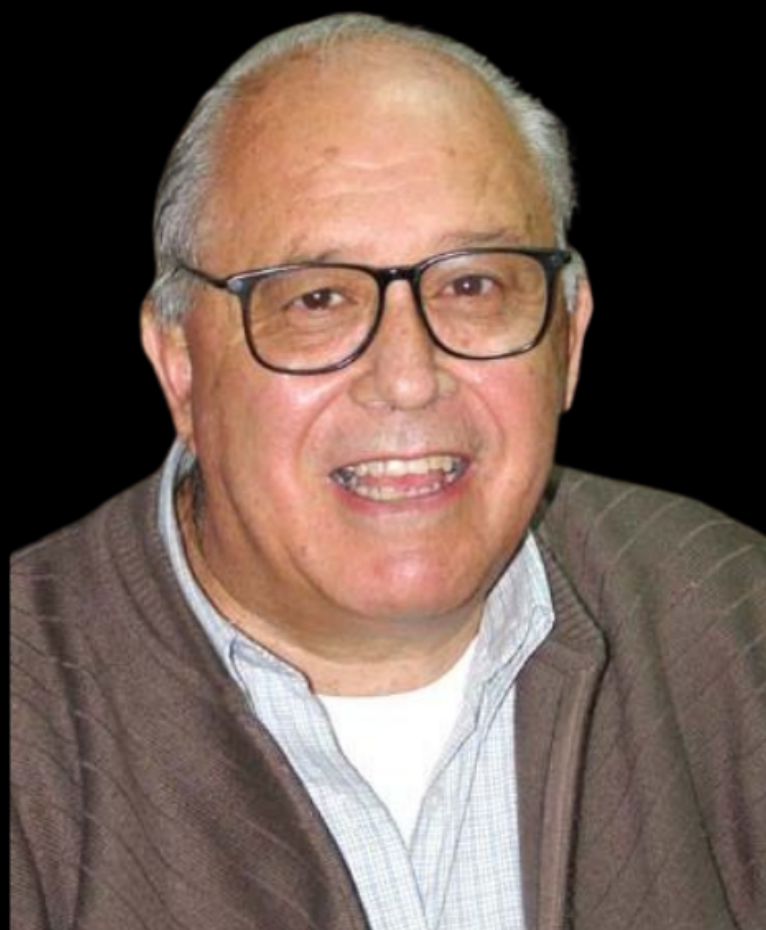
La tercera característica es que son organizaciones en las que ni un peso se gaste en burocracia, ni uno. Toda plata que entra a la corporación va para las construcciones. Si hay personas que tienen que gastar medio tiempo, un tiempo completo, buscamos el pago por fuera de modo que la junta mayor no pueda ni manipular ni rechazar los asesores.

Los miembros de las corporaciones deben pagar, pero el pago es mínimo. De ahí en adelante lo que quieran pagar de más. Ese mínimo se establece teniendo en cuenta la economía del pobre. El noventa por ciento de los nuestros no tienen un salario mínimo seguro, entonces no se les cobra intereses ni nada. Pero ellos tienen que pagar. Cuando un mes no pueden pagar, lo dicen en la reunión. Como el grupo se conoce, se le propone que pague con trabajo. Así, nadie se atrasa

Y lo último, para la educación en los grupos tenemos una orientación propia que es la educación popular y una metodología propia que es la lectura de la vida.







FEDERICO CARRASQUILLA MUÑOZ

Sacerdote diocesano
nacido en Itagüí (Ant.)
en 1935 y fallecido el
29 de Julio de 2024.

Es conocido por ser uno de los fundadores del barrio Popular, zona nororiental de Medellín (Colombia). Se ordena como sacerdote en Roma (Italia) en 1959 y hace su licenciatura en Teología en la Universidad Gregoriana de Roma; de allí pasa a la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica), donde obtiene el título de Doctor en Filosofía, con énfasis en antropología, con la tesis “El marxismo de Jean-Paul Sartre”.

En 1967 es nombrado párroco del barrio Popular, logrando con ello dar inicio a su vocación: dedicar su vida y ministerio sacerdotal a acompañar a las comunidades más pobres de la ciudad viviendo y trabajando con ellas.

Su práctica está marcada por la Teología de la Liberación, movimiento alentado por la segunda Conferencia Episcopal de América Latina, reunida en Medellín en 1968. La orientación de su trabajo se centró en acompañar a los más pobres con el ánimo de que recuperen su dignidad e identidad.